



El Príncipe y el Mendigo

Mark Twain



EL PRÍNCIPE Y EL MENDIGO

VOY A RELATAR UNA HISTORIA DE GRAN INTERÉS, tal como la oí contar a una persona quien la recuerda por haberla oído contar a su padre, quien a su vez la oyó del suyo, y éste lo supo de boca de su progenitor y así, esta historia fue pasando sucesivamente de una a otra generación, retrocediendo en el tiempo hasta más de trescientos años, siempre pasando de padres a hijos y de esa forma ha llegado hasta nuestros días. Que ésta sea sólo una leyenda o que tal vez se trate de una verdadera historia, es difícil de asegurar. Puede que haya ocurrido, puede que no; pero pensamos que ciertamente pudo ocurrir. Es posible que en tiempos antiguos, los hombres sabios y los estudiosos la tuvieran por cierta, pero es más posible que a las personas sencillas les gustará oírla y la creerán de buena fe.

El hecho es que uno de los manuscritos nacionales conservados por la Corona inglesa corresponde a una carta del entonces obispo de Worcester, Hugo Latimer, dirigida a Lord Cromwell con motivo de reciente nacimiento de Eduardo Tudor, Príncipe de Gales.

NACEN UN PRÍNCIPE Y UN MENDIGO

HACE MÁS DE TRESCIENTOS AÑOS EN LONDRES, un día del segundo cuarto del siglo XVI, nació un hijo a una familia pobre, de apellido Canty, que no deseaba tenerlo. El mismo día nació otro niño inglés en una familia rica, de apellido Tudor, que lo deseaba. Lo deseaba Inglaterra. Este país lo había deseado ardientemente durante mucho tiempo, y se lo había pedido a Dios con oraciones. Ahora que había nacido, el pueblo estaba loco de regocijo. Personas que eran simples conocidas se abrazaban. No hubo nadie que no festejara, ricos y pobres, banqueteaban, danzaban, cantaban y se ponían alegres. Londres era de día digna de verse, con alegres banderas ondeando en todos los balcones, mientras recorrían las calles cortejos. No se hablaba en toda Inglaterra de otra cosa que del recién nacido, Eduardo Tudor, príncipe de Gales, que descansaba envuelto en sedas, ajeno a tanta jarana, sin saber que unos grandes señores y damas lo cuidaban y tenían puestos los ojos en él. Sin saberlo y sin dársele un comino por ello.

Nadie hablaba del otro recién nacido, Tomás Canty, envuelto en pobres harapos, como no fuera la familia de pobres a la que había venido a complicar con su presencia.

LOS PRIMEROS AÑOS DE TOMÁS

PASEMOS POR SOBRE VARIOS AÑOS. Londres era ya una gran ciudad de más de mil quinientos años de existencia, y tenía, para aquel entonces, cien mil habitantes, aunque hay quienes le calculaban más. Sus calles eran estrechas, retorcidas y sucias, especialmente en el barrio en que vivía Tomás Canty, vecino del Puente de Londres. Las casas estaban construidas de madera, de tal forma que el segundo piso sobresalía por delante del primero, y el tercero sacaba los codos por delante del segundo. Cuanto más subía la casa, más se iba ensanchando. Venían a ser esqueletos de fuertes vigas cruzadas, rellenos de material sólido recubierto de una capa de estuco. Las vigas estaban pintadas de rojo, azul o negro, de acuerdo con los gustos del propietario, y esto daba a las casas un aspecto muy pintoresco. Las ventanas eran angostas, con pequeños paneles en forma de diamantes, y se abrían hacia afuera, sobre goznes, lo mismo que las puertas.

La casa en que vivía el padre de Tomás se hallaba al fondo del llamado Callejón de las Piltrafas, que arrancaba de Pudding Lane. La casa era pequeña, destartada y estaba llena hasta los topes de familias que vivían en la más extensa pobreza. La tribu

de los Canty ocupaba una habitación en un tercer piso. El padre y la madre disponían de una especie de camastro en un rincón. Tomás, su abuela y sus dos hermanas, Isa y Nita, no tenían sitio fijo; todo el suelo era suyo y podían dormir donde se les antojara. Disponían de los restos de un par de mantas y de un montón de paja que no se podía llamar a eso propiamente camas. Por las mañanas se apilaba todo a puntapiés en un solo montón.

Isa y Nita tenían quince años y eran mellizas. Eran muchachas de buen corazón, nada limpias, vestidas de harapos y muy ignorantes. Se parecían en todo a la madre, pero el padre y la abuela eran un par de demonios que se emborrachaban a menudo, y luego peleaban entre sí y con cuantos se les ponían por delante. Borrachos o sobrios, siempre estaban lanzando blasfemias y peleando, Juan Canty era ladrón, y su madre, pordiosera. Pusieron a los hijos a mendigar, pero no consiguieron convertirlos en ladrones. Entre la pobre gente que vivía en la casa, aunque ajeno a ella, se contaba un pobre sacerdote anciano, al que el rey había echado de su casa, retirándolo con una pensión de algunas monedas. Este cura solía llevarse con él a los hijos de la familia Canty, y les enseñaba en secreto buenas normas de conducta. El padre Andrés, tal era su nombre, enseñó a Tomás latín, y también a leer y a escribir. Eso mismo habría hecho con las muchachas, pero éstas temieron las burlas de sus amigas, que no les habrían tolerado tales conocimientos.

Todo el Callejón de las Piltrafas era por el estilo de la casa de los Canty. Las borracheras, las peleas y las palabrotas estaban allí a la orden del día. Sin embargo, Tomás no se sentía desdichado. Llevaba una vida dura pero lo ignoraba. Era la que llevaban todos los demás muchachos del Callejón de las Piltrafas, y él la tomaba como cosa corriente y agradable. Sabía que, si regresaba por la noche a casa con las manos vacías, empezaría su padre por reprimirlo severamente y por azotarlo, y cuando el padre hubiese acabado, la temible abuela repetiría la misma lección, con algunas

añadiduras. Sabía también que, ya muy entrada la noche, su hambrienta madre se acercaría para darle a escondidas alguna sobra o un trozo de pan duro que había logrado guardarle, pasando ella necesidad. Algunas veces su marido la sorprendía en esa especie de traición y le daba una paliza.

Sí, la vida de Tomás se deslizaba bastante bien, sobre todo en el verano. Mendigaba nada más que lo justo para salir del paso, porque las leyes contra le mendicidad eran rigurosas, y los castigos severos. Se pasaba una buena parte del tiempo escuchando los cuentos y leyendas que le contaba el padre Andrés sobre gigantes y hadas, enanos y genios, castillos encantados, reyes y príncipes. Llegó a tener la cabeza llena de aquellas maravillas, y más de una noche, hallándose tendido en la oscuridad sobre su montón de paja, escaso y maloliente, cansado, hambriento y dolorido de los azotes, daba rienda suelta a su imaginación y no tardaba en olvidar sus dolores y sufrimientos imaginándose la vida de un príncipe mimado en su palacio real. Así empezó a perseguirlo día y noche un solo deseo, el de ver con sus propios ojos a un príncipe auténtico. Hablo de ese deseo a algunos amigos del Callejón de las Piltrafas, pero ellos se echaron a reír y se mofaron de él de tal manera, que no volvió a hablarles de sus sueños.

Con frecuencia se ponía a leer los viejos libros del sacerdote, haciendo que él se los explicara. Poco a poco, sus ensueños y lecturas produjeron en Tomás ciertos cambios. Los personajes imaginados eran tan elegantes, que empezó a lamentar lo desaseado de sus ropas y la suciedad de su persona, deseando verse limpio y mejor vestido. A pesar de lo cual, siguió jugando entre el fango y disfrutando con esos juegos, pero en lugar de chapotear por el Támesis únicamente por lo divertido que era, empezó a encontrar al río un nuevo valor en el hecho de que le proporcionaba la ocasión de lavarse y de limpiarse.

Tomás encontraba siempre algún entretenimiento alrededor

de Maypole, en Cheapside, y en las ferias. Como todos en Londres, tenía de cuando en cuando oportunidad de contemplar un... desfile militar siempre que era conducido como prisionero a la Torre, por tierra o por lancha, algún personaje famoso e infortunado. También vio cuando quemaron en la hoguera, a la pobre Ana Askew* y a tres hombres, y oyó, aunque sin que lograra interesarle, el sermón que les predicaba un obispo. Se puede decir que la vida de Tomás era variada y agradable.

Las lecturas y los ensueños de Tomás acerca de la vida principesca produjeron en él tal efecto que empezó inconscientemente a actuar como príncipe. Adoptó palabras y maneras curiosamente ceremoniosas y cortesanías, que provocaron en sus amigos admiración y diversión. Pero la influencia de Tomás entre aquellos muchachos fue creciendo de día en día y llegaron a mirarlo con una especie de asombro acobardado, como si fuera un ser superior. ¡Cuánto sabía Tomás!, ¡Qué inteligente y profundo era! Los muchachos contaban a sus mayores las palabras y las hazañas de Tomás, y éstos, a su vez, empezaron a discutir las cosas de Tomás Canty, mirándolo como a un niño extraordinario. Las personas mayores le planteaban sus problemas para que él les diera la solución, y a veces quedaban asombrados de su ingenio y sabiduría. Así Tomás llegó a ser un héroe para todos menos para su propia familia, que no veía nada especial en él.

Poco después, y de una manera silenciosa, organizó Tomás una especie de corte real. El era el Príncipe, y sus mejores camaradas eran los guardias, chambelanes, lores, damas de compañía y miembros de la familia real. El príncipe imaginario era recibido todos los días con un ceremonial complicado que Tomás había sacado de sus lecturas. Se discutían a diario en el imaginario Consejo de la corona los grandes negocios del supuesto reino y, diariamente, el supuesto príncipe dictaba órdenes a sus imaginarios ejércitos, escuadras y capitanes generales.

Después se iba por las calles con sus harapos a mendigar algunas monedas, a comer un trozo de duro pan, recibir sus acostumbradas bofetadas e insultos, y tenderse por las noches en la paja, pan reanudar en sueños sus supuestas grandezas.

Con todo eso, día a día, semana a semana, su deseo de ver a un príncipe en carne y hueso, acabó por convertirse en la única obsesión de su vida.

Un día de enero, en su recorrido habitual de pedir limosna, caminaba muy abatido por los alrededores de Mincing Lane y Little East Cheap, aterido, descalzo y asomándose a mirar los escaparates de los comercios comestibles, con vivo anhelo de comer los horrendos pasteles de cerdo y demás mortíferas invenciones allí en venta y que a él le parecían alimentos propios de ángeles. Al menos a juzgar por el olor, calculaba que lo serían, ya que él no había tenido jamás la buena fortuna de probarlos.

Hacía frío y llovía, el ambiente era lóbrego, el día estaba gris. Llegó Tomás a casa por la noche tan empapado, cansado y hambriento, que su padre y su abuela al ver el lamentable estado en que se encontraba, no dejaron de conmoverse a su modo y ello consistió en pegarle en el acto y mandarlo a dormir.

El dolor y el hambre que sentía, las maldiciones y peleas que resonaban por todo el conventillo lo mantuvieron despierto largo rato. Sus pensamientos acabaron por navegar hacia países lejanos y románticos, y cayó dormido en compañía de algunos príncipes jóvenes, que vivían en palacios inmensos y que disponían de servidores siempre dispuestos a ejecutar sus órdenes. Como de costumbre, soñó que él mismo era un príncipe. Las magnificencias de este sueño lo envolvieron durante toda la noche en su esplendor.

Cuando despertó por la mañana y contempló la miseria que lo rodeaba, sus sueños le produjeron el efecto habitual; multiplicaron por mil la sordidez en que vivía. Y entonces vinieron la amargura y el desconsuelo.

TOMÁS SE ENCUENTRA CON EL PRÍNCIPE

AQUEL DÍA SE LEVANTÓ HAMBRIENTO, y hambriento salió de casa a recorrer las calles; pero su cerebro daba vueltas activamente a causa de los sueños de la noche anterior.

Vagó por la ciudad, sin reparar por dónde caminaba o lo que ocurría a su alrededor. Los transeúntes le daban empujones, y hubo algunos que le dirigieron palabras duras; pero él ni siquiera se enteraba. De pronto se encontró, en Temple Bar, punto el más alejado de su casa al que había llegado. Se detuvo un momento, pero luego volvió otra vez en sus fantasías, y salió fuera de las murallas de Londres.

Ahora el Strand era un camino con mansiones y parques que se alargaban hasta el río, terrenos que en la actualidad se encuentran transformados por fábricas y sórdidas casas de ladrillo y piedra.

Luego Tomás se encontró en la aldea de Charing, y descansó en la magnífica cruz levantada allí por un rey afligido, de tiempos antiguos. Continuó caminando sin prisa, más allá del palacio del Gran Cardenal, hacia otro palacio mucho más grandioso que se alzaba al llegar a Westminster. Tomás miró con ojos de asombro

aquella mole de mampostería, las amplísimas alas, los bastiones y torrecillas amenazantes, la enorme puerta de entrada de piedra, con sus barras doradas y su magnífico adorno de gigantescos leones de granito y todos los signos de la realeza inglesa. ¿Se vería satisfecho el deseo de su alma? Allí tenía, por fin el palacio de un rey. ¿Querría el cielo que pudiese ver ahora a un príncipe de carne y hueso?

A cada lado de la puerta dorada se erguía una estatua viviente, es decir, un guardia, majestuoso e inmóvil, resplandeciente de la cabeza a los talones en su armadura de acero. Veíanse a respetuosa distancia muchos provincianos y gentes de la ciudad, que aguardaban poder ver a las personas de la familia real. Por varias de las otras magníficas puertas de entrada que se abrían en el recinto de la residencia real, iban llegando y saliendo carruajes hermosos que llevaban en su interior a gentes muy importantes.

El pobre Tomás, cubierto de andrajos, se acercó y cuando pasaba tímidamente por delante de los centinelas, con el corazón palpitante, descubrió de pronto por entre la reja dorada un espectáculo que casi le hizo gritar de alegría.

En el interior se veía a un muchacho muy bien parecido, de cutis curtido y atezado por los deportes y ejercicios viriles al aire libre. Vestido con ropas de seda y de raso y centelleante de joyas, llevaba al costado un espadín y una daga cuajados de pedrería. Calzaba borceguíes de fino cuero; sobre la cabeza llevaba un airoso gorro color carmesí con plumas. Cerca de él se veía a varios caballeros que eran, sin duda, sus servidores. ¡Aquél era un príncipe, un príncipe en carne viva, un príncipe auténtico, sin sombra de duda! Así se cumplía el deseo del niño mendigo.

Tomás estaba muy emocionado, y se le iban agrandando los ojos por efecto del asombro y del deleite que aquello le producía. En su alma había un solo deseo, el de aproximarse al príncipe y poder contemplarlo. Antes que se diera cuenta de lo que hacía se encontró con la cara pegada a los barrotes de la reja de la puerta

de entrada. Un instante después, uno de los soldados, lo arrancó de allí con rudeza y lo tiró, rodando de un empujón hasta el grupo de campesinos y de ociosos londinenses que miraban con la boca abierta. El soldado le dijo: —¡Cuidado con lo que haces, mendigo!

La multitud se echó a reír. El príncipe se acercó de un salto a la reja, con el rostro encendido y los ojos centellantes de indignación, y gritó:

—¡Cómo te atreves a tratar de esa manera un pobre muchacho! ¡Cómo te atreves a tratar de ese modo ni al más humilde de los súbditos del rey, mi Padre! Abre las puertas y déjalo entrar.

Entonces todos se descubrieron, quitándose los sombreros, vitorearon y gritaron:

—¡Viva el Príncipe de Gales!

Los soldados presentaron armas con sus alabardas, abrieron las puertas y volvieron a presentar armas cuando el pequeño *príncipe de la pobreza* entró, con un ondear de harapos, y el *príncipe de la riqueza sin límites* le estrechó la mano.

Eduardo Tudor dijo:

—Parece que estás cansado y hambriento, te han tratado injustamente. Sígueme.

Algunos de los acompañantes del príncipe se abalanzaron a..., a yo no sé que, me imagino que a entrometerse. Pero la mano del príncipe los apartó a un lado, y se quedaron clavados en su sitio, parecidos a otras tantas estatuas. Eduardo llevó a Tomás hasta un suntuoso departamento del palacio, que llamó su despacho. Por orden suya se trajo una comida como Tomás no había visto hasta entonces sino en los libros. El príncipe, con delicadeza y educación, despidió a los criados, a fin de que su humilde huésped no se sintiera cohibido con la presencia burlona de éstos. A continuación tomó asiento cerca, y mientras Tomás comía le fue haciendo preguntas.

—¿Como te llamas, muchacho? —Tomás Canty, para servirlo señor.

—Curioso nombre. ¿Y dónde vives?

—En la City, para servirlo señor. En el Callejón de las piltrafas, que sale de Pudding Lane.

—¿El Callejón de las Piltrafas! De verdad que también ése es otro nombre curioso. ¿Tienes padres?

—Los tengo, señor, y tengo también una abuela que (Dios me perdone si es pecado el decirlo) no quiero mucho, y tengo además, dos hermanas gemelas: Isa y Nita.

Veo que tu abuela no es demasiado cariñosa contigo.

—No lo es ni conmigo ni con nadie, señor. Tiene mal corazón, y en toda su vida no ha hecho otra cosa que maldades.

—¿Te maltrata, acaso?

—Hay veces en que no me pega, y eso ocurre cuando está dormida o demasiado borracha, pero cuando recobra su juicio, compensa esos olvidos con unas endiabladas palizas.

Los ojos del príncipe relampaguearon de ira y exclamó:

—¿Cómo que te apalea?!

—¡Vaya que sí me apalea, señor!

—¡Apalearte!... A ti, que eres tan pequeño y tan débil. Oyeme: antes que llegue la noche ella irá camino de la Torre. El rey, mi padre...

—Pero, señor, olvida que ella es una mujer de clase baja. La Torre sólo se ha hecho para los señores.

Tienes razón. No había pensado en eso. Tendré que meditar en el castigo que ha de imponérsele. Y tu padre, ¿te trata con cariño?

—Más o menos, con el mismo que la abuela, señor.

—Es posible que todos los padres estén cortados por el mismo patrón. Tampoco el mío es suave.

Tiene mano dura para pegar, aunque a mí no me pega. ¿Y qué tal te trata tu madre?

—Mi madre, señor, es buena, y no me causa dolores ni pesares de ninguna clase. Y en esto se le parecen Isa y Nita.

—¿Qué edad tienes?

—Quince, señor.

—Mi hermana lady Isabel, tiene catorce, y mi prima lady Juana Grey, es de mi misma edad, muy bien parecida y simpática en todo. Pero mi hermana lady Mary, siempre anda de mal genio, y... dime una cosa: ¿prohiben acaso tus hermanas a sus criados el que se sonreían, temerosas de que el pecado destruya sus almas?

—¿Ellas? ¿Es que te imaginas señor, que ellas tienen criados?

El pequeño príncipe miró por un instante al mendigo con expresión seria, y luego le dijo:

—Dime: ¿y por qué no han de tenerlos? ¿Quién les ayuda por la noche a desvestirse? ¿Quién les viste cuando se levantan?

—Nadie señor; ¿no pensarás que ellas se quitan por la noche su vestido y duermen sin él, como si fuesen animales?

—¡Su vestido! ¿Es que sólo tienen uno?

—¡Ah, mi bueno y magnífico señor! ¿Y qué iban a hacer con los demás, si los tuvieran? Piensa en que ninguna de ellas tiene dos cuerpos.

—Ahí tienes un pensamiento curioso y admirable. Perdóname, pero no quise burlarme. Pues bien, tus hermanas, Isa y Nita, tendrán una buena cantidad de vestidos y de lacayos, sin que pase mucho tiempo. Mi tesorero cuidará de ello. No me des las gracias, que no merece la pena. Dijiste bien y contestaste con inteligencia. ¿Eres muy instruido?

—Señor, ignoro si lo soy o no lo soy. Fue un buen sacerdote que se llama padre Andrés quien, de pura bondad, me instruyó en sus libros.

—¿Sabes latín?

—Me imagino que no es gran cosa lo que sé señor.

—Apréndelo, muchacho, es difícil, aunque sólo al principio. El griego ya cuesta más, aunque creo que ni esos dos idiomas ni ningún otro les resultan difíciles a lady Isabel y a mi prima.

¡Tendrías que oír las hablar a ambas! Pero cuéntame algo de tu Callejón de las Piltrafas. ¿Llevas allí buena vida?

—La verdad, señor, que vivo bien, salvo cuando paso hambre. Vienen allí los teatros de títeres y los monos... (¡qué animales más ridículos y que bien que los visten!), y dan representaciones en las que hacen sus papeles, chillan y se pelean hasta que se matan. Da gusto verlo, y sólo cuesta una moneda de cobre, aunque lo difícil es conseguir la moneda, señor.

—Cuéntame más cosas.

—Los muchachos del Callejón de las Piltrafas peleamos a veces unos con otros con los garrotes, al estilo de los aprendices.

Los ojos del príncipe relampaguearon, y dijo: —¡Vaya, eso no me disgustaría! ¿Y qué más?

—Otras veces competimos en carreras, para ver quién de nosotros es más rápido.

—También eso me gustaría. Continúa.

—En el verano, señor, chapoteamos y nadamos en los canales y en el río, procurando meter la cabeza en el agua al que tenemos más cerca y nos zambullimos, gritamos, y...

—¡Sólo por disfrutar así una vez, daría yo todo el reino de mi padre! Por favor, sigue.

—Bailamos y cantamos alrededor del Poste de Mayo en Cheapside. Jugamos en la arena, y nos cubrimos con ella unos a otros, otras veces hacemos castillos de barro... ¡Si vieras qué barro más encantador! No hay otro en el mundo que sea más agradable de manejar.

—¡No sigas, por favor! ¡Eso es vida! ¡Si yo pudiera vestirme con unas ropas como esas que tú llevas, y descalzarme, y jugar a mi gusto en el barro por una vez, por una sola vez, sin que nadie me regañara ni me lo prohibiera, creo que sería capaz de renunciar a la corona!

—Y si yo pudiera vestirme, mi buen señor, una sola vez como tú vas vestido ahora, una sola vez...

—¿Te gustaría? Pues así será. Quítate esos harapos y vístete con estas prendas, muchacho. Será una felicidad breve, pero no por eso menos real. La disfrutaremos mientras nos sea posible, y nos volveremos a vestir cada uno con sus ropas antes que nadie venga.

Algunos minutos después, el pequeño príncipe de Gales se había ataviado con los retazos de ropas que llevaba Tomás, y el *príncipe de la pobreza* estaba muy bien compuesto con el relumbrante plumaje de la realeza. Ambos se colocaron uno junto al otro delante del espejo, y ¡qué milagro! ¡Parecía que no se hubiera realizado allí ningún cambio! Se miraron con asombro uno al otro, luego se miraron en el espejo, y a continuación volvieron a mirarse uno al otro. Finalmente, el desconcertado príncipe dijo:

—¿Qué sacas tú en consecuencia de esto?

—¿No me pidas que conteste, mi señor! No estaría bien que un muchacho de mi condición expresara lo que piensa sobre esto.

—¡Entonces yo seré quien lo diga. Tú tienes los mismos cabellos, idénticos ojos, igual voz y maneras, la misma estatura y forma de cuerpo, la misma cara y expresión que yo. Si nos desnudáramos, no habría nadie capaz de decir quién eras tú y quién el príncipe de Gales. Y ahora que estoy vestido como lo deseabas tú, me encuentro más cerca de sentir lo que tú sentiste cuando aquel bruto de soldado... Dime: ¿no te hizo él esa magulladura en la mano?

—Sí, pero no es nada, y Su Alteza sabe que aquel pobre guardia...

—¡No te muevas de aquí hasta que yo vuelva! ¡Es un mandato mío!

El príncipe echó en un instante mano, y escondió un objeto de importancia nacional que había sobre la mesa. Salió por la puerta del despacho, corriendo a todo lo que daban sus piernas por los jardines del palacio, llevando al aire sus harapos, con la

cara encendida y los ojos centellantes. En cuanto llegó a la puerta principal, se agarró a los barrotes de la verja y se esforzó por darles una sacudida, gritando:

—¡Abran! ¡Abran las puertas!

El soldado que había maltratado a Tomás obedeció rápidamente, y en el instante mismo en que el príncipe se precipitó fuera del portal, el soldado le largó una bofetada en la oreja que lo envió dando vueltas hasta el centro del camino y le dijo:

—¡Toma eso, aprendiz de mendigo, por lo que recibí de Su Alteza por culpa tuya!

La multitud se reía. El príncipe se levantó del fango, y se lanzó furiosamente hacia el centinela, gritando:

—¡Yo soy el príncipe de Gales y mi persona es sagrada! ¡Y tú serás ahorcado por haber puesto tus manos sobre mí!

El soldado puso su alarbada en posición de presentar armas, y exclamó burlón:

—Saludo a Su Graciosa Alteza.

Pero en seguida cambió de tono y le dijo furioso:

—¡Largo de aquí, mendigo loco!

Entonces la regocijada multitud rodeó al pobre príncipe y lo persiguió calle adelante, entre empujones y gritos de: «¡Paso a Su Alteza Real!». «¡Paso al príncipe de Gales!».

COMIENZAN LOS APUROS DEL PRÍNCIPE

EL ACOSO Y PERSECUCIÓN DE LA CHUSMA AL JOVEN príncipe Eduardo duró varias horas, pero poco a poco fueron abandonándolo hasta dejarlo solo. Mientras él pudo enfurecerse contra la multitud, amenazándola regiamente, dando a estilo del rey órdenes, que servían de diversión a la multitud, ésta lo encontró muy entretenido. Cuando el cansancio obligó por último al príncipe a callar, la multitud no encontró ya placer alguno, y busco diversión en otra cosa.

El príncipe miró, a su alrededor, pero no supo dónde se encontraba. Tan sólo supo que se hallaba dentro de la City de Londres. Fue caminando sin rumbo, y poco después las casas se fueron haciendo más espaciadas y los transeúntes más escasos. Lavó sus pies en el arroyo que entonces corría por lo que hoy es Farrington Street, llegó por fin a una gran explanada abierta en la que se veían algunas casas y una iglesia maravillosa. Reconoció el Templo. Por todas partes se veían andamios y muchos trabajadores que estaban efectuando importantes reparaciones. El príncipe cobró ánimo, creyó que allí terminaban sus dificultades. Se dijo a sí mismo: «Esta es la antigua iglesia de los Frailes Franciscanos, que el rey mi padre les quitó, donándola para que se convirtiera en un hogar para niños pobres y

abandonados, y ahora es conocida con el nombre de Iglesia de Cristo. Estoy seguro de que servirán gustosos al hijo del que tan generosamente se condujo con ellos... sobre todo, viéndolo tan pobre y tan desamparado».

No tardó en verse en medio de un grupo de muchachos que corrían, saltaban, jugaban a la pelota, a salte la rana, y se divertían con gran algazara. Todos ellos vestían de la misma manera, y según lo hacían en aquel entonces los criados y los aprendices. Así cada uno de ellos llevaba en la cabeza un gorrito negro, plano, del tamaño más o menos de un platillo, que no servía, dadas sus dimensiones, para tapar nada, y que tampoco servía de adorno; por debajo de ese gorrito se les salía el cabello, llevaban un alza cuello propio de gentes de iglesia, vestían una túnica azul muy ceñida que les llegaba hasta las rodillas o más, mangas largas, ancho cinturón rojo, medias de un amarillo vivo, sujetas por encima de las rodillas, zapatos bajos con anchas hebillas metálicas. Era una ropa sumamente fea.

Los muchachos hicieron alto en sus juegos y se apretujaron alrededor del príncipe, que les dijo con espontánea solemnidad,

—Mis buenos muchachos, decidle al director que Eduardo, príncipe de Gales, desea hablar con él.

Al oír esto, estalló un gran clamoreo, y un muchacho rudo le dijo:

—¡Vaya! ¿Eres tú, mendigo, el mensajero de Su Alteza?

El príncipe enrojeció de ira, y su mano fue rápida a su costado, pero allí no encontró nada. Se escucharon carcajadas, y uno de los muchachos exclamó:

—¿Se han fijado? Se imaginó que ceñía espada... ¡Quién sabe si no es el príncipe en persona!

Esta salida arrancó más carcajadas. El pobre Eduardo se irguió con orgullo y dijo:

—Yo soy el príncipe, y está muy mal que ustedes que son alimentados por la generosidad de mi padre, me traten de ese

modo.

Las carcajadas fueron una prueba de lo mucho que esas palabras deleitaron a los muchachos. El primero que había hablado gritó a sus camaradas:

—¡Oigan! Cerdos, esclavos, pensionistas del padre de Su Alteza, ¿qué maneras son éstas? ¡Póstrense en tierra, todos, y hagan una reverencia al príncipe y a sus harapos reales!

Los muchachos se dejaron caer de rodillas con regocijo, todos a una, y rindieron en burla aquel homenaje a su víctima. El príncipe dio con el pie al muchacho que tenía más cerca, y le dijo furioso:

—¡Toma eso, hasta que llegue el día de mañana y haga levantar para ti una horca! Cesaron las risas en un instante, y a las risas sucedió la indignación. Una docena de muchachos gritó:

—¡Traiganlo! Vamos con el al abrevadero. ¿Dónde están los perros? ¡Aquí, León! ¡Aquí, Colmillos!

Sucedió a continuación algo que Inglaterra no había presenciado jamás hasta entonces: que la sagrada persona del heredero del trono se viera rudamente abofeteada por manos plebeyas, y que le persiguieran y mordieran los perros.

Se acercaba la noche, el príncipe se encontró muy lejos, en la parte de la City en donde los edificios abundan más. Tenía el cuerpo magullado, le sangraban las manos, y sus harapos estaban totalmente embarrados. Siguió caminando y caminando, se sentía tan cansado y tan débil, que a duras penas podía arrastrar los pies. Ya no hacía preguntas a nadie, porque le acarreaban insultos en vez de aclaraciones. Seguía diciéndose a sí mismo: «Callejón de las Piltrafas, así se llama, si doy con él antes que me fallen por completo las fuerzas, estoy salvado, su familia me llevará a Palacio y demostrará que yo no pertenezco a ella, sino que soy el verdadero príncipe, y de ese modo conseguiré volver a la situación que me corresponde». De cuando en cuando su pensamiento le llevaba a recordar el mal trato de que había sido objeto de parte

de los brutales muchachos, y decía: «Cuando yo sea rey, no me limitaré a que tengan pan y cobijo solamente, sino que haré que estudien; una barriga llena vale poco cuando la inteligencia y el corazón están hambrientos. Guardaré esto con cuidado en mi memoria, para que no se pierda en mí el efecto de la lección de hoy, y para que mi pueblo no sufra, porque el saber suaviza los corazones y enseña bondad y caridad».

Las luces empezaron a parpadear, rompió a llover, se levantó el viento y se echó encima una noche cruda y borrascosa. El príncipe sin hogar, el heredero del trono de Inglaterra, seguía caminando, metiéndose cada vez más en el laberinto de mugrientas callejuelas en las que se vivía en la pobreza y la miseria.

De pronto, un borracho corpulento, le agarró por el cuello y le dijo:

—¡Otra vez fuera de casa a estas horas de la noche, y sin haberme traído ni una sola moneda! ¡Pues vas a ver! Si no traes nada y no te rompo todos los huesos de tu cuerpo, es que yo no soy Juan Canty, sino alguna otra persona distinta.

El príncipe se soltó de un tirón, se limpió, inconscientemente el hombro profanado de aquella manera, y dijo ansiosamente:

—¡Oh! Entonces, ¿es que eres su padre? ¡Quieran los Cielos bondadosos que lo seas, para que vengas a sacarlo de donde está y me llesves a donde me corresponde estar a mí!

¿Su padre? ¿Qué quieres decir con eso? Lo que yo sé es que soy tu padre, y que muy pronto vas a tener motivos para...

—¡Oh, nada de bromas, nada de jugarretas ni de retrasos! Estoy cansado, estoy herido, ya no puedo más. Llévame a donde está el rey mi padre, y él te enriquecerá mucho más de todo lo que podrías soñar en tus sueños más desatinados. ¡Créeme, hombre, créeme! No te digo mentira, sino tan solo la verdad. ¡yo soy el príncipe de Gales, sin género alguno de duda!

Aquel hombre miró al muchacho desde su altura,

estupefacto; luego movió la cabeza y murmuró:

—Se ha vuelto tan loco como cualquier Tomás de manicomio.

Volvió a echarle la mano al cuello y le dijo con risa áspera y acompañando ese acto con una blasfemia:

—Pero loco o cuerdo, poco tardaremos yo y la abuela Canty en encontrar las partes blandas de tu cuerpo, o yo no soy el que soy.

Y, diciendo esto, llevó a rastras al príncipe, que forcejeaba frenético, y desapareció por un callejón que tenía delante.

TOMÁS HACE DE PRÍNCIPE

EN EL DESPACHO DEL PRÍNCIPE QUEDÓ TOMÁS, se observó, en todas las posturas delante del espejo, maravillado de su propia elegancia, luego se paseó, imitando al príncipe, sin dejar de mirarse en el espejo. Después desenvainó la espada, se inclinó, besó su hoja y la colocó cruzada sobre su pecho, tal como lo había visto hacer cinco o seis semanas antes, a modo de saludo, al teniente de la Torre a un noble caballero, en el momento de hacerle entrega de dos prisioneros: los grandes lores de Norfolk y de Surrey. Tomás jugó con el puñal cuajado de piedras preciosas que colgaba sobre su muslo, examinó los costosos adornos del salón, se sentó en una de las sillas, y pensó en el orgullo que le produciría el que la pandilla del Callejón de las Piltrafas pudiera contemplarlo en toda su grandeza. ¿Creerían ellos en el relato maravilloso que les contaría cuando volviera a su casa? ¿O moverían incrédulos sus cabezas, diciendo que los excesos de su imaginación habían acabado por fin trastornándole el cerebro?

Cuando ya había transcurrido media hora, se le ocurrió pensar que el príncipe llevaba mucho tiempo fuera, y en el acto empezó a sentirse muy solo. Casi en seguida se puso a escuchar, anhelando que volviera. Se sintió poco a poco inquieto, luego alarmado, y

por fin afligido. ¿Y si llegaba alguien y lo sorprendía vestido con las ropas del príncipe y sin que éste se encontrara allí para poder dar explicaciones? ¿No podría darse el caso de que lo ahorcaran en el acto, y que luego se pusieran a hacer averiguaciones? Tomás había oído decir que los grandes obraban rápidamente en los asuntos pequeños. Sus temores se fueron haciendo cada vez mayores; abrió suavemente la puerta de la antecámara, decidido a escapar y salir en busca del príncipe, para conseguir por medio de éste protección. En cuanto Tomás abrió la puerta, seis caballeros servidores y dos jóvenes pajes de alta nobleza, se pusieron en pie y le hicieron una profunda reverencia. Tomás se echó rápidamente atrás y cerró la puerta, diciéndose:

«¡Se burlan de mí! Ahora irán y lo contarán todo. ¿Por qué habré venido yo aquí, para perder mi vida?».

Se paseó por el salón, lleno de terrores, escuchando y sobresaltándose al menor mudo. De pronto se abrió la puerta de par en par y un paje vestido de sedas anunció:

—Lady Juana Grey.

Se cerró la puerta, y corrió hacia Tomás una muchacha simpática, bien vestida. Pero se detuvo de pronto, y le preguntó con voz afligida:

—¿Qué pasa de malo, señor mío?

Tomás estaba a punto de perder la respiración, pero con dificultad dijo:

—Debo decirte la verdad, yo no soy ningún señor, sino únicamente el pobre Tomás Canty, del Callejón de las Piltrafas, en la City. Por favor, yo te suplico que me lleves a donde está el príncipe, para que él me devuelva mis harapos y dejarme marchar de aquí sin sufrir daño alguno. ¡Apiádate de mí y sálvame!

Para entonces el muchacho se había puesto de rodillas, y le suplicaba con los ojos y las manos alzadas hacia ella. La joven parecía horrorizada y exclamó:

—¡Oh mi señor! ¿Tú de rodillas?... ¡Y delante de mí!

Dicho esto huyó asustada y Tomás, abrumado por la desesperación, se dejó caer, murmurando:

—¡No hay remedio, ya no hay esperanza! ¡Ahora vendrán y me prenderán!

Mientras él permanecía en el suelo mudo de terror, volaban por el palacio terribles noticias. De lacayo a lacayo, de gran señor a gran dama, de piso en piso y de salón en salón, entre cuchicheos, porque no se decía sino cuchicheando esta noticia: «¡El príncipe se ha vuelto loco, el príncipe se ha vuelto loco!». En todos los salones, en todos los vestíbulos, se tomaron grupos de señores y damas rutilantes de joyas, y otros grupos de personas, que conversaban con gran viveza y entre murmullos, en todos los rostros había una expresión de desaliento. Poco después avanzó por entre esos grupos un funcionario de gala, que pregonaba esta solemne proclama:

«En el nombre del rey, que nadie preste oídos, bajo pena de muerte, a este rumor falso y estúpido, ni hable de él, ni lo propague fuera de Palacio. ¡En el nombre del rey!».

Los cuchicheos cesaron súbitamente. Se oyó después por los comedores un murmullo general:

—¡El príncipe! ¡Miren, el príncipe viene!

El pobre Tomás avanzó, pasando con lentitud por entre los grupos que se inclinaban a su paso, procuraba devolver las reverencias, mientras examinaba con expresión de mansedumbre y mirada atónita y patética el espectáculo extraordinario que le rodeaba. Grandes señores caminaban a cada lado suyo, obligándole a que se apoyara en ellos, para dar mayor firmeza a sus pasos. Detrás de él seguían los médicos de la Corte y algunos criados.

Tomás se vio poco después en un lujoso departamento de Palacio, y oyó cerrarse la puerta a sus espaldas. Lo rodeaban todas aquellas personas de su cortejo que le habían acompañado hasta allí.

Delante de él, a poca distancia, estaba tendido en cama un

hombre muy grande y gordo, de cara ancha y de expresión severa. Su cabeza, de gran tamaño, estaba muy blanca. Sus ropas eran de ricas telas, pero antiguas y ligeramente gastadas en algunas partes. Una de sus hinchadas piernas se apoyaba en un almohadón y estaba vendada. Reinó el silencio, todas las cabezas, con excepción de la de este hombre, estaban inclinadas en señal de reverencia. Aquel inválido de severo continente era el temido Enrique VIII, su expresión se fue suavizando al empezar a hablarle de este modo:

—¿Qué te pasa, mi señor Eduardo, mi príncipe? ¿Quieres hacer una jugada con una triste gracia al rey tu padre, que te ama y que te trata con amor?

Tomás escuchó muy asustado al rey, pero cuando llegaron a sus oídos las palabras «al rey tu padre», cayó instantáneamente de rodillas. Y exclamó, levantando sus manos:

—¿Eres el rey? ¡Entonces estoy perdido de veras!

Estas palabras dejaron al rey aturdido. Su mirada vagó sin rumbo de una a otra cara de los allí presentes, y por fin se posó, atónita, en el muchacho que tenía delante. Y dijo en un tono de profundo desencanto:

—¡Ay de mi, que creí que el rumor era una exageración! Ahora temo que no lo sea.

Dejo escapar un doloroso suspiro, y dijo con voz afable:

—Hijo, acércate a tu padre, no estás bien de salud.

Ayudaron a Tomás a ponerse en pie, y se acercó, humilde y tembloroso, al soberano de Inglaterra. El rey tomó entre sus manos aquella cara aterrorizada, y la estuvo contemplando con ansiedad y amorosamente durante un rato, como si tratara de encontrar en ella un síntoma grato de que ya recobraba el uso de la razón; luego apretó la ensortijada cabeza contra su pecho, y le dio unas palmaditas cariñosas, diciéndole:

—¿Conoces a tu padre, hijo mío? No me destroces el corazón, di que me conoces.

–Si, tu eres mi temido señor, el rey que Dios guarde.

–Cierto, cierto... Eso está bien dicho... Tranquilízate, no tiembles de ese modo, no hay nadie aquí capaz de hacerte el menor daño, todos los aquí presentes no sienten por ti sino amor. Ahora estás mejor, ha pasado ya tu pesadilla, ¿verdad que sí? Y sabes ya quién eres tú, ¿verdad que sí? Ya no volverás a llamarte sino por el nombre que te corresponde, y no ultrajes tu grandeza como me dicen que lo has hecho hace poco, ¿verdad que no?

–Yo te suplico mi señor, que creas que no dije sino la verdad, porque yo soy el más pequeño de tus súbditos, ya que soy un mendigo de nacimiento, y si me encuentro aquí presente es por una equivocación y un accidente de los que yo no soy responsable. Soy muy joven para morir, tu puedes salvarme la vida con solo decir una palabra, mi señor.

–¿Morir? No hables de esa manera, príncipe. Calma tu corazón... ¡No morirás!

Tomás se arrodilló ante el rey, y dijo:

–¡Qué Dios te premie por tu misericordia, oh rey mío, y te guarde largos años para felicidad de Inglaterra!

Luego se puso en pie ágilmente y se dirigió con rostro jubiloso hacia los dos grandes señores que le acompañaban:

–¡Ya lo oyeron! ¡No he de morir! Lo ha dicho el rey.

Todos se inclinaron con respeto, y nadie dijo una palabra. Entonces Tomás vaciló, un poco confuso, y se volvió con timidez hacia el rey, diciéndole:

–¿Puedo, retirarme señor?

–Desde luego, si así lo deseas. Pero ¿porqué no te quedas aquí un poco más? ¿Adónde piensas ir?

Tomás bajó los ojos y contestó humildemente:

–Tal vez no te entendí, y pensé que estaba libre, y eso me impulsó a volver al rincón en que vivo, en el Callejón de las Piltrafas. En el están mi madre y mis hermanas, y allí está mi

hogar. No estoy acostumbrado a estas pompas y esplendores del Palacio... ¡Oh señor, permite que me marche!

El rey quedó silencioso y pensativo, delatando en su cara aflicción e intranquilidad crecientes. Luego habló con un dejo de esperanza en la voz:

–Quizá su locura sólo se refiera a esta única manía, y su razón permanezca intacta en todos los demás asuntos. ¡Quiera Dios que así sea! Vamos a hacer una prueba.

Acto seguido hizo a Tomás una pregunta en latín, y Tomás le contestó, defectuosamente, pero en el mismo idioma. El rey se mostró complacido. Los grandes señores y los doctos dejaron ver también su satisfacción. El rey dijo:

–No ha contestado de acuerdo con su preparación y capacidad, pero eso demuestra que su cerebro sólo sufre una enfermedad, y que no se encuentra irremediadamente dañado. ¿Qué le parece señor?

El médico al que se dirigía la pregunta hizo una inclinación y contestó:

–Creo, majestad, que has adivinado la verdad.

El rey se tranquilizó con estas palabras de aliento que procedían de tan excelente autoridad, y siguió diciendo, ya más animoso:

Y ahora, fíjense bien todos. Vamos a someterlo a una prueba más.

Hizo a Tomás una pregunta en francés. Este permaneció un momento callado, nervioso al verse centro de toda las miradas; luego contesto:

–Yo no conozco ese idioma, con perdón de Su Majestad.

El rey se cayó de espaldas sobre su cama. Los allí presentes volaron en su ayuda; pero él los apartó, y dijo:

–¡Levántenme! Con eso basta. Acércate hijo, descansa tu pobre cabeza conturbada sobre el corazón de tu padre, y

tranquilízate. No tardarás en estar bien, esto es tan solo una fantasía pasajera. Pronto estarás bien.

Mirando a los presentes con ojos severos habló:

—¡Oigan todos! Mi hijo está mal de la cabeza; pero en forma transitoria. Es el resultado de estudiar con exceso y llevar una vida demasiado retirada.

¡Fuera libros y maestros! Entreténgalo con deportes, hagan que se divierta de manera sana, para que recobre la salud.

Se incorporó, y siguió hablando con energía:

—Está mal de la cabeza, pero es mi hijo, y el heredero de Inglaterra. ¡Sano o loco, él ha de reinar! Escuchen también esto y que se divulgue en proclamas: Quien hable de esta enfermedad pasajera trabaja contra la paz y la seguridad del reino e irá a la horca. ¿Loco? Aunque lo estuviera mil veces, él es el príncipe de Gales, y yo, el rey, lo confirmaré. Mañana mismo será instalado en la dignidad principesca, siguiendo los ritos y ceremonias antigua. De ahora mismo las ordenes necesarias, mi lord Hertford.

Uno de los nobles se arrodilló junto a la cama del rey y dijo:

—Su Majestad el rey sabe que el gran mariscal hereditario de Inglaterra se halla encerrado y condenado en la Torre:

—¡Basta! No ofendas mis oídos con ese odiado nombre, ¿Es que ese hombre va a vivir eternamente? ¿Es que he de verme yo contrariado en mi voluntad? ¿Ha de seguir el príncipe sin recibir su dignidad real porque el reino haya estado hasta ahora falto de un mariscal que no sea traidor y que pueda investirlo con los honores que le corresponden? ¡No, por la gloria de Dios! Quiero que mi Parlamento me traiga la sentencia de muerte de Norfolk antes que el sol vuelva a levantarse, y si no lo hacen lo sentirán.

Lord Hertford dijo:

—La voluntad del rey es ley.

Y se levantó para volver al sitio que antes ocupaba. La ira del rey paso poco a poco y dijo: —Príncipe, bésame. ¿Qué es lo que tenías? ¿No soy yo tu padre?

—Tú eres bueno conmigo, que soy indigno de tu bondad, oh poderoso y magnánimo señor, de eso estoy seguro. Pero... pero... me duele pensar en esa persona que va a morir, y...

—¡Ah, tú hablas como quien eres, tú hablas como quien eres! Tu corazón sigue siendo el mismo, a pesar de que tu inteligencia haya fallado, porque siempre has sido bondadoso. Pero este duque se interpone entre tú y los honores que te corresponden. Pondré en su lugar a otro que no mancille su elevado cargo. Tranquilízate, príncipe, y que no sufra por este asunto tu pobre cerebro.

—Pero, ¿no soy yo quien activa su salida de este mundo? ¿No viviría él quizá mucho tiempo de no haber sido por mí?

—No pienses en él para nada, príncipe, porque no lo merece. Bésame otra vez, y márchate a tus entretenimientos, porque mi enfermedad me está haciendo sufrir. Me siento cansado y querría descansar. Andate con tu tío Hertford y tus acompañantes y vuelve después.

Tomás muy triste fue conducido fuera de la estancia del rey. La última frase fue un golpe mortal para las esperanzas que tenía de que le dejarían marchar en libertad. Una vez más llegó a sus oídos el runruno de voces que exclamaban por lo bajo:

—¡El príncipe, ahí llega el príncipe!

Su desánimo fue creciendo mientras desfilaba entre los cortesanos, inclinados en señal de reverencia, y comprendió que era realmente un cautivo, y que quizá permaneciera encerrado para siempre en esta jaula dorada, convertido en un príncipe desamparado y sin más amigo que Dios, si este quería apiadarse de él y devolverle la libertad.

Le parecía ver en el aire la cabeza separada del tronco, y el rostro inolvidable del gran duque de Norfolk, que le miraba fijamente con expresión de censura.

Sus sueños de otros tiempos eran gratos, ¡pero que espantosa era esta realidad!

TOMÁS INICIA SU INSTRUCCIÓN

LO LLEVARON A UNA ELEGANTE HABITACIÓN Y LO HICIERON SENTAR, mientras nobles ancianos permanecían de pie a su alrededor. Les rogó que se sentaran ellos también, pero se limitaron a inclinar la cabeza o a agradecer, y siguieron en pie. Tomás iba a insistir, pero su tío, el conde de Hertford, le cuchicheó al oído:

—Por favor, príncipe, no insistas; no está bien que ellos se sienten delante de ti.

En ese instante fue anunciado lord Saint John, el que, después de inclinarse ante Tomás, le dijo:

—Vengo de parte del rey, para hablar de un asunto secreto. ¿Tiene Su Alteza Real la bondad de hacer que se retiren todos los que lo acompañan, salvo mi señor el conde de Hertford?

Viendo que Tomás parecía no saber qué hacer, Hertford le cuchicheó al oído que hiciera un simple ademán con la mano, y que no se molestara en hablar, si no era de su agrado. Cuando quedaron solos, lord Saint John dijo:

—Su Majestad ordena que, por poderosas razones de Estado, Su Alteza el príncipe debe cuidar de ocultar su dolencia hasta donde le sea posible, esperando que ésta le pase y vuelva a ser el de antes. De modo pues, que concretando: No negará a nadie

que él es el auténtico príncipe heredero de la grandeza de Inglaterra, que mantenga su dignidad principesca, y que reciba, sin ninguna palabra ni gesto de protesta, los respetos y la reverencia que le son debidos, de acuerdo con su derecho y a los usos antiguos. Que no vuelva a hablar a nadie de su bajo nacimiento y de su vida, ideas que su enfermedad saca de una imaginación fatigada, que se esfuerce con toda diligencia por traer a su memoria las caras que está acostumbrado a conocer... y qué, allí donde no lo consiga, se mantenga tranquilo sin delatar con gestos de sorpresa, ni otra clase de señales, que las ha olvidado. Siempre que en cualquier asunto se encuentre perplejo sobre lo que debe hacer o las palabras que debe pronunciar, se aconseje de lord Hertford o de mi humilde persona, pues el rey nos ordena que cumplamos este servicio y estemos prontos a acudir en cualquier momento. Esto es lo que dice Su Majestad el Rey, que me envía a saludar a Su Alteza Real, y a suplicar a Dios que se digne sanarlo pronto y conservar, ahora y siempre, bajo su sagrada custodia.

Lord Saint John hizo una reverencia y premaneció en pie a un lado. Tomás contestó con resignación:

—El rey lo ha dicho. Nadie puede oponerse al mandato del rey, ni acomodarlo a su capricho cuando le desagrada. El rey será obedecido como corresponde.

—A propósito de la orden de Su Majestad relativa a los libros y demás asuntos serios por el estilo, quizá a Su Alteza le agrada ocupar hoy el tiempo con alguna distracción ligera, no sea que llegue al banquete fatigado y eso sea perjudicial.

El rostro de Tomás expresó una sorpresa interrogante, luego se sonrojó, al fijarse en que lord Saint John le miraba con expresión pesada.

—También ahora te faltó la memoria, y has dado señales de sorpresa..., pero no te turbes por eso, porque es cosa que no durará sino que desaparecerá al mejorar. Mi señor Hertford se

refería al banquete de la City, al que Su Majestad el rey prometió desde hace más de dos meses que asistiría Su Alteza. ¿Lo recuerda ahora?

—Me duele tener que confesar que se me había olvidado dijo Tomás con voz vacilante, y le salieron otra vez los colores a la cara.

En ese instante llegaron lady Isabel y lady Juana Grey. Los dos grandes señores cambiaron entre sí miradas significativas, y Hertford avanzó rápido hacia la puerta. Cuando las jóvenes pasaron por delante de él, les dijo en voz baja:

—Señoras mías, les suplico que no se fijen en sus excentricidades ni expresen sorpresa cuando le falle la memoria...

Lord Saint John decía entretanto al oído de Tomás:

—Señor, ten presente en tu memoria el deseo de Su Majestad. Acuérdate de todo lo que te sea posible... y hace como que te acuerdas de lo demás. Que ellas no adviertan que eres muy distinto del que solías ser. ¿Es tu voluntad, señor, que yo me quede? ¿Y que se quede también tu tío?

Tomás dio a entender con un gesto y una palabra dicha entre dientes que eso quería. Empezaba a aprender, y en su sencillo corazón estaba resuelto a salir del paso lo mejor que pudiera de acuerdo con el mandato del rey.

A pesar de todas las precauciones, la conversación entre los jóvenes llegó a ser por momentos algo confusa. Tomás estuvo más de una vez al borde de darse por vencido y confesar que no estaba a la altura de su papel, pero el tacto de la princesa Isabel lo salvó, y una frase a tiempo de éste o el otro de los vigilantes lores produjeron el mismo feliz resultado. En una ocasión. la pequeña lady Juana se volvió hacia Tomás y le dejó boquiabierto con esta pregunta:

—¿Has presentado hoy tus respetos a Su Majestad la reina, señor mío?

Tomás vaciló, dio muestras de aflicción e iba a balbucir cualquier frase al azar, cuando lord Saint John tomó la palabra y contestó por él:

—Se los presentó, señora. ¿No es así, Alteza?

Tomás masculló algo que parecía ser un sí, pero se dio cuenta de que entraba en terreno peligroso. Se habló de que Tomás dejaría por ahora sus estudios, a lo cual la joven exclamó:

—¡Qué pena, qué pena tan grande! ¡Cuando adelantabas tan bien! Pero no te impacientes, que no durará mucho, tú tendrás al igual que tu padre, el don de ciencia, y tu lengua se adueñará de tantos idiomas como la suya, mi buen príncipe.

—¡Mi padre! exclamó Tomás al que estas palabras pillaron desprevenido-. Apuesto a que no es capaz siquiera de hablar la suya propia para que le comprendan, como no sean los cerdos que se revuelcan.

Alzó la vista y tropezó con una advertencia en la mirada de Saint John.

Se detuvo, se sonrojó, y siguió diciendo en voz baja y triste:

—¡Ah, volvió a acometerme mi enfermedad, y mi cerebro desvarió! No fue mi intención ser irreverente con Su Majestad el rey.

—Lo sabemos, señor —dijo la princesa Isabel, tomando entre sus manos, con respeto, pero cariñosamente, las de su hermano; no te preocupes a ese respecto. La culpa no es tuya sino de tu enfermedad.

—Mi dulce señora, tú eres muy gentil, y debo darte las gracias por ello —dijo Tomás, agradecido.

De repente la pequeña lady Juana disparó a Tomás una frase en griego. La mirada rápida de la Princesa Isabel se dio cuenta, por la serena inexpresividad de la cara del presunto príncipe, que no comprendía, y devolvió tranquilamente en nombre de Tomás una larga frase en griego sonoro, cambiando en el acto de conversación.

En definitiva, el tiempo transcurrió agradable y sin dificultades. Los escollos eran cada vez menos frecuentes, y Tomás se fue sintiendo más y más seguro al ver que todos se mostraban tan dispuestos a acudir en su ayuda y a pasar por alto sus equivocaciones. Cuando supo que las damas habían de acompañarle aquella noche al banquete del lord alcalde, le dio a Tomás gran alivio y satisfacción, porque comprendió que no le faltarían personas amigas entre la multitud de desconocidos.

Los ángeles de la guardia de Tomás, es decir, dos lores, se habían sentido durante la entrevista más inquietos que las demás personas. Para ellos era como estar guiando un barco grande por un estrecho canal lleno de peligros. Estaban en constante alerta. Por eso, cuando las jóvenes se retiraban y se anunció a lord Guilford Dudley, opinaron que el príncipe estaba bastante cansado del esfuerzo. También ellos mismos se encontraban agotados. Por eso aconsejaron respetuosamente a Tomás que se disculpara y éste lo hizo con gran satisfacción de todos.

Cuando se retiraron las ilustres doncellas, Tomás se volvió con aire cansado hacia sus guardianes y les dijo:

–Les ruego que acepten mi deseo para retirarme a descansar.

Lord Hertford dijo:

–Como Su Alteza ordene: a ti te toca mandar y a nosotros obedecer. Es bueno que descanses, puesto que más tarde tienes que ir a la City.

Tocó una campanilla y se presentó un paje, al que se dio la orden de que precisaba allí a sir Guillermo Herbert. Este caballero acudió en el acto, y condujo a Tomás a un departamento interior. El primer movimiento que hizo Tomás fue alargarse la mano hacia una copa de agua; un servidor, vestido de seda y de terciopelo, cogió la copa, puso una rodilla en tierra, y se la ofreció en una bandeja de oro.

El fatigado cautivo se sentó, e iba a quitarse los borceguíes, pero otro intruso, vestido de seda y de terciopelo, se arrodilló, y

le ahorró esa tarea : Hizo dos o tres movimientos más para servirse a sí mismo, pero en todos ellos se le adelantaron rápidamente, hasta que renunció a seguir por ese camino y murmuró con resignación:

–¡Qué diablos! ¡Lo único que falta es que también respiren por mí!

Finalmente, después que le colocaron las zapatillas y una suntuosa túnica, pudo tumbarse a descansar, aunque no a dormir, porque su cabeza estaba demasiado llena de pensamientos y la habitación demasiado llena de gente. No quería desprenderse de los primeros, de modo que en su cabeza siguieron y no sabía cómo dar orden a los últimos para que se retiraran, por lo que siguieron también allí, con gran pesar de Tomás y de ellos.

La ausencia de Tomás había dejado a sus dos nobles guardianes a solas. Permanecieron algún rato en silencio, hasta que lord Saint John dijo de pronto:

–Sin rodeos, ¿qué piensas tú?

–Pues, sin rodeos, esto es lo que pienso. El rey está próximo a su fin, mi sobrino está loco, loco subirá al trono, y loco seguirá en él. ¡Dios proteja a Inglaterra porque mucho lo va a necesitar!

Así parece que va a ser. Pero ¿no tienes ninguna duda sobre..., sobre... ?

El que hablaba de ese modo vaciló, se daba cuenta de que pisaba terreno delicado. Lord Hertford se detuvo delante de él, le miró a la cara con mirada serena, y le dijo:

–Prosigue. Nadie nos oye. ¿dudas acerca de qué? –Me cuesta expresar lo que tengo en la mente siendo tú, mi lord, pariente suyo, ¿no resulta extraordinario que la locura haya podido hacerle cambiar de porte y de maneras? No es que su porte y su manera de hablar no sigan siendo las de un príncipe, pero difieren en algo, en muy poco, de lo que solían ser su porte y su manera de hablar hasta ahora. ¿No es raro que la locura haya borrado de su memoria desde los rasgos de su padre, hasta las costumbres y

ceremonias de respeto que le corresponden a él como príncipe? ¿Y que no haya perdido la memoria del latín, y sí la del griego?

Lord Hertford no te ofendas pero a mi me obsesiona su afirmación de que él no es el príncipe, de modo que...

—¡Basta, lo que hablas constituye delito de traición! ¿Te has olvidado del mandato del rey? Ten presente que, si yo te escucho, vengo a ser partícipe de tu delito.

Saint John empalideció, y se apresuró a decir:

—He faltado, lo reconozco. No me traiciones, y ya no volveré a pensar ni hablar jamás de este asunto. No seas riguroso conmigo, señor, pues de lo contrario estoy perdido.

—Lo haré con mucho gusto, señor mío. Con tal que no vuelvas a pensar en ello y lo daremos todo por no hablado. Pero puedes estar tranquilo es, en efecto, el hijo de mi hermana. La locura puede ser causa de que se den todas esas cosas contradictorias que has observado, y muchas otras. ¿No recuerdas que el viejo barón Marley, cuando se volvió loco, se olvidó hasta del parecido de su propia cara, a pesar de que la llevaba ya sesenta años, y que la tomó por la cara de otro? ¿Que llegó a afirmar que era hijo de María Magdalena, y que su cabeza estaba hecha de cristal de España? Por cierto que a nadie le toleraba que se la tocara, por temor a que alguna mano poco cuidadosa pudiera quebrarla. Desecha tus recelos, mi señor, este es el auténtico príncipe, yo lo conozco muy bien... y él pronto será tu rey.

Después de un rato de conversación, lord Hertford relevó a su compañero, y se sentó para permanecer de guardián, él solo. No tardó en sumirse en profundas meditaciones, y cuanto más tiempo meditaba, más incómodo se sentía. Empezó a pasear por la habitación, y a hablar entre dientes:

«¿El tiene que ser el príncipe! ¿Habrá alguien capaz de sostener que puedan existir dos personas que no sean de la misma sangre y de los mismos padres, y sean gemelas? Y, aunque eso pudiera ocurrir, sería un milagro todavía mayor el que la

casualidad hubiera puesto al uno en el lugar del otro. ¡No, eso es un disparate! Bueno, si se tratara de un impostor y afirmara que él es el príncipe eso sería natural, sería lo razonable. ¿Pero ha existido jamás hasta ahora un impostor que, al verse tratado de príncipe por el rey, de príncipe por la corte, de príncipe por todos, negara su dignidad y se opusiera con súplicas a ello? ¡No! ¡Por el alma de San Patricio, que no! ¡Este es el auténtico príncipe, que se ha vuelto loco!».

TOMÁS ASISTE A SU PRIMERA COMIDA OFICIAL

EL RELOJ HABÍA DADO LA UNA DE LA TARDE, cuando Tomás se sometió resignado al tormento de dejarse vestir para la comida de gala. Se vio tan elegantemente vestido como antes, solo que ahora todas las prendas eran diferentes, todo había cambiado, desde su gorguera hasta sus medias. Fue llevado con gran pompa a un salón espacioso y muy elegante, donde estaba puesta ya la mesa para una persona. El servicio de la misma era todo de oro macizo, embellecido con dibujos que lo hacían casi inapreciable, puesto que eran obra de Benvenuto. En la sala había muchos nobles servidores. Un capellán rezó la oración, y Tomás, que llevaba, en sí un hambre muy grande, iba a ponerse a comer cuando lo interrumpió milord el conde de Berkeley, que le colocó una servilleta alrededor del cuello; porque el alto cargo de poner el babero a los príncipes de Gales era hereditario en esta noble familia. Se hallaba presente el copero de Tomás, que supo adelantarse a todos los intentos que éste hizo para servirse vino. De igual manera se hallaba presente el catador del príncipe de Gales, dispuesto a probar, a petición suya, cualquier plato sospechoso, corriendo el riesgo de envenenarse.

Por aquel entonces no era ya sino un apéndice decorativo, al que pocas veces se llamaba a ejercitar sus funciones, pero durante muchas generaciones, el oficio de catador tuvo sus peligros, y no era un alto cargo muy apetecible. Resulta extraño que no se sirvieran para tales menesteres de un perro o de un plomero; pero todos los caminos de la realeza resultan extraordinarios.

Lord D'Arcy, primer caballero de cámara, se hallaba también allí, Dios sabe para qué, pero allí estaba. Y también estaba el lord dispensero jefe, colocado detrás de la silla de Tomás vigilando los ritos, bajo el mando del lord gran jefe de camareros y del lord cocinero en jefe, que permanecían cerca. Además de éstos, disponía Tomás de trescientos ochenta y cuatro criados; aunque, como es natural, no todos estaban en aquel salón, ni siquiera la cuarta parte, tampoco Tomás tenía noticia de su existencia.

Los que allí estaban habían sido seleccionados una hora antes para que tuvieran presente que el príncipe andaba transitoriamente mal de la cabeza, por lo cual no debían mostrar sorpresas de sus desvaríos. No tardaron en manifestarse ante ellos esos desvaríos; pero sólo consiguieron despertar en la concurrencia sentimientos de compasión y de dolor, y no de burla.

El pobre Tomás se sirvió de sus dedos para comer, pero nadie se sonrió al verlo, ni siquiera pareció advertirlo. Examinó con curiosidad e interés profundo su servilleta, porque era de una fabricación muy bella y delicada, y luego dijo con sencillez:

—Por favor, sáquenla de la mesa, no sea que por descuido la ensucie.

El colocador de baberos hereditario la retiró con gran reverencia, sin protesta alguna.

Tomás estudió con interés los colinabos y la lechuga, preguntando qué era aquello, y si había que comerlos, porque hacía muy poco tiempo que se empezaban a cultivar esos productos en Inglaterra, en vez de importarlos desde Holanda

como comestibles de lujo.* Se le contestó con profundo respeto, y sin manifestar sorpresa.

Cuando terminó el postre se llenó los bolsillos de nueces, nadie pareció advertirlo. Pero después, el mismo Tomás se sintió inquieto, porque era aquello lo único que se había servido por sí mismo durante la comida, y no dudó de que había cometido un acto incorrecto.

Terminada la comida, se le acercó uno de aquellos lores y puso delante de él un cuenco de oro, ancho y poco profundo, conteniendo olorosa agua de rosas, para que se limpiara los labios y los dedos con ella; milord el colocador hereditario de baberos permaneció a su lado con la servilleta preparada, Tomás se quedó un instante mirando perplejo al cuenco, y luego se lo llevó a los labios, y bebió con mucha seriedad un trago. Después se lo devolvió al lord que se lo había servido, y le dijo:

—No señor, no es de mi gusto, huele muy bien, pero el sabor es insípido.

Esta nueva excentricidad del cerebro dañado del príncipe llenó de dolor a todos, pero el triste espectáculo no despertó el regocijo de nadie.

El siguiente traspie de Tomás consistió en levantarse y retirarse de la mesa en el preciso momento en que el capellán, que se había colocado detrás de su silla, con las manos en alto y los ojos cerrados también en alto, se disponía a empezar su acción de gracias. Pero nadie pareció tampoco haber caído en la cuenta de que el príncipe hubiera cometido ningún acto anormal.

A petición propia, nuestro amiguito fue conducido luego a su despacho particular, donde lo dejaron solo, para que hiciera lo que bien le pareciera. Colgadas de ganchos en el artesonado de roble estaban las diferentes piezas integrantes de una brillante armadura de acero, adornada con bellos dibujos exquisitamente incrustados de oro, Tomás se puso las espinilleras, los guantes, el yelmo empenachado y las demás piezas que pudo colocarse

sin ayuda de nadie, y estuvo un momento a punto de llamar a alguien para que le echara una mano a fin de dar término a la tarea. Se acordó de las nueces que había cogido en la mesa, y pensó en la alegría de comerlas sin tener clavados en él los ojos de una multitud, y sin nobles con cargos hereditarios que le molestaran con sus inútiles servicios, volvió, pues, a colocar aquellas lindas cosas en su sitio y no tardó en estar partiendo nueces, sintiéndose casi feliz, con una felicidad espontánea, desde que Dios le había convertido por sus pecados en príncipe. Una vez que hubo despachado las nueces, tropezó con algunos libros que había en un armario, uno trataba de la etiqueta de la Corte inglesa. Aquello era un tesoro. Se tumbó en un diván y se dedicó a instruirse.

EL PROBLEMA DEL SELLO

A LAS CINCO DE LA TARDE SE DESPERTÓ ENRIQUE VIII de su intranquila siesta y murmuró entre dientes: «¡Qué desagradables pesadillas, qué pesadillas! Mi fin está próximo; así me lo anuncian esas advertencias y lo confirma mi débil corazón». Brilló en su mirada una luz siniestra, y dijo por lo bajo: «Pero no moriré sin que él vaya por delante».

Sus acompañantes se dieron cuenta de que estaba despierto, y uno de ellos le preguntó qué deseaba que se dijera al lord canciller que esperaba afuera,

–¡Que pase! Exclamó el rey.

Entró el lord canciller y se arrodilló junto al lecho del rey, diciendo:

–He dado la orden. Los pares del reino, obedeciendo el mandato del rey, se encuentran ahora en la barra del Parlamento, donde, después de confirmar la condena del duque de Norfolk, esperan humildemente saber cuáles son los deseos de Su Majestad en el asunto.

La cara del rey se iluminó de una alegría feroz, y dijo:

–¡Levántenme! Iré en persona al Parlamento y pondré por mi propia mano el sello sobre el mandamiento que me libraré de...

Se le cortó la voz, una palidez cadavérica barrió los vivos colores de sus mejillas; sus acompañantes lo volvieron a colocar cómodamente sobre sus almohadas, y le suministraron a toda prisa medicamentos. Poco después dijo con acento dolorido:

–¡Cuánto he esperado esta hora! ¡Y ahora me llega demasiado tarde! Pero, de prisa, de prisa y que cumplan otros este trámite. Que lleve mi sello una comisión, elijan los que han de componerla. ¡De prisa hombre! Antes que el sol se levante y se ponga otra vez, quiero ver su cabeza.

Todo se hará según la orden del rey. ¿Quiere su Majestad ordenar que me entregue el sello, para cumplir mi tarea?

–¿El sello? ¿Y quién sino tú lo guardas?

Majestad, recuerda que me lo pediste hace dos días, diciendo que no querías que se empleara en nada, hasta que tú lo emplearas en el cúplase de la sentencia al duque de Norfolk.

Tienes razón... Ahora lo recuerdo... ¿Qué hice yo con él?... La memoria me falla... Estos últimos días me ha traicionado con mucha frecuencia la memoria... ¿Qué extraño es esto, qué extraño!

Lord Herbert se arriesgó a arrodillarse, y dio los siguientes informes:

–Señor, te recuerdo que entregaste el gran sello a Su Alteza el príncipe de Gales, para que lo guardara hasta el día que...

–¡Exacto, exactísimo! –interrumpió, el rey ¡Traíganlo!

Lord Hertford voló a donde estaba Tomás, pero no tardó en regresar ante el rey, turbado y con las manos vacías, expresándose de este modo:

Me duele, señor, traerte noticias tan poco gratas pero el príncipe no logra acordarse de haber recibido el sello de tus manos. Por eso vine rápidamente a informarte.

Un gemido del rey interrumpió a lord Hertford al llegar a ese punto. Al cabo de un rato, Su Majestad dijo con tono de profunda tristeza:

–No molesten más al pobre muchacho.

Cerró los ojos, volvió a mascullar palabras ininteligibles, y permaneció un rato en silencio. Cuando abrió, de nuevo los ojos, y miró a su alrededor con mirada inexpresiva, se posaron aquellos en el lord canciller, que seguía arrodillado. Su cara enrojeció súbitamente de ira.

—¡Cómo! ¿Tú aquí todavía?

El canciller contestó tembloroso:

—¿Majestad, yo suplico su piedad! Lo único que esperaba era el sello.

—Pero, en mi tesorería tienes el sello pequeño que tuve hace tiempo que llevar conmigo cuando salí fuera de Inglaterra. ¡Largo de aquí! ¡Y cuidado con que vuelvas sin traerme su cabeza!

El canciller tardó poco en alejarse de tan peligrosa vecindad, y la comisión dio instrucciones al esclavizado Parlamento, señalando el día siguiente para que fuera descabezado el primer par de Inglaterra, el infortunado duque de Norfolk.

LA PROCESIÓN EN EL RÍO

LAS NUEVE DE LA NOCHE, el Támesis frente al Palacio fulguraba de luces. El mismo río, en cuanto alcanzaba la vista en dirección a la ciudad, estaba cubierto de botes y barcas de recreo, adornados con linternas de colores y suavemente agitados por las olas, parecía un resplandeciente e ilimitado jardín de flores mecidas por vientos estivales. La gran explanada de peldaños de piedra que conducía al agua, lo bastante espaciosa para contener el cortejo de un príncipe alemán, era un cuadro digno de verse, con sus filas de alabarderos de brillantes armaduras y tropas de servidores de elegantes trajes, que iban de un lado a otro con la prisa de los preparativos.

De pronto se escuchó una orden y todo el mundo desapareció de los escalones. El ambiente estaba tenso de expectación. Hasta donde alcanzaba la vista, se observó que los miles de personas de los botes se levantaban y, resguardándose los ojos del resplandor de las linternas y antorchas, miraban hacia el Palacio.

Una fila de cuarenta o cincuenta barcas oficiales atracó a la escalinata, profusamente adornada de oro, sus altas proas y popas ofrecían hermosos tallados. Algunas de ella iban empavesadas con banderas y gallardetes, otras ostentaban brocados y tapices con escudos de armas. Había barcas en las que flameaban

banderolas de seda con innumerables campanillas de plata, que se estremecían como una lluvia de alegre música cada vez que las agitaba la brisa, y otras, tenían los costados protegidos con escudos suntuosamente blasonados de armas y divisa. Además de los remeros, llevaban hombres de armas relucientes, con yelmos y corazas, y un grupo de músicos.

Apareció de pronto en la gran puerta una tropa de alabarderos, la vanguardia de la esperada procesión. Iban vestidos con elegancia y llevaban bordados en pecho y espalda las tres plumas, correspondientes al blasón del príncipe, tejidas en oro. Las astas de las alabardas estaban cubiertas de terciopelo carmesí, sujeto con piezas doradas y con borlas de oro. Desfilando a derecha e izquierda formaban dos largas hileras que se extendían desde el arco de la puerta del Palacio hasta la orilla del agua. Después desplegaron un grueso paño o alfombras unos servidores, ataviados con las libreas de oro y escarlata del príncipe, lo tendieron entre los alabarderos. Acto seguido, resonó desde el interior del Palacio un toque de clarines. Los músicos desde el agua comenzaron un animado preludio, y dos ujieres con sendas varas blancas salieron de la gran puerta con lento y majestuoso paso. Iban seguidos por un oficial que llevaba el *mazo cívico*, tras el cual marchaba otro con la espada de la City. Venían varios sargentos de la guardia de la City, armados con sus arreos de gala y con escarapelas en las mangas. Luego seguía el rey de armas de *la Jarretera*, con su tabardo, varios caballeros del Baño, cada uno con un lazo blanco en la manga, luego sus escuderos, después los jueces con sus togas escarlatas y sus pelucas, el lord gran canciller de Inglaterra, con su toga escarlata abierta delante y orlada de armiño, una comisión de consejales con sus capas de grana, y los jefes de las diferentes compañías cívicas en traje de ceremonia.

Bajaron después la escalinata doce caballeros franceses, con espléndidos atavíos, consistentes en jubones de damasco blanco

listado de oro, capas cortas de terciopelo carmesí, forradas de tafetán violeta, eran el séquito del embajador francés, e iban seguidos por doce caballeros del séquito del embajador español, vestidos de terciopelo negro sin el menor adorno. En pos de éstos venían varios nobles ingleses con sus acompañantes.

Se volvió a oír en el Palacio el toque de clarines, y el tío del príncipe, el futuro gran duque de Somerset, surgió ataviado con un jubon de negro brocado y de oro y una capa de raso con flores de oro, ribeteada de plata. Al salir se quitó el empenachado gorro, inclinó su cuerpo en profunda reverencia y empezó a bajar de espaldas, saludando. Siguió prolongado clamor de clarines y la voz:

«¡Paso al muy alto y poderoso señor Eduardo, príncipe de Gales!». En lo alto de los muros del palacio prorrumpió en estrépito atronador una larga hilera de rojas lenguas de fuego. La gente apiñada en el río estalló en un enorme griterío de bienvenidas, y Tomás Canty, causa y héroe de todo aquel alborozo, apareció a la vista inclinando levemente su cabeza de príncipe.

Iba magníficamente ataviado con su jubón de raso blanco, con pechero de púrpura y oro salpicado de diamantes y ribeteado de armiño. Sobre el jubón llevaba una capa de blanco brocado de oro y se tocaba con un gorro con tres plumas y con perlas y piedras preciosas y sujeta con un broche de brillantes. De su pecho pendían la orden de la Jarretera y unas cuantas condecoraciones de países extranjeros, y cada vez que le daba la luz, las joyas resplandecían con deslumbrantes destellos. ¡Oh, Tomás Canty, nacido en una pocilga, educado en el arroyo de Londres, familiarizado con los andrajos, la suciedad y la miseria! Que espectáculo éste.

EL PRÍNCIPE MALTRATADO

MIENTRAS TANTO VOLVAMOS A LOS DUROS PROBLEMAS que enfrentaba el príncipe. Lo habíamos dejado cuando Juan Canty lo arrastraba hacia el Callejón de las Piltrafas, rodeado de una multitud de mendigos y vagabundos. Sólo una persona trató de intervenir en su favor pero nadie la escuchó. El príncipe, seguía forcejeando para liberarse y estaba furioso con los maltratos de que era víctima, hasta que su captor en un arrebato de violencia levantó su garrote para dejarlo caer sobre la cabeza del cautivo. La única persona que había hablado en su favor se adelantó para detener el golpe recibéndolo en un brazo, Canty fuera de sí, volvió a golpearlo con furia en la cabeza, el hombre cayó con un gemido de dolor, quedando inconsciente entre los pies de la multitud.

Minutos después el príncipe entraba de un fuerte empujón en el lugar en que vivían los Canty. La puerta se cerró de golpe contra los curiosos que los habían seguido hasta allí.

A la incierta luz de una vela metida en una botella, descubrió los detalles del tugurio y pudo distinguir a sus habitantes. Dos muchachas despeinadas y miserables y una mujer de rostro asustado se arrimaban en un rincón, con el temor de animales maltratados.

Desde otro rincón apareció una arpía de suelta cabellera blanca y ojos malignos, Juan Canty dirigiéndose a ella, exclamó:

–¡Espera! Ahora nos vamos a entretener en grande. No lo echés a perder hasta divertirnos. Después, si quieres le das una paliza.

–Acércate aquí muchacho, y ahora repite todo eso tan gracioso. Di como te llamas. ¿Quién eres?

El príncipe ofendido alzó la mirada con indignación, hacia la cara del hombre, diciéndole:

–El que tú me mandes que hable demuestra tu mala educación. Te repito lo que te he dicho antes: soy Eduardo, príncipe de Gales, y nadie más.

La sorpresa de esta contestación clavó los pies de aquella bruja en el suelo y casi la dejó sin aliento. Miró al príncipe con ojos dilatados por un estúpido asombro, y esta actitud causó tal regocijo al rufián de su hijo que estalló en una carcajada atronadora. Pero fue muy distinto el efecto producido en la madre y en las hermanas de Tomás Canty. Su temor a ser maltratadas físicamente dejó paso en el acto a una aflicción. Se abalanzaron, llenas de miedo y abatimiento exclamando:

–¡Oh pobre Tomás, pobre muchacho!

La madre cayó de rodillas delante del príncipe, le puso sus manos en los hombros y miró anhelante aquella cara por entre las lágrimas que asomaban a sus ojos:

–¡Oh pobre hijo mío! Tus desatinadas lecturas han obrado finalmente en ti su funesto efecto revolviéndote el seso. ¿Por qué te empeñaste en seguir leyendo todo aquello cuando yo te advertí sus peligros? Has destrozado el corazón de tu madre.

El príncipe la miró a la cara, y le dijo afablemente: –Tu hijo se encuentra bien y no ha perdido el seso, buena señora. Consuélate, llévame al Palacio donde está tu hijo ahora, y el rey, mi padre, te lo devolverá en el acto.

–¡El rey tu padre! ¡Oh hijo mío! Retira esas palabras que están

cargadas de peligros de muerte para ti, y de ruina para cuantos estamos contigo. Recobra tu memoria desvariada. Mírame. ¿No soy yo la madre que te llevó en su seno, que te amó?

El príncipe movió negativamente la cabeza:

—Bien sabe Dios que me cuesta atribular tu corazón, pero te digo la verdad, jamás hasta ahora te había visto.

La mujer cayó al suelo, se tapó el rostro con las manos, y empezó a llorar.

—¡Deja que siga la comedia! —gritaba el padre ¿Qué pasa, Isa? ¿Qué pasa, Nita? ¡Niñas mal educadas! ¿Se atreven a permanecer en pie delante del príncipe? De rodillas, mendigas, y háganle la debidas reverencias.

Terminó estas palabras con otra risa cual relincho. Las muchachas empezaron a suplicarle tímidamente en favor de su hermano:

—Padre, déjalo que se acueste, el descanso y el sueño lo curarán de su locura, por favor, sí padre dijo Isa, está más fatigado que de costumbre. Mañana habrá vuelto a ser el mismo, mendigará activamente, y no regresará a casa sin nada.

Estas últimas palabras recordaron al padre el negocio. Se volvió airado hacia el príncipe:

—Mañana tenemos que pagarle al dueño de este agujero dos peniques, fíjate bien dos peniques, o sea el alquiler de medio año, si no se lo pagamos nos echa de aquí. Muéstrame lo que has recogido.

El príncipe le respondió:

—No me ofendas con tus sórdidos asuntos. Te repito que soy el hijo del rey.

Un manotón sonoro de la ancha mano del padre sobre la espalda del príncipe lo envió a éste dando traspies hasta los brazos de la buena mujer de Canty quien lo apretó contra su pecho y lo resguardó de la granizada de puñetazos y bofetadas, recibéndolos ella.

Las aterrorizadas muchachas se escondieron en un rincón. La abuela se abalanzó ansiosamente para ayudar a su hijo. El príncipe se arrancó de los brazos de la señora Canty, exclamando:

—Señora, no quiero que padezcas por mí. Deja que estos dos cerdos se desahoguen golpeándome.

Estas palabras enfurecieron a los cerdos. Entre los dos dieron al muchacho una buena tunda, y acto continuo aporrearon a las muchachas y a la madre por haber demostrado simpatía a la víctima.

—Ahora, a acostarse todos dijo Canty. Estoy cansado de esta función.

Se apagó la luz, y la familia se retiró a dormir. En cuanto los ronquidos del jefe de la casa y de la abuela indicaron que ambos estaban dormidos, las muchachas se deslizaron furtivamente hasta donde yacía el príncipe, y lo protegieron con afecto del frío, valiéndose de paja y harapos, llegó también furtivamente la madre, le acarició el cabello, y derramó lágrimas sobre él, cuchicheándole al oído mientras tanto palabras entrecortadas de consuelo. Le había guardado también un mendrugo para que se lo comiera, pero los sufrimientos del muchacho le habían quitado por completo el apetito.

El príncipe se sintió conmovido por la valerosa manera como lo había defendido a costa suya, y por la compasión que le demostraba, le dio las gracias con frases muy nobles y principescas, y le suplicó que se fuera a dormir y que procurara olvidar sus pesares. Agregó que el rey su padre no dejaría sin premio su leal cariño y abnegación. Esta recaída en la locura desgarró nuevamente el corazón de la madre, que lo estrechó una y otra vez sobre su corazón, y se retiró, ahogada en lágrimas.

Mientras meditaba y se lamentaba en su lecho, empezó a reptar por el cerebro de aquella mujer la idea de que había en aquel muchacho un algo indefinido de que carecía, loco o cuerdo, Tomás. Ella no podía describirlo, ella no podía decir en qué

consistía y, sin embargo, su agudo instinto de madre parecía percibirlo. ¿Y si el muchacho no era, en fin de cuentas, su propio hijo? ¡Qué idea más absurda! Casi se sonrió, a pesar de sus dolores y de sus molestias. Sin embargo, la idea no quería desaparecer y la persecuía, la acosaba, negándose a alejarse.

Finalmente, aquella mujer vio que no habría paz para ella hasta idear un ardid que demostrara con claridad y sin lugar a dudas, si el muchacho aquel era o no era su hijo. Así se puso a idear inmediatamente una prueba. Pero esto era más difícil de proponer que de cumplir. Ninguna era absolutamente segura, una prueba imperfecta no podía satisfacerla, martirizaba su cabeza en vano, estaba visto que tendría que renunciar a ese propósito. Llegó a sus oídos la respiración acompasada del muchacho, y comprendió que éste se había dormido. Y mientras escuchaba esa respiración acompasada, se vio interrumpida por un grito de sobresalto, un grito suave, como el que uno deja escapar durante una pesadilla. Esta circunstancia fortuita le proporcionó en el acto un plan. Inmediatamente se dedicó, sin hacer ruido, a volver a encender la vela, murmurando entre dientes: «¡Si en ese instante lo hubiera visto, con seguridad que sabría a qué atenerme! Desde el día en que, siendo pequeño, le estalló delante de la cara aquella pólvora, siempre que se sobresalta en sueños o cuando se encuentra ensimismado, se lleva las manos delante de los ojos, de la misma manera que se las llevó aquel día, no como lo harían otras personas, con la palma de la mano hacia adentro, sino siempre, con la palma de la mano vuelta hacia afuera... Lo he visto hacerlo un centenar de veces, y jamás varió ni falló esa costumbre. ¡Sí, pronto saldré de dudas!».

Mientras tanto, se había deslizado junto al niño dormido, haciendo pantalla con la mano a la luz de la vela. Se inclinó con cuidado sobre el muchacho, conteniendo casi la respiración, hasta que de pronto, descubrió la luz, para que se proyectara sobre la cara del muchacho, y dio unos golpecitos en el suelo con los

nudillos de la mano cerca de la oreja. El muchacho abrió unos ojos dilatados y miro con sobresalto a su alrededor, pero no hizo ningún movimiento especial con las manos.

La pobre mujer se quedó casi desconcertada de sorpresa pero hizo un esfuerzo para ocultar sus emociones, y para calmarlo, a fin de que se durmiera otra vez; después se apartó pensando, llena de aflicción, el resultado desastroso de su experimento. Se esforzó en creer que la locura de su Tomás era la causa de que hubiera desterrado aquel gesto habitual, pero no lo consiguió. Pensó «Sus manos no están locas, no es posible que se hayan olvidado en tan breve espacio de tiempo de un hábito tan viejo»,

Sin embargo, sus esperanzas eran ahora tan tenaces como habían sido antes sus dudas. No conseguía convencerse de la verdad de aquella prueba, era preciso repetirla. Quizá el fracaso fuera debido únicamente a una casualidad. Volvió, pues, a hacer despertar con sobresalto al muchacho una segunda y una tercera vez, con intervalos, y siempre con idéntico resultado al de la prueba primera. Después se arrastró hasta su lecho, y se durmió llena de dolor diciéndose: «No puedo darme por vencida, ¡oh, no puedo, no puedo!... ¡Es preciso que él sea mi muchacho!».

Una vez que cesaron las interrupciones de la pobre madre, la fatiga absoluta acabó por sellar sus ojos con un sueño profundo y reparador. Pasaron horas y horas, y seguía durmiendo como un tronco. Hasta que su atontamiento empezó a aclararse. Medio dormido y medio despierto; murmuró:

—¡Sir Guillermo!

Paso un momento:

—Eh, sir Guillermo Herbert. Acércate y escucha el sueño más extraño que yo he tenido jamás... ¡Sir Guillermo! ¿Me oyes? Creí que me había transformado en un mendigo y que... ¡Eh, guardias! ¡Sir Guillermo! ¿Cómo? ¿Es que no ha quedado de guardia ningún gentilhomme de cámara? Pues lo va a pasar mal...

—¿Qué te ocurre? le preguntó al oído una voz cuchicheante—. ¿A quién llamas?

—A sir Guillermo Herbert. ¿Quién eres?

—¿Yo? ¿Quién voy a ser, sino tu hermana Nita? ¡Oh Tomás, me había olvidado de que estás todavía desvariando! ¡Pero, por favor, cuida tu lengua, no vayan a darnos a todos otra paliza!

El príncipe se incorporó sobresaltado, pero una dolorosa sensación de su cuerpo maltratado lo trajo a la realidad, y volvió a hundirse entre la paja podrida lanzando un gemido y esta exclamación:

—¡De modo, pues, que sólo ha sido un sueño!

Todos los tristes pesares y la miseria que el sueño había desterrado volvieron a caer sobre él, y se dio cuenta de que no era ya un príncipe mimado en su Palacio, un príncipe en el que toda una nación tenía puestos los ojos con adoración, sino que era un mendigo, un paria, vestido de harapos, preso en un cubil propio de bestias, y alternando con mendigos y ladrones.

En medio de su pena empezó a tener conciencia de unos ruidos y gritos que parecían venir desde una o dos manzanas más allá. Un instante después se oyeron en la puerta varios golpes fuertes. Juan Canty dejó de roncar, y dijo:

—¿Quién llama? ¿Quién es?

Una voz contestó:

—¿Sabes a quien dejaste tendido de un garrotazo?

—No. Ni lo sé, ni me preocupa.

Cuidado. Si quieres salvar el cuello, no te queda más recurso que la fuga. Ese hombre está en este momento muriendo. Es el cura, el padre Andrés.

—¡Dios me valga! Exclamó Canty.

Despertó a su familia, y les ordenó rudamente:

—¡Arriba todos y larguémonos de aquí!

Cinco minutos después, la familia de los Canty estaba en la calle y buscaba salvar la vida huyendo. Juan Canty agarraba al

príncipe por la muñeca, y lo llevaba a toda prisa por entre la oscuridad, diciendo en voz baja esta advertencia:

—Cuidado con la lengua, tú, loco estúpido, y no pronuncies nuestro apellido. Ya me buscaré en seguida otro nuevo, para hacer perder la pista a los perros de la justicia. Te digo que no te vayas de lengua, ¿me oyes?

Y a los restantes miembros de la familia les refunfuñó lo siguiente:

—Si la casualidad quiere que nos separemos, que cada mal se dirija al Puente de Londres, si alguno llega hasta la última tienda de paños que hay en el puente, que espere allí a que lleguen los demás, y luego huiremos juntos hasta Southwark.

El grupo salió en ese momento bruscamente de la oscuridad a la luz, y se vio en medio de una multitud de gentes que cantaban, bailaban y gritaban, formando una masa a lo largo del frente del río. Río arriba y río abajo, hasta donde alcanzaba la vista, el Támesis estaba adornado por una línea de hogueras encendidas. El Puente de Londres se hallaba iluminado, y lo mismo el Puente de Southwark. El río todo refulgía con el reflejo y el resplandor de luces de colores, y continuas explosiones de fuegos de artificio llenaban el firmamento con una intrincada mezcla de estallidos esplendorosos que casi convertían la noche en día. Había por todas partes multitud de alegres transnochadores. Todo Londres parecía estar en la calle.

Juan Canty furibundo ordenó la retirada, pero era ya demasiado tarde. El y su tribu fueron engullidos por aquel enjambre humano, y quedaron irremediamente separados unos de otros en un instante. A pesar de todo, Juan seguía teniendo agarrado al príncipe y éste empezó a tener la esperanza de poder huir ahora. Un fornido barquero, bastante exaltado por la bebida, se vio rudamente empujado por Juan Canty cuando éste intentaba abrirse camino entre la muchedumbre. Plantó su manaza sobre el hombro de Juan, y le gritó:

—¡Amigo! ¡Adónde vamos con tanta prisa? ¿Es que te roe el alma la sordidez de algún negocio, cuando todos los hombres leales y honrados hacen fiesta?

—Mis negocios son sólo míos, y no te importan a ti —contestó Juan con rudeza; quita de ahí esa mano y déjame pasar.

—Puesto que te pones así, no pasarás hasta que hayas brindado por el príncipe de Gales, te lo aseguro —dijo el barquero, cerrándole resueltamente el camino.

—Entonces dame de beber, y date prisa.

Otros alegres trasnochadores se habían interesado y gritaron:

—¡La copa de amor! Hazle beber a ese antipático pillastre la copa de amor, o, de lo contrario, vamos a echarlo a los peces.

Trajeron una enorme copa de las que se pasan al final de los banquetes para que beban todos por turno en ella. El barquero la agarró por una de sus asas, se la presentó a Canty en la forma tradicional, éste tuvo que agarrar el asa opuesta con una de sus manos, y levantar con la otra la tapa de la copa, de acuerdo con el rito antiguo.* Esto dejó, como es natural, libre durante un segundo la mano del príncipe. No perdió tiempo, se zambulló, entre el bosque de piernas que tenía a su alrededor y desapareció.

El príncipe se dio cuenta que era el momento de huir. También se dio cuenta de otro hecho, que un falso príncipe de Gales era agasajado por la City en su lugar. Llegó a la conclusión de que el joven mendigo, Tomás Canty, se había aprovechado de aquella ocasión estupenda que se le presentaba, convirtiéndose en un usurpador.

No había, sino un recurso a seguir: encontrar el camino hasta el Palacio de la City, darse a conocer, y denunciar al impostor. Tomó asimismo la resolución de que se le dejaría a Tomás un tiempo razonable para preparar su alma, y que luego sería ahorcado, despanzurrado y descuartizado, según la ley y los usos de aquel tiempo para los delitos de alta traición.

EN EL PALACIO DE LA CITY

LA BARCA REAL, ESCOLTADA POR SU ESPLÉNDIDA FLOTILLA, avanzó majestuosamente Támesis abajo entre los botes iluminados. El aire estaba cargado de música y en las orillas del río se veía el reflejo de las fogatas. La lejana ciudad yacía en un suave resplandor luminoso, procedente de las incontables hogueras invisibles. A medida que navegaba, la flotilla era saludada desde las márgenes por un continuo clamor de vítores y con incesantes centelleos y estampidos de la artillería.

Para Tomás Canty, medio enterrado en sus almohadones de seda, aquella música y el espectáculo eran un portento inefable por lo sublime y asombroso. Para las amiguitas que llevaba a su lado, la princesa Isabel y Juana Grey, no tenía valor alguno.

Llegada a Dowgate, la flotilla subió por el Walbrook (cuyo cauce lleva ya dos siglos oculto a la vista bajo innumerables edificios) hasta Bucklenbury, dejando atrás casas y pasando bajo puentes, atestados de curiosos. Por fin se detuvo en una pequeña ensenada, donde se halla Barge Yard, en el centro de la antigua ciudad de Londres. Tomás desembarcó y, seguido de su vistoso cortejo, cruzó Choapside y caminó un trecho, entre Old Jewry y la calle Basinghall, hasta el Ayuntamiento.

Tomás y las damas que lo acompañaban fueron recibidos

con el debido ceremonial por el lord alcalde y los principales de la ciudad, que ostentaban cadenas de oro y togas escarlata, y fueron conducidos bajo un rico pabellón situado en lo alto del gran salón, precedidos por heraldos, que abrían paso, y por la maza y la espada de la ciudad. Los lores y damas que habían de asistir a Tomás y a sus dos amigas se situaron detrás de sus señores.

En una mesa más baja tomaron asiento los grandes de la corte con otros huéspedes de noble condición, y los magnates de la ciudad. Los plebeyos ocuparon una multitud de mesas en el piso principal del vestíbulo. Desde su elevado puesto, los gigantes Gog y Magog, antiguos guardianes de la City, contemplaban el espectáculo que debajo de ellos se desarrollaba con ojos acostumbrados desde hacía muchas generaciones. Después de un toque de clarín y una proclama del heraldo, un obeso mayordomo apareció por la izquierda, seguido de sus ayudantes, que con pomposa solemnidad transportaban un regio trozo de buey, humeante y dispuesto a ser trinchado.

Después de las oraciones, Tomás, que había recibido instrucciones previas, se alzó, y con él todos los circunstantes, y bebió, de una magnífica copa de oro con la princesa Isabel. La copa pasó de ellos a lady Juana y después circuló por toda la reunión. Así comenzó el banquete.

A medianoche el festín llegaba a su apogeo. Entonces se presenció uno de aquellos pintorescos espectáculos, tan admirados en los tiempos antiguos. Aún existe una descripción de él en el singular estilo de un cronista de la época.

«Hecho espacio, entraron un barón y un conde, ataviados al estilo turco, con largas túnicas de brocado de oro, y ceñían sendas espadas llamadas cimitarras, pendientes de grandes tahalíes de oro. Venían después otro barón y otro conde, con largas túnicas de raso amarillo con rayas de raso blanco, y en cada barra de blanco traían otra barra de raso carmesí, a la usanza rusa, con

era de tela rica, pero gastada y descolorida, y su adorno de encaje de oro estaba deslucido. Traía ajada la gorguera, y la pluma de su chambergo estaba rota y tenía aspecto de suciedad. Al costado ostentaba un largo estoque en mohosa vaina de hierro. Su actitud fanfarrona le señalaba al instante como un espadachín en campaña. Las palabras de aquel estrambótico sujeto fueron recibidas con una explosión de voces y risas. La gente gritó: «¡Es otro príncipe disfrazado!». «¡Cuidado con lo que haces!». «¡Ten cuidado, amigo, porque puede ser peligroso!». «¡Así lo parece!». «¡Separemos de él al chico». «¡Vamos a tirar a ese cachorro al abrevadero». Una mano cayó sobre el príncipe, pero en el mismo momento la larga espada del desconocido salió de la vaina y el entrometido cayó al suelo de un fuerte planazo. En seguida gritaron docenas de voces: «¡Matad a ese perro! ¡Matadlo!». Y la turba se cerró contra el guerrero, que se puso de espaldas contra un muro y empezó a repartir mandobles velozmente.

Sus víctimas caían de un lado y a otro, pero la chusma se precipitaba sobre los derribados cuerpos para abalanzarse con desenfadada furia contra el campeón. Sus momentos eran contados y segura su pérdida, cuando, de pronto, sonó un toque de clarín y una voz gritó: «¡Pasó al mensajero del rey!». En seguida llegó una tropa de jinetes, cargando sobre la chusma, que se esfumó velozmente. El intrépido desconocido cogió al príncipe en brazos y pronto estuvo alejado del peligro y de la multitud.

Volvamos al interior del Ayuntamiento de la City. De pronto sobre los rumores de júbilo y el bullicio del festín sonó una trompeta. Hubo un instante de silencio, y por fin se alzó una sola voz, la del mensajero de palacio, el cual empezó a hacer una proclama que escucharon todos los circunstantes en pie. Las últimas palabras, solemnemente pronunciadas, fueron:

–¡El rey ha muerto!

Todos dejaron caer la cabeza sobre el pecho y así permanecieron unos momentos en profundo silencio, hasta que

cayeron a una de rodillas, tendiendo las manos hacia Tomás, y sonó un grito que pareció estremecer el edificio:

–¡Viva el rey!

Los asombrados ojos del pobre Tomás contemplaron el incomprensible espectáculo y, finalmente, como en un sueño fijó su vista en las arrodilladas princesas que tenía al lado y luego en el conde de Hertford.

Y tomando una decisión, dijo en voz baja a lord Hertford:

Respóndeme con lealtad, por tu fe y por tu honor. Si yo diera aquí una orden, que sólo un rey pudiera tener el privilegio y la prerrogativa de dar, ¿sería obedecido mi mandato sin que nadie se me opusiera?

–Nadie, mi señor, en todo este reino. En tu persona reside la majestad de Inglaterra. Eres el rey, y ley es tu palabra.

Tomás respondió con voz fuerte y enérgica y con gran animación:

–Entonces la ley del rey será, desde hoy la justicia del perdón y no será nunca más la justicia de la sangre. Levántate y ve a la Torre. Comunícales que el rey decreta que no muera el duque de Norfolk.

Estas palabras se propagaron de boca en boca por todo el salón, y cuando Hertford partió a la Torre, sonó otro prodigioso grito:

–¡El reinado de la sangre ha terminado! ¡Viva Eduardo, rey de Inglaterra!

EL PRÍNCIPE Y SU PROTECTOR

EN CUANTOS MILES HENDON Y EL AUTÉNTICO PRÍNCIPE SE VIERON lejos de la multitud se encaminaron hacia el río por callejas angostas. Al llegar cerca del puente de Londres se toparon de nuevo con la muchedumbre, sin haber soltado Hendon la muñeca del príncipe, es decir, del rey. Ya se había divulgado la tremenda noticia, que Eduardo supo a un tiempo por miles de bocas: «El rey ha muerto». Esta frase estremeció el corazón del pobre niño abandonado y le hizo temblar. Comprendiendo la enormidad de su pérdida, se sintió invadido por amargo dolor, porque el duro tirano que tanto terror ocasionaba a los demás había sido siempre dulce con él. Asomaron las lágrimas a sus ojos y le borraron la visión de todos los objetos. Por un instante se sintió la más infeliz, abandonada y desamparada de las criaturas de Dios. Después, otro grito estremeció la noche en muchas millas a la redonda. «¡Viva el rey Eduardo!», y esto hizo centellear los ojos del niño y le estremeció de orgullo.

—¡Ah! pensó. ¡Qué grande y extraordinario parece! ¡Soy rey!

Nuestros dos amigos se abrieron camino por entre la multitud que cubría el puente. Esta construcción, que llevaba más de seiscientos años de vida sin haber dejado de ser un barrio

alborotado y populoso, era curiosísima, porque una hilera completa de tiendas y almacenes, con habitaciones para familias, se extendía a ambos lados y de una a otra orilla del río. El puente era en sí mismo una especie de ciudad, que tenía sus posadas, sus cervecerías, sus panaderías, sus mercados, sus industrias y hasta su iglesia. Miraba a los dos vecinos que ponía en comunicación, Londres y Southwark, considerándolos bastante buenos para suburbios, sin importancia. Era un coto cerrado, por así decirlo, una ciudad estrecha con una sola calle de un quinto de milla de largo, y su población no era sino la población de una aldea. Todo el mundo en ella conocía íntimamente a sus conciudadanos, y sabía, además, todos sus pequeños líos familiares. Contaba con su aristocracia, por supuesto, con sus distinguidas y viejas familias de carniceros, de panaderos y otros tales, que venían ocupando las mismas tiendas desde hacía quinientos o seiscientos años y sabían la gran historia del puente desde el principio al fin, con todas sus extrañas leyendas. Era por naturaleza una población ignorante y engreída. Los niños nacían en el puente, eran educados en él, en él llegaban a viejos y, finalmente, en él morían sin haber puesto los pies en otra parte del mundo que no fuera el puente de Londres. Aquella gente tenía que pensar, por razón natural, que la numerosa e interminable procesión que circulaba por su calle noche y día, con su confuso rumor de voces y gritos, sus relinchos, sus balidos y su ahogado patear, era la cosa más grande del mundo.

Los hombres nacidos y educados en el puente encontraban la vida de un tedio insoportable en cualquier otra parte. Se cuenta de uno de estos hombres que se fue del puente a la edad de sesenta y un años y se retiró al campo; pero allá no le fue posible más que ponerse nervioso y dar vueltas en la cama no podía conciliar el sueño, pues la profunda calma rústica era penosa, horrible y opresiva. Cuando por fin se hartó de ella, volvió corriendo a su antiguo hogar, hecho un espectro, demacrado y

huraño, y se dio sosegadamente al descanso y a los sueños agradables bajo la adormecedora música de las agitadas aguas y el estrépito el bullicio y el alboroto del puente de Londres.

Pero nos estamos saliendo del tema.

Hendon estaba alojado en una pequeña posada del puente. Al acercarse el caballero a la puerta con el príncipe oyó una voz ronca:

—¡Ah! ¿Has aparecido ya? ¡No volverás a escaparte! Una buena paliza te hará entender que no debes huir ni escapar.

Al decir esto, Juan Canty alargó la mano para agarrar al muchacho, pero Miles Hendon se interpuso, diciendo:

—No tan de prisa, amigo. Eres, a fe mía, innecesariamente brusco. ¿Qué tienes te que ver con este muchacho?

—Si te entrometes en lo ajeno, te diré que es mi hijo.

—¡Eso es mentira! exclamó, airado, el joven rey. ¡Bien dices y te creo, hijo, tanto si tienes la cabeza sana como si la tienes perdida! Pero me da lo mismo que este rufián sea tu padre o no lo sea, pues no te entregaré a él para que te pegue y te trate como amenaza, siempre que tú prefieras quedarte conmigo.

—¡Sí, sí! No lo conozco. Le aborrezco, y moriré antes que ir con él.

Entonces estamos de acuerdo y no hay más que hablar.

—¡Eso ya lo veremos! exclamó Juan Canty, tratando de pasar por el lado de Hendon para agarrar al niño a la fuerza.

—Si te atreves a tocarlo, piltrafa animada, te ensarto como a un pato —dijo Hendon, cerrándole el paso y llevando la mano al puño de la espada.

A esto retrocedió Canty y Hendon continuó:

—Te prevengo que he tomado bajo mi protección a este chico cuando una chusma de tu calaña quería maltratarlo y acaso lo habría matado. ¿Imaginas que lo voy a abandonar ahora a un destino peor? Porque tanto si eres su padre como si no... y a fe mía creo que has mentido, una muerte decorosa y rápida sería

mucho mejor para él que la vida en unas manos tan brutales como las tuyas. Sigue, pues, tu camino y pronto, porque no me gusta malgastar palabras.

Juan Canty, se retiró rezongando amenazas y maldiciones entre la muchedumbre. Hendon subió la escalera hasta su aposento en compañía del niño, después de ordenar que les sirvieran de comer. Era una pobre pieza, con un destartalado lecho y algunos muebles viejos, y alumbrada vagamente por dos velas. El rey niño se arrastro hasta la cama y se tendió en ella, casi exhausto, de hambre y de fatiga. Había estado en pie una gran parte del día y de la noche (porque ya eran las dos o las tres de la mañana) y no había comido nada entretanto. Soñoliento balbució:

—Llámame cuando ya esté puesta la mesa.

Y cayó inmediatamente en profundo sueño. Vagó una sonrisa por los ojos de Hendon, que dijo para sí:

—¡Vive Dios, que este mendigo se le mete a uno en casa y le usurpa la cama con gracia y soltura tan naturales como si fuera su dueño, sin pedir permiso ni ofrecer excusas ni nada por el estilo! En su locura se ha llamado príncipe de Gales, y lo cierto es que sostiene bravamente su calidad. ¡Pobre ratoncillo sin amigos! Sin duda su mente se ha desequilibrado por los malos tratos. Bien, pues yo seré su amigo. Yo le he salvado y algo en él me atrae. Siento ya cariño por el rapaz. ¡Con qué marcial actitud ha hecho frente a la sórdida ralea y le ha dirigido su altivo desafío! ¡Y qué facciones tan bellas, y tan gentil tiene, ahora que el sueño ha borrado sus pesares! Yo le enseñaré, y le curaré su enfermedad. Si, seré su hermano mayor y cuidaré de él y por él velaré. Y los que quieran maltratarlo, ya pueden encargar la mortaja, porque la necesitarán, aunque por ello me quemén en la hoguera.

Se inclinó sobre el muchacho y, tras contemplarlo con bondadoso y compasivo interés, le dio unos tiernos golpecitos en la mejilla y le alisó los enmarañados rizos con su morena mano.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del niño, y Hendon dijo, entre dientes:

–Lo taparé para que no se resfríe.

Miró en torno en busca de algo con que cubrirlo, pero no hallando nada, se quitó, la capa y envolvió en ella al muchacho, diciendo:

–Como estoy acostumbrado a los arañazos del viento y al poco abrigo, poco me importará el frío.

Y se puso a caminar por el aposento para mantener en circulación la sangre, monologando:

–Su trastornada mente le persuade de que es el príncipe de Gales. Será cosa rara tener con nosotros a un príncipe de Gales ahora que el que era príncipe ya es rey. Porque su pobre espíritu tiene un tema solo y no raciocinará que ahora debe dejar de ser príncipe y llamarse rey... Si mi padre vive aún, después de estos siete años en que no he sabido nada de mi casa por mi destierro en el continente, acogerá bien al pobre niño y por mi amor le concederá albergue. Lo mismo hará mi buen hermano mayor Arturo. Mi otro hermano Hugo... Pero le romperé la crisma si se interpone, el muy desalmado. Sí. Hacia allá nos iremos y sin perder momento.

Entró un criado con humeante comida, que dejó sobre la rústica mesa, arrimo a ella las sillas y partió, dejando que unos huéspedes tan pobres se sirvieran a sí mismos. Cerró la puerta tras él y el ruido del portazo despertó al niño, que de un salto se sentó en la cama y lanzó una alegre mirada en torno. Luego a su rostro asomó una expresión ofendida y sus labios musitaron con un profundo suspiro:

–¡Ay! ¡No era más que un sueño!

Reparó luego en la capa de Miles Hendon, miró al dueño de la prenda, comprendió el sacrificio que había hecho por él, y le dijo cariñosamente:

–Eres bueno conmigo. Sí, muy bueno. Toma tu capa yo no la necesito ya.

Se levantó luego y se acercó al lavabo de un rincón, donde se quedó esperando. Hendon le dijo con alegre acento:

–Ahora vamos a tomar un buen bocado, porque es sabroso y está muy a punto. Entre eso y el sueño que has echado, te sentirás bien.

El niño no contestó, sino que lanzó una mirada llena de grave sorpresa y con cierta impaciencia al alto caballero de la espada. Hendon se quedó perplejo, y dijo:

–¿Qué ocurre?

–Buen señor, quisiera lavarme.

–¡Ah! ¿Nada más que eso? No pidas permiso a Miles Hendon para nada de lo que deseas. Puedes servirte a tus anchas, con entera libertad.

El niño siguió sin moverse. Es más, una o dos veces dio con el pie unos golpecitos de impaciencia, Hendon se sintió perplejo, Por fin, dijo:

–Pero, ¿a qué esperas?

–Te ruego que eches el agua y no gastes tantas palabras.

Hendon, reprimiendo una carcajada y diciéndose:

–¡Por todos los santos, esto es admirable!

Avanzó con viveza y cumplió la orden del pequeño insolente.

Luego se apartó con una especie de estupefacción, hasta que le despertó de ella la orden:

–¡Pronto! ¡La toalla!

Cogió la toalla bajo las mismas narices del niño y se la entregó sin comentarios. Después procedió a lavarse y, mientras lo hacía, su hijo adoptivo se sentó a la mesa y se preparó para comer. Vivamente despachó Hendon sus abluciones, cogió la otra silla y se disponía a sentarse también, cuando el niño le dijo, indignado

–¡Vive Dios! ¿Vas a sentarte en presencia del rey?

Este golpe sacudió a Hendon de arriba abajo.

Díjose en su interior:

–La locura de este pobre niño está a la altura de los tiempos.

Ha cambiado con la gran mudanza que ha sobrevenido en el reino, y ahora se imagina ser el rey. Bueno, le seguiremos el humor, ya que no hay otro camino; no vaya a ser que me mande a la Torre.

Y satisfecho con esta chanza, apartó la silla de la mesa, se situó detrás del rey y se dispuso a asistirle de la manera más cortesana de que era capaz.

Mientras el rey comía se ablandó un poco el rigor de su real dignidad, y con su creciente satisfacción experimentó el deseo de hablar, y dijo:

—Creo que te llamas Miles Hendon, si no he oído mal antes.

—Sí, señor replicó Miles, que se dijo en seguida:

—Para seguir el humor de este pobre niño loco debo llamarle «señor» y «Majestad». No debo hacer las cosas a medias, ni detenerme ante nada tocante al papel que represento, pues de lo contrario lo representaré mal y no lo ayudaré a recuperarse de su locura.

El rey se reconfortó con un segundo vaso de vino, y luego insinuó:

—Quisiera conocerte. Cuéntame tu historia. Tu conducta es generosa e hidalga. ¿Has nacido noble?

—Pertenece a la cola de la nobleza, señor. Mi padre es baronet. Se llama sir Ricardo Hendon, de Hendon Hall, junto a Monk's Holm, de Kent.

—Se me ha ido el nombre de la memoria. Continúa. Cuéntame tu historia.

—No es muy larga, señor, pero acaso, a falta de otra cosa mejor, pueda distraer a Vuestra Majestad. Mi padre, sir Ricardo, es muy rico y de natural en extremo generoso. Murió mi madre siendo yo un niño; tengo dos hermanos: Arturo, el mayor, cuya alma es como la de mi madre, y Hugo, menor que yo, que es un espíritu mezquino, codicioso, traidor, un verdadero reptil. Así fue desde su cuna: así era diez años ha, cuando lo vi por última

vez: un bribón de diecinueve años. A la sazón yo tenía veinte y Arturo veintidós. No hay nadie más de mi familia, salvo lady Edita, mi prima, que entonces tenía dieciséis primaveras. Era hermosa, gentil y buena. Es hija de un conde, la última de su raza, y heredera de gran hacienda y de un título caducado. Mi padre era su tutor. Yo la amaba y ella me amaba a mí, pero estaba prometida a Arturo desde la cuna, y sir Ricardo no quiso consentir que se rompiera el contrato. Arturo quería a otra doncella y nos dijo que tuviéramos ánimo y no perdiéramos la esperanza de que el tiempo y la suerte traerían la solución para nuestra felicidad. Hugo codiciaba la hacienda de lady Edita, y fingía amarla. Siempre fue su costumbre decir una cosa y pensar otra. Mas todas sus artes se perdieron con la doncella. Hugo pudo engañar a mi padre, pero a nadie más. Mi padre le quería más que a nosotros y confiaba en él y en él creía, porque era el hijo más pequeño y porque los demás le odiaban. Hugo tenía un hablar suave y persuasivo y un admirable don para la mentira, y estas son prendas que ayudan mucho a conseguir un afecto ciego. Yo era bastante alocado, pero de una manera inofensiva, puesto que a nadie dañaba, ni llevaba en mí ningún germen de crimen ni de bajeza, ni de nada que no correspondiera a mi noble condición.

Sin embargo, mi hermano Hugo supo sacar partido de mi temperamento alocado. Al ver que la salud de nuestro hermano Arturo distaba mucho de ser buena, él esperaba que su muerte podría beneficiarle si yo me quitara de en medio, por lo cual... Pero éste sería un cuento muy largo y no vale la pena de referirlo a Vuestra Majestad. En pocas palabras diré que mi hermano logró arteramente aumentar mis defectos hasta convertirlos en crímenes, y terminó su rastrera obra hallando en mis aposentos una escala de seda... llevada por él mismo y convenciendo a mi padre con ella, y con la declaración de servidores sobornados y de otros bellacos, de que yo me proponía raptar a Edita y tomarla por mujer con manifiesto reto a su voluntad.

Dijo mi padre que tres años de destierro de mi casa y de Inglaterra podrían hacer de mí un soldado y un hombre prudente. Hice largas pruebas en las guerras continentales. Supe con exceso lo que eran los golpes, duras privaciones y aventuras, pero en la última batalla me tomaron prisionero, y en los siete años que han transcurrido desde entonces me he visto encerrado en un calabozo en tierra extraña. A fuerza de ingenio y valor conseguí por fin verme libre y hui hacia acá sin detenerme. Acabo de llegar y me encuentro pobre de dinero y de ropa, y más pobre todavía en conocimientos de lo que en estos siete tristísimos años ha acontecido en Hendon Hall. Esta es mi pobre historia, tal cual la refiero a Vuestra Majestad.

—Te han agraviado vergonzosamente exclamó el joven rey, con centelleantes ojos—. Pero yo te vengaré. ¡Por la cruz te lo juro! El rey lo ha dicho.

«¡Dios mío! ¡Brava imaginación tiene! A fe mía que no es un espíritu vulgar, pues si lo fuera, loco o cuerdo, no podría tejer un cuadro tan verosímil y vistoso y tan falto de realidad. ¡Pobre cabecita enferma! No te faltará un amigo y un amparo mientras yo figure entre los vivos. No te separaré nunca de mi lado. Serás mi camarada. Y se curará, sí. Volverá a verse cuerdo y entonces ganará un nombre y yo podré decir, con orgullo: Sí, es mi amigo. Yo lo recogí cuando era un pobre rapaz sin hogar, pero vi lo que tenía dentro y dije que algún día se oiría hablar de él».

El rey habló con acento tranquilo y reflexivo:

—Me has salvado de la injuria y la vergüenza. Acaso has salvado también mi vida, y con ello mi corona. Semejante servicio pide rica recompensa. Dime tu deseo, y si está dentro del alcance de mi poder real, lo verás satisfecho.

Esta fantástica ocurrencia sacó a Hendon de sus meditaciones. Se disponía a dar gracias al rey y dejar a un lado el asunto, diciendo que no había hecho sino cumplir con su deber y no deseaba recompensa, cuando, cuando una idea más sensata

pasó por su mente. Le pidió permiso para meditar en silencio aquella generosa oferta, idea que el rey aprobó, diciendo que era mejor no precipitarse en un asunto de tanta importancia.

Miles reflexionó unos momentos y se dijo: «Sí, eso es. Por cualquier otro medio sería imposible conseguirlo. Y la verdad es que mi experiencia de estas horas pasadas me ha enseñado que sería hartamente trabajoso e inconveniente proseguir como ahora. Sí, lo propondré. Ha sido una feliz casualidad que no haya dejado pasar la ocasión». Después de esto dobló una rodilla y dijo:

—Mi servicio no ha traspasado el límite del más simple deber de un vasallo y, por consiguiente, no tiene mérito. Pero ya que Su Majestad se digna a considerar que merece alguna recompensa, me atrevo hacer una petición. Cerca de cuatrocientos años atrás, como Su Majestad, no ignora, estando enemistados Juan, rey de Inglaterra, y el rey de Francia, se decretó que dos campeones compitieran en el palenque, para poner término a la disputa con lo que se llama el Juicio de Dios. Reunidos los dos reyes, y el de España como testigo y juez, se presentó el campeón francés. Era tan temible, que nuestros caballeros ingleses se negaron a medir sus armas con él. La situación era muy grave, estuvo a punto de resolverse contra el monarca inglés por falta de campeón. En la torre se hallaba lord Courcy, el más potente brazo de Inglaterra, despojado de sus honores y posesiones y consumiéndose en largo cautiverio. Se apeló a él, accedió y compareció armado para el combate, mas no bien divisó el francés su recio cuerpo y oyó su famoso nombre, huyó a escape y la causa del rey de Francia quedó perdida. El rey Juan devolvió a de Courcy sus títulos y posesiones y le dijo: «Dime que desees y lo conseguirás, así me cueste la mitad de mi reino». A lo cual de Courcy, de hinojos como yo estoy ahora, contestó: «Pido una cosa, señor, que yo y mis sucesores tengamos y conservemos el privilegio de permanecer cubiertos en presencia del rey de Inglaterra mientras su trono perdure». Concedióse su merced,

como Su Majestad sabe, y como en estos cuatrocientos años no ha habido nunca un momento en que la familia real haya carecido de herederos, hasta el día de hoy el jefe de la antigua casa lleva el sombrero o el yelmo ante el rey, sin obstáculo ninguno, y nadie más puede hacerlo. Invocando este precedente, suplico al rey que me conceda esta gracia y privilegio... para más en suficiente recompensa mía... y ninguna otra cosa, a saber, que yo y mis herederos para siempre podamos sentarnos en presencia de Su Majestad el rey de Inglaterra.

—Levantaos, sir Miles Hendon, caballero dijo gravemente el rey, dándole el espaldarazo con la espada de Hendon—. Levantaos y sentaos. Tu petición queda concedida. Mientras subsista Inglaterra y perdure la corona, no caducará tu privilegio.

Se apartó Su Majestad meditando, y Hendon se dejó caer en una silla junto a la mesa, diciéndose.

«Ha sido una feliz idea, que me ha traído un gran consuelo, porque tenía ya las piernas fatigadísimas. Si no se me hubiera ocurrido, acaso habría tenido que estar de pie semanas enteras, hasta que se curase el seso del pobre muchacho».

Después de lo cual prosiguió diciéndose:

«Heme aquí convertido en caballero del reino de los sueños y de las sombras. Es una situación peregrina y extraña en verdad para un hombre como yo. No quiero reírme, no. ¡Dios me libre!, porque esto, que para mí es tan falto de substancias, es real para él. Y para mí, en cierto modo, tampoco es una falsedad, porque refleja verdaderamente el espíritu dulce y generoso de este chico». Y terminó, después de una pausa: «¡Ah! ¡Si me llamara con mi hermoso título delante de la gente! Pero no importa: llámeme como quiera y como le agrade, que yo estaré contento».

LA DESAPARICIÓN DEL PRÍNCIPE

PRONTO INVADIÓ A AMBOS CAMARADAS EL SUEÑO. Refiriéndose a sus vestidos, dijo el príncipe:

—Quítame estos andrajos.

Hendon desnudó al niño sin protestar ni proferir una palabra, lo arrojó en el lecho y miró en torno del aposento, diciéndose, condolido:

«Me ha vuelto a quitar la cama como antes... ¿Qué hago yo ahora?».

El joven rey observó su perplejidad y la disipó con unas palabras, diciendo soñoliento:

—Tú dormirás atravesado en la puerta y la guardarás.

Y un momento después cayó en un profundo sueño.

«A fe mía que habría debido nacer rey -se dijo Hendon, lleno de admiración-. Representa su papel a maravilla».

Y después se tendió en el suelo al través de la puerta, diciendo, satisfecho:

—Peor cama he tenido en estos siete años. Reparar en esto sería una ingratitud para el Señor.

Cayó dormido cuando apuntaba el alba, y hacia el mediodía se levantó. Destapó con la mayor precaución a su dormido pupilo y con una cuerda le tomó las medidas. El rey despertó en el

momento de terminar Miles su obra, se quejó de frío y le pregunto qué estaba haciendo.

—Hecho está ya, señor mío —contestó Hendon Tengo que hacer fuera, pero no tardaré en volver. Duérmete otra vez, que lo necesitas. Déjame que te tape también la cabeza. Así entrarás más pronto en calor.

Antes de terminar Hendon estas palabras el rey estaba de nuevo en el país de los sueños. Miles salió sin hacer ruido y volvió a entrar, también de puntillas, a los treinta minutos, con un traje completo de niño, comprado en una tienda, de tela barata y con bastantes muestras de uso, pero limpio y apropiado a la estación del año. Se sentó y empezó a examinar su compra, diciéndose entre dientes:

«Una bolsa mejor provista habría comprado cosa mejor, pero cuando la que uno tiene esta medio vacía, debe uno contentarse con esto...»

«Vivía en nuestro pueblo una mujer...»

«Parece que se ha movido... Tendré que cantar en voz más baja. No estaría bien turbar su sueño cuando le espera un viaje tan pesado, y el pobrecillo se encuentra fatigado... Esta prenda está bastante bien... Con una puntada aquí y otra allá, quedará preciosa. Esta otra es mejor, si bien no le vendrán mal tampoco otras cuantas puntadas. Estos zapatos están en muy buen uso, y con ellos tendrá los pies secos y calientes. Son cosa nueva para él, pues sin duda está acostumbrado a ir descalzo, lo mismo en verano que en invierno... Ojalá que el hilo fuera pan. ¡Con cuán poco dinero se compra lo necesario para un año! Y además, le dan a uno de balde una aguja tan hermosa como ésta. Ahora me va a costar Dios y ayuda enhebrarla.»

Y así fue, en verdad. Como han hecho siempre los hombres, y como lo harán probablemente hasta la consumación de los siglos, Hendon mantuvo la aguja quieta y trató de pasar la hebra por su ojo, es decir, al revés de lo que hacen las mujeres. Una y

otra vez el hilo erró el blanco, pasando ora a un lado de la aguja ora al otro, y en ocasiones doblándose; pero el soldado era paciente, pues más de una vez en su vida de campaña había experimentado dificultades semejantes. Por fin enhebró la aguja, tomó la prenda que le estaba esperando, se la puso sobre las rodillas y empezó a trabajar.

«La posada está pagada, incluyendo el desayuno que ha de venir, y aún me queda lo bastante para comprar un par de asnos y cubrir nuestros gastos menudos en los dos o tres días que han de mediar hasta que lleguemos a la abundancia que nos espera en Hendon Hall».

«Que amaba a su ma...»

«¡Pardiez! Me he clavado la aguja en una uña... No importa. No es novedad para mí, pero no me hace gracia tampoco... Allí estaremos muy alegres, pequeño, no lo dudes. Tu locura desaparecerá y tu mal genio lo mismo.»

«Que amaba a su marido con pasión,
Mas otro hombre».

—¡Sí que son unas puntadas magníficas! —exclamó levantando la prenda y contemplándola con admiración—. Tienen una grandeza y una majestad, a cuyo lado esas puntaditas mezquinas del sastre son miserables y plebeyas.

«Que amaba a su marido con pasión...»

—¡Ea! Ya está. Es un trabajo de primera, y hecho con habilidad. Ahora voy a despertarlo, lo vestiré, le lavaré, le daré de comer, nos iremos al mercado junto a la posada del Tabardo de Southwark, y... Dignaos levantaros, señor... ¡No responde! ¿Qué es esto? No tendré más remedio que profanar su sagrado cuerpo tocándolo, puesto que su sueño le ha vuelto sordo a mis palabras. ¡Cómo!

Separó las mantas. El niño había desaparecido.

El soldado miró en torno un momento, sin que su asombro pudiera manifestarse en palabras. Por primera vez observo que

también faltaban las andrajosas ropas de su pupilo, y entonces empezó a vociferar y a llamar furioso al posadero. En aquel momento entro un criado con el desayuno.

–¡Habla, hijo de Satanás, o date por muerto! –rugió el soldado, dando tan terrible salto hacia el mozo, que éste no pudo hablar por unos instantes, de espanto y sorpresa. ¿Dónde está el muchacho?

Con entrecortadas y temblorosas palabras el criado lo informó:

–Apenas había salido de aquí, señor, cuando llegó un mozalbete corriendo y dijo que tú ordenabas que el muchacho fuera a reunirse contigo en el extremo del puente, por el lado de Southwark. Yo lo traje aquí, y cuando despertó el niño y le di el recado, gruñó un poco porque le despertaba «tan temprano», como él dijo, pero al punto se puso sus harapos y se fue con el mozalbete, diciendo que mejor habría sido que tú hubieras venido en persona en vez de enviar a un extraño; y así...

–Así eres un estúpido al que cualquiera engaña. Pero acaso no se haya perdido nada. Quizá no se proponen hacerle daño. Voy en su busca. Prepara la mesa. ¡Espérate! las ropas de la cama estaban puestas como si taparan a alguien. ¿Ha sido casualidad?

–No lo sé, señor. Yo he visto que el mozalbete andaba removiéndolas, quiero decir, él que ha venido por el niño.

–¡Rayos y truenos! Lo han hecho para engañarme, es evidente que se proponían ganar tiempo. Escucha. ¿Venía solo el mozalbete?

–Completamente solo, señor.

–¿Estás seguro?

–Segurísimo

–Piénsalo bien... Haz memoria,

Después de un momento de meditar, dijo el criado:

Cuando ha llegado no venía nadie con él pero, ahora recuerdo que al salir los dos y meterse entro la muchedumbre del puente,

un hombre mal encarado ha salido de un sitio próximo, y cuando se unía a ellos...

–¿Qué pasó entonces? ¡Dilo rápido! estalló con impaciencia Hendon, interrumpiéndole.

–En aquel momento la gente los ha rodeado y ya no he visto más, porque me ha llamado el amo, que estaba furioso porque se le había olvidado un ave encargada por el escribano, aunque yo tomo a todos los santos por testigos de que el reñirme por el olvido ha sido como llevar a juicio a un nido antes de nacer, por pecados...

–¡Quitate de mi vista, idiota! ¡Tus sandeces me vuelven loco! ¡Espera! ¿A dónde huyes? ¿No puedes aguardar un instante? ¿Se han ido hacia Southwark?

–Así es señor...

–¿Aún estás aquí? ¡Vete, si no quieres que te ahogue!

El servidor desapareció, Hendon salió tras él, pasó por su lado y bajó la escalera de dos peldaños, mascullando entre dientes:

–Ha sido ese maldito bellaco que pretendía ser su padre. ¡El te ha raptado, pobre muchacho? ¡Tanto como había llegado ya a quererte! ¡No! ¡Por vida del infierno, no te he perdido! No te he perdido, porque recorreré todo el país hasta que vuelva a encontrarte. Allá queda tu desayuno... y el mío, pero ya no tengo hambre.

Mientras rápidamente se abría paso por entre la bulliciosa muchedumbre que atestaba el puente, se dijo varias veces, aterrándose a esta idea como si fuera especialmente agradable: «Refunfuñó, pero obedeció... Se ha ido, porque ha creído que se lo pedía Miles Hendon... ¡Pobre muchacho! ¡No lo habría hecho por otro, lo sé muy bien!».

¡EL REY HA MUERTO! ¡VIVA EL REY!

HACIA LA ALBORADA, AQUELLA MISMA MAÑANA, Tomás Canty se estremeció al salir de un profundo sueño y abrió los ojos en la oscuridad. Permaneció en silencio unos instantes, tratando de analizar sus confusos pensamientos e impresiones. De pronto, estalló con voz apagada:

—Ya lo comprendo. ¡Loado sea Dios, que por fin estoy despierto! ¡Que, alegría! ¡Hola, Nan! ¡Bet! Sacudan la paja y vengan a mi lado para que les cuente el sueño más necio, capaz de dejar pasmada el alma de un hombre. ¡Nan! ¡Bet!

Una confusa forma apareció a su lado y una voz le dijo:

—¿Te dignas darme tus órdenes?

—¡Mis órdenes! ¡Ah, Dios mío! Conozco tu voz. Habla. ¿Quién soy yo?

—¿Tú? Anoche eras el príncipe de Gales, y hoy eres mi venerado señor Eduardo, rey de Inglaterra.

Tomás enterró la cabeza en la almohada y dijo, con voz entristecida:

—¡Ay de mí! No era sueño. Ve a descansar, señor, y déjame con mis penas.

Se durmió de nuevo, y al cabo de un rato tuvo un agradable sueño. Soñó que era verano y que estaba jugando en la hermosa

pradera de Goodman's Fields, cuando un enano de solo un pie de estatura, con largas barbas rojas y enorme joroba, se le apareció de pronto, y le dijo:

—Cava junto a este tronco.

Lo hizo y se encontró doce peniques nuevos y relucientes, una riqueza asombrosa. Pero no fue esto lo mejor, porque el enano le dijo:

—Te conozco. Eres un muchacho bueno y mereces ser feliz. Terminaron tus angustias, ha llegado la hora de tu recompensa. Cava aquí cada siete días, y siempre encontrarás el mismo tesoro: doce peniques nuevos y brillantes. No se lo digas a nadie y guarda bien el secreto.

Cuando desapareció el enano, Tomás voló al Callejón de las Piltrafas con su premio, diciéndose: «Cada noche daré un penique a mi padre. El creará que me lo han dado de limosna, se alegrará y no me pegará más. Cada semana daré un penique al buen sacerdote que me enseñó, y para mi madre, Bet y Nan serán los otros cuatro. Se acabaron el hambre y los harapos; se acabaron los temores, los apuros y los malos tratos».

En sueños llegó a su sórdido hogar, ansioso, pero con los ojos brillantes de entusiasmo. Echó los peniques en el regazo de su madre y exclamó:

—Son para ti. Para ti y para Nan y Bet, y los he ganado honradamente, no mendigando ni robando.

La dichosa y asombrada madre lo estrechó contra su corazón, y exclamó:

—Se hace tarde. ¿Quiere Su Majestad levantarse?

¡Ah! No era esta la respuesta que Tomás esperaba. El sueño se había desvanecido. Estaba despierto.

Abrió los ojos y vio arrodillado junto a su lecho al primer lord de la cámara, ricamente vestido. La belleza del sueño se desvaneció y el pobre muchacho conoció que era cautivo y rey. La estancia estaba llena de cortesanos.

Comenzó la ceremonia de vestirlo, un cortesano tras otro fueron arrodillándose para rendir homenaje y ofrecer al niño rey su pésame por la irreparable pérdida, mientras lo vestían. El primer escudero del servicio tomó una camisa, que pasó al primer lord de las jaurías, quien la pasó al segundo caballero de cámara, quien la pasó al guarda mayor del bosque de Windsor, quien la pasó al tercer lacayo de la Estola, y éste al canciller real del ducado de Lancaster, quien la pasó a uno de los heraldos jefes, quien la pasó al condestable de la Torre, quien la pasó al mayordomo jefe de servicio, quien la pasó al gran mantelero hereditario, quien la pasó al lord gran almirante de Inglaterra, quien la pasó al arzobispo de Canterbury, quien la pasó al primer lord de la cámara, y éste tomó lo que quedaba de ella y se la puso a Tomás. El pobrecito recordó el método de la cuerda de cubos en un incendio.

Cada prenda a su vez tuvo que pasar por este lento y solemne camino, y Tomás se aburrió, de lo lindo con la ceremonia. Tanto se aburrió, que experimentó casi un sentimiento de gratitud cuando a fin vio que sus largas medias de seda comenzaba a bajar a lo largo de la línea, y se dijo que se aproximaba el fin del asunto. Pero se alegró demasiado pronto.

El primer lord de la cámara recibió la medias, y se disponía a cubrir con ellas las piernas de Tomás, cuando asomó a su rostro un rubor repentino y apresuradamente las devolvió en manos del arzobispo de Canterbury, con expresión de asombro y susurró: -Mirad, milord -señalando algo relacionado con las medias. El arzobispo palideció, se puso colorado y pasó las medias al lord gran almirante, cuchicheando: -Mirad, milord-. La medias volvieron a recorrer toda la fila, pasando por el primer mayordomo del servicio, el condestable de la Torre, entre otros..., hasta que finalmente llegaron a manos del primer escudero del servicio, quien miró un momento con desencajado semblante lo que había dado origen al incidente y susurró, con bronca voz: -¡Por mi

vida! ¡Se ha escapado un punto! ¡A la Torre con el custodio mayor de las medias del rey!-. Después de lo cual se apoyó en el hombro del primer lord de las jaurías para recobrar las perdidas fuerzas, mientras traían otras medias nuevas.

Pero todo tiene su fin, y así, con el tiempo, Tomás Canty se halló en estado de saltar de la cama. El funcionario destinado al efecto escanció el agua, el funcionario destinado al efecto le lavó, la cara, el elevado funcionario destinado al efecto trajo una toalla, y al cabo Tomás pasó sano y salvo por la etapa purificadora, y estuvo preparado para recibir los servicios del peluquero real. Cuando por fin salió de las manos de este maestro, ofrecía una graciosa figura, tan linda como la de una doncella, con su capa y sus calzas de raso púrpura y su gorra con pluma del mismo color. Se dirigió con toda pompa al aposento del desayuno, pasando por en medio de su séquito de cortesanos, y a su tránsito éstos retrocedían abriendo calle y doblaban la rodilla.

Después del desayuno fue conducido con regia pompa y acompañado de los grandes funcionarios y de su guardia de cincuenta caballeros, que llevaban hachas de combate doradas, al salón del trono, donde comenzó a despachar los negocios de Estado. Su tío, lord Hertford, se situó junto al trono para ayudar con sanos consejos a su real inteligencia.

Comparecieron los hombres ilustres nombrados albaceas por el difunto rey, para solicitar la aprobación de Tomás a ciertos actos, más bien por fórmula, si bien no lo era enteramente, puesto que aún no existía protector. El arzobispo de Canterbury dio cuenta del decreto del consejo de albaceas referente a las exequias de Su difunta Majestad y terminó por leer las firmas de los albaceas, a saber: el arzobispo de Canterbury, Guillermo lord St. John, Juan lord Russell, Eduardo conde Hertford, Juan vizconde de Lisle, Curthbert, obispo de Durham...

Tomás no prestaba atención, pues una de las primeras cláusulas del documento le tenía perplejo.

En este punto se volvió y dijo en voz baja a lord Hertford:

—¿Qué día han dicho que señalan para el entierro?

—El dieciséis del mes que viene.

—¡Qué locura! ¿Se conservará?

¡Pobrecillo! Aún era novato en las costumbres de la realeza; él estaba acostumbrado ver que a los muertos del Callejón de las Piltrafas los quitaban de en medio con una ceremonia muy distinta. Sin embargo, lord Hertford tranquilizó su ánimo con una o dos palabras.

Un secretario de Estado presentó una orden del Consejo señalando el día siguiente, a las once de la mañana, para la recepción de los embajadores extranjeros, y solicitó el asentimiento del rey.

Tomás dirigió una mirada interrogadora a Hertford quien cuchicheó:

—Su Majestad debe dar su consentimiento. Vienen a manifestar el dolor de sus reales amos por la gran desgracia que ha caído sobre Vuestra Majestad y sobre el reino de Inglaterra.

Tomás asintió.

Otro secretario de Estado empezó a leer un preámbulo relativo a los gastos de la casa del difunto rey, que habían ascendido a veintiocho mil libras durante los seis meses anteriores, cantidad tan excesiva que dejó a Tomás con la boca abierta. Más aún cuando se enteró de que veinte mil libras estaban aún pendientes de pago. Luego abrió la boca le pareció oír que las arcas del rey estaban casi vacías y sus mil doscientos criados en graves apuros por falta de pago de sus salarios, Tomás dijo, con vivo temor:

—Es evidente que iremos a la ruina. Es necesario y conveniente que tomemos una casa más pequeña y despedamos a los criados, ya que no sirven más que para ocasionar retrasos y para molestarle a uno con oficios que perturban el espíritu y avergüenzan el alma, pues sólo sirven para un muñeco que no

tenga cabeza ni manos o no sepa servirse de ellas. Ahora recuerdo una casita que hay frente a la pescadería, en Billingsgate...

Una fuerte presión en el brazo de Tomás interrumpió sus palabras y le hizo sonrojarse, pero ninguno de los presentes dio muestras de haberse fijado en las extrañas frases del monarca.

Un secretario dio cuenta de que, en atención a que el difunto rey había dispuesto en su testamento que se otorgara el título de duque al conde de Hertford y se elevara a su hermano sir Thomas Seymour a la dignidad de Par y al hijo de Hertford a un condado, junto con análogas concesiones a otros grandes servidores de la Corona, el Consejo había resuelto celebrar sesión el dieciséis de febrero para la entrega y confirmación de tales honores. Ya que, no habiendo designado el difunto rey por escrito estados convenientes para el sostenimiento de tales dignidades, el Consejo, que conocía sus deseos particulares al respecto, había creído conveniente otorgar a Seymour *quinientas libras en tierras*, y al hijo de Hertford *ochocientas libras en tierras más trescientas libras en tierra del primer obispado que quedaría vacante*, si a ello accedía el rey actual.

Iba Tomás a decir algo respecto a la conveniencia de empezar por el pago de las deudas del difunto rey antes de despilfarrar todo aquel dinero, pero un toque oportuno en el brazo del previsor Hertford le evitó tal indiscreción; y el niño dio su conformidad real sin comentarios, mas no sin cierto disgusto interior. Mientras reflexionaba sobre la facilidad con que estaba haciendo milagros extraños y sorprendentes, cruzó por su cabeza una idea feliz. ¿Por qué no hacer a su madre duquesa del Callejón de Las Piltrafas y darle los correspondientes Estados? Pero al instante borró esta idea un pensamiento triste. El no era más que un rey de nombre, pues aquellos graves ancianos y encumbrados nobles eran sus amos. Como para ellos su madre no era sino creación de una mente perturbada, no harían más que escuchar su proyecto con incredulidad y en seguida mandarían por el médico. Prosiguió

el aburrido trabajo. Leyéronle memoriales, proclamas, patentes y toda clase de papeles fatigosos, formulistas y cancillerescos relativos a los negocios públicos; y por fin Tomás suspiró patéticamente, diciéndose:

—«¿Qué delito habré cometido para que Dios me haya privado de los campos, del aire libre y de la luz del cielo para encerrarme aquí y hacerme rey y afligirme de esta suerte?».

Por fin su pobre cabeza embrollada se tambaleó unos segundos y acabó por caer sobre un hombro. Y los negocios del reino quedaron suspendidos por falta de ese augusto factor, el poder de aprobar. Sobrevino el silencio en torno del dormido niño, y los sabios del reino cesaron en sus deliberaciones. Antes del mediodía, Tomás pasó unas horas deliciosas, previa la venia de sus guardianes Hertford y St. John, en compañía de la princesa Isabel y la princesa Juana Grey, aunque el espíritu de ambas estaba hartamente abatido por el terrible golpe que había caído sobre la casa real. Al final de la visita, su «hermana mayor»..., que fue después llamada *María la Sanguinaria* en la historia de Inglaterra..., le dejó helado con una solemne entrevista que no tuvo sino un mérito a sus ojos, la brevedad. Permaneció Tomás unos momentos solo y luego fue admitido a su presencia un niño de unos doce años, cuya ropa, salvo a la nivea gorguera y los encajes de las muñecas, era negra: jubón, medias y demás. No llevaba otro signo de luto que un lazo de cinta morada en el hombro. El niño avanzó titubeando con la cabeza inclinada y desnuda e hincó una rodilla delante de Tomás. Este lo contempló un momento y después le dijo:

—Levántate, muchacho. ¿Quién eres y qué deseas?

Levantose el niño con graciosa soltura, pero con expresión atemorizada en el semblante, y dijo:

—Con seguridad debes de recordarme, señor.

Soy tu *niño de azotes*.

—¿Mi niño de azotes?

—El mismo, mi señor. Soy Humphrey...Humphrey Marlow.

Pensó Tomás que aquella, era una persona sobre la cual habrían debido darle instrucciones sus guardianes. La situación era delicada. ¿Qué haría? ¿Dar a entender que conocía a aquel chico y después revelar a las primeras palabras que no lo había visto nunca? Esto no podía ser. En auxilio le vino una idea. Trances como aquél podían ocurrirle con bastante frecuencia, cuando la urgencia de los negocios separara, como a menudo separaría, de su lado a Hertford y a St. John, que eran miembros del Consejo de Albaceas. Por consiguiente, acaso convendría idear por sí mismo, un plan para hacer frente a tales contingencias. Sí, sería una idea prudente. Haría sus experiencias con aquel niño y vería hasta qué punto podía salir airoso. Así se pasó la mano por la frente en actitud de perplejidad, y dijo:

—Ahora me parece recordarte, pero mi cabeza está tan trastornada por el dolor...

—¡Ah, mi pobre señor! Exclamó el *niño de azotes* con verdadero sentimiento. Y añadió para sí:

«¡Pobre! Era verdad lo que decía, que se ha vuelto loco. Pero, ¡infeliz de mí, que ya me olvidaba! Me han dicho que está prohibido aparentar que se ha dado uno cuenta».

—Es extraño cómo me falla la memoria en estos días dijo Tomás. Pero no te importe... Ya me voy corrigiendo. A veces un indicio cualquiera basta para recordarme las cosas y los nombres que se me habían olvidado. (Y no sólo éstos, a fe mía, sino hasta los que no he oído nunca... como verá este chico). Dime que deseas.

—Es asunto breve, señor; pero lo mencionaré si Su Majestad me permite. Dos días ha, cuando Su Majestad se equivocó tres veces en griego... en la lección de la mañana... ¿recuerda Su Majestad?

—Sí, me parece que sí. (Y no miento mucho... Si yo me hubiera metido con el griego no habría cometido tres faltas, sino cuarenta). Sí, ahora recuerdo.

—El profesor, airado por lo que llamaba su descuido, prometió que me azotaría por ello.

—¿Azotarte a tí? exclamó Tomás, asombrado hasta perder la presencia de ánimo—; ¿y por qué te han de azotar a ti por faltas mías?

—¡Ah! Su Majestad no sabe las lecciones.

Cierto, cierto. Se me olvidaba. Tú me enseñas particularmente.. y si se me olvida, él dice que me has enseñado mal...

—¡Oh, mi señor! ¿Qué palabras son esas? ¿Yo, el más humilde de los criados, podría atreverme a enseñarte?

—Entonces ¿qué te pueden reprochar? ¿Qué enigma es ése? ¿Me he vuelto yo loco, o el loco eres tú? Explícate, explícate.

—Señor, no hay nada que necesite explicación. Nadie puede poner las manos en la sagrada persona del príncipe de Gales; por consiguiente, cuando él yerra, los golpes me los llevo yo, y eso es lo justo y lo conveniente, porque es mi oficio y de esa manera me gano la vida.*

Tomás se quedó mirando al muchacho, diciéndose:

«Esta es una cosa peregrina, una profesión extraña y curiosa. Me maravilla que no hayan contratado a un muchacho para que se peine y se vista por mí...¡ojalá lo hicieran!... Si lo hicieran sería capaz de llevarme los azotes en persona, y daría gracias a Dios por el cambio».

Y prosiguió, en voz alta:

—¿Y te han pegado, pobre amigo, conforme a la promesa?

—No, señor. Mi castigo fue señalado para el día de hoy, y por ventura será levantado, por no ser propio de los días de luto que han caído sobre nosotros. No lo sé, y por eso me he atrevido a venir para recordar a Su Majestad su promesa de interceder en mi favor..

—¿Con el maestro, para salvarte de los azotes?

—¿Ah! ¿Lo recuerda Su Majestad?

Ya vez que mi memoria se enmienda. Tranquilízate, que yo cuidaré que tu espalda quede ilesa

—¡Oh! ¿Gracias, mi buen señor! exclamó el niño hincando de nuevo la rodilla—. Tal vez ha sido excesiva mi osadía, y, sin embargo..

Al ver que Humphrey vacilaba, Tomás le animó diciéndole que estaba en *vena de concesiones*.

—Entonces lo diré, porque me importa mucho. Puesto que no eres ya príncipe de Gales, sino rey, puedes ordenarlo todo como quieras sin que nadie diga que no. Por consiguiente, no es razón que te moleste más tiempo con pesados estudios, sino que cierres los libros y dediques tu espíritu a cosas gratas. Pero así yo quedaré arruinado y mis pobres hermanas huérfanas conmigo.

—¿Arruinado? Dime cómo.

—Mis espaldas son mi pan, mi buen señor. Si quedan ociosas, moriré de hambre. Si tu cesas de estudiar, habré perdido mi puesto, pues no necesitarás *niño de azotes*. No me despidas.

Esta patética apelación conmovió a Tomás profundamente. Con regio arranque de generosidad, prometió:

—No te desconsueles más, muchacho. Tu oficio será permanente.

Luego dio al niño un golpecito en el hombro con lo plano de la espada, exclamando:

—Levántate, Humphrey, gran *niño de azotes hereditario* de la casa real de Inglaterra. Desecha tus pesares. Yo volveré a mis libros, y estudiaré tan mal, que en justicia tendrán que triplicarte el salario; ¡de tal manera aumentará el trabajo de tu oficio!

El agradecido Humphrey respondió, fervientemente:

—Gracias, ¡oh, noble señor! Tu generosidad de príncipe sobrepasa a mis más dorados sueños. Ahora seré feliz por lo que me queda de vida, y la casa de Marlow después de mí.

Como Tomás tenía bastante ingenio para comprender que aquél era un muchacho que le podía ser útil, indujo a Humphrey

a que siguiera hablando, y el chico lo hizo, pues se sentía encantado creyendo que ayudaba a la curación del rey. Al cabo de una hora, Tomás se halló en posesión de muy valiosos informes sobre personajes y asuntos de la Corte y así resolvió conversar a diario con el muchacho. Daría orden de que admitieran a Humphrey en su presencia cada vez que llegara, siempre que la Majestad de Inglaterra no estuviera ocupada con otras personas. Apenas había despedido a Humphrey, cuando entró lord Hertford con más problemas para Tomás.

Le dijo que los lores del Consejo, temiendo que algún informe exagerado de la averiada salud del rey pudiera haberse traslucido y divulgado, consideraban prudente y mejor que Su Majestad comenzara a comer en público al cabo de uno o dos días, pues su tez sana y su firme andar, ayudado por sus calmados modales y actitudes, tranquilizaría a todos, mejor que cualquier otra cosa que pudiera discutirse.

Procedió luego el conde con cierta delicadeza a instruir a Tomás en los usos propios de la ceremoniosa ocasión, con el pretexto asaz burdo de *recordarle* cosas que él ya sabía, pero, con gran satisfacción suya, observó que Tomás necesitaba muy pocos auxilios en ese terreno, ya que se había valido de Humphrey, quien le había dicho que a los pocos días tendría que empezar a comer en público, cosa que el muchacho sabía por las murmuraciones de la Corte. Así Tomás recordó estos datos en su memoria.

Viendo tan mejorado al rey, el conde se aventuró a hacer unas cuantas pruebas, como quien no quiere la cosa, para averiguar hasta donde había llegado la mejoría. Los resultados fueron buenos en los puntos en que recordaba lo dicho por Humphrey, y en Conjunto el conde se sintió muy complacido y animado. Tanto, que dijo, con acento lleno de esperanza:

—Ahora estoy persuadido de que si Su Majestad se digna poner un poco más a prueba su memoria, resolverá el enigma

del gran sello. Una pérdida que fue de gran importancia, aunque ya no la tiene, puesto que su uso terminó con la vida de nuestro difunto rey. ¿Quiere Su Majestad dignarse hacer las pruebas?

Tomás quedó confuso, porque el gran sello era un objeto del cual él no tenía el menor conocimiento. Después de un momento de titubear, levantó inocentemente la vista, y preguntó:

—¿Cómo era, milord?

El conde se sobresaltó casi imperceptiblemente, diciéndose: «Tu mente divaga otra vez. Ha sido una mala idea el ponerte a prueba».

TOMÁS HACE DE REY

AL SIGUIENTE DÍA SE PRESENTARON LOS EMBAJADORES EXTRANJEROS con sus pomposos séquitos, y Tomás los recibió sentado en su trono con toda ceremonia. El esplendor de la escena comenzó a deleitar su vista y encender su imaginación, mas como la audiencia fue larga y tediosa, lo mismo que la mayor parte de los discursos, lo que empezó con placer tardó poco en convertirse en aburrimiento y nostalgia. Tomás decía de cuando en cuando las palabras que Hertford ponía en sus labios, y procuraba salir airoso del lance. Su porte era bastante regio, pero su espíritu no podía sentirse como rey. Experimentó gran alegría cuando terminó la ceremonia.

La mayor parte de aquel día se malgastó, como él decía en su interior, en trabajos pertinentes a su real oficio. Aun las dos horas dedicadas a ciertos pasatiempos y recreos reales fueron para él más bien una carga que otra cosa, pues había sobra de restricciones y de ceremoniosas observancias. No obstante, pasó, en privado una buena hora con el niño de azotes, la cual consideró como una ganancia limpia, puesto que de ella obtuvo tanta diversión como informes útiles.

El tercer día del reinado de Tomás Canty transmitiera lo mismo que los otros, pero en cierto modo se despejó un tanto la

nube que envolvía al niño y se sintió menos incomodo que al principio. Iba poco a poco acostumbrándose a las circunstancias y al medio que le rodeaba. Dolíanle aún sus cadenas, pero no siempre, y se daba cuenta de que la presencia y el homenaje de los grandes le afligían y embarazaban menos a cada hora que pasaba.

A no ser por un solo temor, habría mirado sin grave disgusto la proximidad del cuarto día, en que debía empezar a comer en público. Había asuntos más graves en el programa, porque tendría Tomás que presidir un Consejo en que habría de exponer sus miras y dictar sus órdenes respecto a la política que debería seguirse con varias naciones extranjeras, desperdigadas acá y acullá por el mundo. También sería elegido oficialmente Hertford para el importante cargo de lord Protector, y otras cosas notables estaban señaladas, mas para Tomás todo era insignificante comparado con la ceremonia de comer solo, ante una muchedumbre de ojos clavados en él y una multitud de bocas que murmurarían comentarios sobre sus actos y sobre sus torpezas, si era tan desdichado de cometerlas.

Sin embargo, como nada podía detener la llegada del cuarto día, éste vino y encontró alicaído y absorto al pobre Tomás, que no podía sacudir su mal humor. Los deberes ordinarios de la mañana le aburrieron más de la cuenta, y otra vez experimentó la pesadumbre de su cautiverio.

Avanzado el día estuvo en una gran sala de audiencia conversando con el conde de Hertford, y esperando de muy mal talante la hora señalada para la visita de corte de gran número de elevados funcionarios y palaciegos.

Al cabo de un rato, Tomás, que se había acercado a una ventana y contemplaba con interés la vida y el movimiento de la gran carretera que pasaba junto a las puertas del palacio (y no con interés ocioso, sino con vehementísimo deseo íntimo de tomar parte personalmente en su bullicio y libertad), divisó la

vanguardia de una alborotada chusma de hombres, mujeres y niños de la más baja y pobre condición, que se acercaba por la carretera.

—Quisiera saber a qué viene eso —exclamó, con toda la curiosidad de un niño ante tan inusitado acontecimiento.

Eres el rey respondió solemnemente el conde, con una reverencia. ¿Tengo tu venia para obrar?

—¿Oh, si, por supuesto! —contestó Tomás, excitado. Y añadió para sí con satisfacción: «En verdad que el ser rey no es todo aburrimiento, pues tiene sus compensaciones y sus ventajas».

Llamó el conde a un paje y lo envió al capitán de la guardia con esta orden:

—Deténgase a la muchedumbre y pregúntese la causa de ese movimiento. ¡De orden del rey!

Unos segundos más tarde, una larga procesión de guardias reales, cubiertos de reluciente acero, desfiló hasta las verjas y tomó al través de la carretera frente a la muchedumbre. Volvió un mensajero para decir que la turba iba siguiendo a un hombre, una mujer y una niña que iban a ser ejecutados por delitos contra la paz y la dignidad del reino.

¡La muerte, y una muerte violenta, para aquellos pobres desdichados! Esta idea retorció las fibras del corazón de Tomás.

El espíritu de la compasión se apoderó de él con exclusión de todas las demás consideraciones. No pensó un momento en la ley quebrantada, ni en el dolor o el daño que aquellos tres criminales habían ocasionado a su víctima. No pudo pensar en otra cosa que en el patíbulo y en el terrible destino que pendía sobre las cabezas de los condenados. Su interés le hizo olvidar por un momento que él no era sino la falsa sombra de un rey, no su esencia y, antes de darse cuenta, profirió la orden:

—¡Traedlos aquí!

Subió a sus labios una especie de excusa, pero al observar que su orden no había provocado sorpresa en el conde ni en el

paje que aguardaba, reprimió las palabras que se disponía a pronunciar. El paje, de la manera más natural, hizo una profunda reverencia y, andando de espaldas, salió del aposento para dar la orden. Tomás experimentó un sobresalto de orgullo y, al recordar su idea de las compensadoras ventajas que tenía el oficio de rey, se dijo:

«En verdad es lo que yo solía imaginar cuando leía los cuentos del viejo sacerdote, y me figuraba ser príncipe, que dictaba leyes y daba órdenes a todo el mundo, diciendo: Hágase esto, hágase lo otro, sin que nadie pusiera obstáculo a mi voluntad».

Se abrieron las puertas, fueron anunciados, unos tras otros, varios títulos sonoros, seguidos de los personajes que los poseían, y la estancia se llenó al punto de gente noble y distinguida, Tomás apenas se percató de la presencia de aquellas personas, tan excitado estaba y tan absorto en aquel otro asunto. Se sentó, distraído, en su sillón oficial y dirigió los ojos a la puerta, con manifestaciones de impaciente expectación, al ver lo cual los circunstantes no se permitieron molestarle, sino que empezaron a charlar entre sí una mezclanza de negocios públicos y murmuraciones.

Se oyó al cabo de un rato que se acercaban mesurados pasos de hombres de armas, y los culpables entraron a la presencia del rey, a cargo de un alguacil y escoltados por un piquete de la guardia real. El funcionario civil hincó la rodilla delante del rey y se apartó a un lado. Los tres condenados se arrodillaron también y así permanecieron, en tanto que la guardia se situaba detrás del sillón de Tomás. Este miro con curiosidad a los prisioneros. Algo del vestido o del aspecto del reo había suscitado en el un vago recuerdo.

«Creo que he visto a ese hombre en otra ocasión, pero no puedo recordar cómo ni cuándo».

En aquel momento el hombre levantó vivamente la vista, mas volvió a dejar caer la cabeza, avergonzado de hallarse en

presencia del soberano, pero aquel breve vistazo a su rostro fue suficiente para Tomás, que se dijo:

«¡Ahora recuerdo! Si, es el desconocido que saco a Giles Witt del Támesis y le salvó la vida aquel día tan crudo y ventoso de Año Nuevo. Fue una acción valerosa. ¡Lástima que las haya cometido luego tan bajas, hasta verse en esta triste situación! No se me han olvidado ni el día ni la hora, por razón de que poco después al dar las once, la abuela Canty me dio una paliza de tal calibre y severidad, que todas las anteriores, no fueron sino caricias y mimos».

Ordenó Tomás que salieran un instante de su presencia la mujer y la niña y luego se dirigió al alguacil, diciéndole:

—¿Cuál es el delito de este hombre?

Hincó una rodilla en tierra el interpelado y respondió:

—Señor: Ha quitado la vida, mediante veneno, a un súbdito de Su Majestad.

La compasión de Tomás por el preso y su admiración al audaz salvador de un niño que se ahoga experimentaron tremendo golpe.

—¿Está probado el delito? preguntó.

—Con toda evidencia. señor.

Suspiró Tomás, y dijo:

—Llévatelo, porque ha merecido la muerte. Es una lástima, pues era un corazón valeroso... Quiero decir que tiene aspecto de eso.

El preso cruzó las manos con repentina energía y las retorció desesperadamente, apelando al mismo tiempo al rey con desgarradas y aterradoras voces.

—¡Oh, mi señor y rey! Si puedes apiadarte de los perdidos, ten piedad de mí. Soy inocente. Lo que me imputan no se me ha probado ni mucho menos. Pero no hablo de eso. Se ha dictado contra mí una sentencia, y no puede ser alterada, mas te suplico una gracia, pues mi destino es peor de lo que puede soportarse. Una gracia, una gracia oh mi señor y rey! ¡Que tu regia compasión acceda a mi ruego! ¡Da orden de que me ahorquen!

Tomás estaba asombrado. No era esto lo que él había previsto.

—Por mi vida que es extraña la gracia que pides. ¿No es esa la muerte que te preparaban?

—¡Oh, mi señor! No era esa la pena. Se ha mandado que me hiervan vivo.*

La horrible sorpresa de estas palabras casi hizo saltar a Tomás de su asiento. En cuanto pudo recobrase exclamó:

—¡Lograrás tu deseo, infeliz! ¡Aunque hubieras envenenado a cien hombres, no deberías sufrir tan espantosa muerte!

El Prisionero se inclinó hasta dar en tierra con el rostro, y dijo con gratitud:

—¡Si alguna vez, lo que Dios no quiera, llegaras a conocer el infortunio, ojalá se recuerde y recompense tu bondad para conmigo en el día de hoy!

Tomás se volvió al conde de Hertford, y le dijo:

—Milord, ¿es concebible que haya podido dictarse una sentencia tan cruel contra ese hombre?

—Esa es la ley, señor, para los envenenadores. En Alemania los monederos falsos son hervidos en aceite, dejándolos caer poco a poco con una cuerda, primero los pies, luego las piernas, luego...

—Te suplico, milord, que no sigas: ¡no puedo soportarlo! — exclamó Tomás, cubriéndose los ojos con las manos para apartar de sí el horrible cuadro—.

Te ruego que des orden de que se cambie esa ley... ¡que no haya más pobres criaturas sometidas a ese tormento!

El semblante del conde mostró profunda satisfacción, porque era hombre de impulsos compasivo y generoso, cosa no muy corriente en su clase en aquella época de ferocidad y ensañamiento.

—Esas nobles palabras tuyas —dijo— han sellado la condena de esa ley. La historia lo recordará en honor de tu casa real.

El alguacil se disponía a llevarse al preso, pero Tomás le

hizo un signo de que esperara y le mando:

–Quiero enterarme mejor de este asunto. Dice el condenado que su crimen no se le probó. Cuéntame lo que sepas de ello.

–Con la venia de Su Majestad. En el juicio se demostró que ese hombre entró, en una casa de la aldea de Islington, donde había un enfermo: tres testigos dicen que entró a las diez de la mañana y otros dos que unos minutos más tarde. El enfermo estaba a la sazón solo y durmiendo. Ese hombre no tardó en salir y proseguir su camino. El enfermo murió al cabo de una hora, destrozado por espasmos y arcadas.

–¿Vio alguien el veneno dado?

–No, señor.

–Entonces ¿cómo se sabe que murió envenenado?

–Porque los doctores certificaron que nadie muere de esos síntomas sino por veneno.

Esto era una prueba de gran peso en aquellos crédulos tiempos. Tomás comprendió, y dijo:

–Los médicos saben su oficio. Es probable que tuvieran razón. El asunto ofrece mal cariz para el pobre hombre.

–Pero no fue eso todo, señor. Hay más y peor. Muchos testificaron que una bruja, que después desapareció de la aldea, nadie sabe adónde, vaticinó, y lo dijo en secreto a varias personas, que el enfermo moriría envenenado, y que le daría el veneno un desconocido de pelo castaño y de ropas vulgares y usadas y de fijo este preso respondía a tales señas. Dígnese Su Majestad dar a esa circunstancia el valor que merece en vista de que fue vaticinada.

Este era un argumento de tremenda fuerza en aquella supersticiosa época. Tomás se dijo que no había más que hablar y que, si de algo valían las pruebas, la culpa de aquel hombre estaba demostrada. Sin embargo, ofreció una tabla de salvación al preso, diciéndole:

–Si puedes alegar algo en tu favor, habla.

–Nada de provecho, señor. Soy inocente, mas no puedo demostrarlo. No tengo amigos, pues si los tuviera podría probar que no estuve aquel día en Islington. También podría demostrar que, a la hora que dicen, estaba a mas de una legua de distancia porque me hallaba en la Escalera Vieja de Wapping. Y más aún señor. Podría demostrar que cuando dicen que estaba quitando una vida, estaba salvándola. Un niño que se ahogaba...

–¡Calla! Alguacil, dime qué día se cometió el delito.

A las diez de la mañana, o unos minutos más tarde, del día primero del año...

–Entonces queda libre el preso. ¡Lo manda el rey!, y añadiendo:

–Me irrita que se ahorque a un hombre con pruebas tan escasas y tan descabelladas.

Un murmullo de admiración corrió por el auditorio. No era admiración de la orden dictada por el monarca, porque la conveniencia o la necesidad de perdonar a un preso convicto era cosa que ninguno de los presentes se habría creído con derecho a discutir ni a admirar, no. La admiración era por la inteligencia y el ánimo que Tomás había demostrado, algunos de los comentarios en voz baja decían:

–Este rey no está loco, está en su sano juicio.

–¡Cuán cuerdamente ha hecho las preguntas!

–¡Y cuán digna de lo que él solía ser ha sido su imperiosa manera de zanjar el asunto!

–¡Dios sea loado! ¡Se ha curado de su enfermedad! Este no es un ser débil, sino un rey. Se ha conducido lo mismo que su padre.

Como el ambiente estaba impregnado de aprobación, necesariamente llegó al oído de Tomás Canty, con el efecto de ponerle muy a sus anchas y llenarle de muy placenteras sensaciones.

No obstante, su juvenil curiosidad pronto superó a sus

halagüeñas ideas y sentimientos. Tenía afán por saber qué clase de delito podían haber cometido la mujer y la niña. Así, por su mandato, trajeron a su presencia a las dos aterradas criaturas, que se deshacían en sollozos.

—¿Qué es lo que han hecho ellas? le preguntó al alguacil.

—Se les imputa, señor, un crimen atroz y bien probado, por lo cual los jueces han decretado, con arreglo a la ley, que sean ahorcadas. Se han vendido al diablo. Tal es su delito.

Tomás se estremeció. Habíanle enseñado a detestar a la gente que cometía tan perversa acción. Sin embargo, como no estaba dispuesto a privarse del placer de saciar su curiosidad, preguntó:

—¿Cómo y cuando?

—Una noche de diciembre, señor, y en una iglesia en ruinas. Tomás se estremeció de nuevo.

—¿Quién estaba presente?

—Esas dos y el otro.

—¿Han confesado?

—No, señor. Ellas lo niegan. Ciertos testigos las vieron encaminarse allá, señor. Esto provocó sospechas, y los efectos las han confirmado y justificado. En particular está demostrado que, por el perverso poder que así obtuvieron, invocaron y provocaron una tormenta que devastó toda la comarca. Cuarenta testigos han declarado que hubo tormenta, y con facilidad se habrían podido encontrar mil. Porque todos tuvieron razón para recordarla, ya que fueron sus víctimas.

—Ciertamente en un grave asunto.

Luego, tras revolver un momento en su imaginación aquel grave delito, preguntó:

—¿Y no fue también esa mujer víctima de la tormenta?

Varias cabezas ancianas allí presentes hicieron movimientos como el de alabar la prudencia de la pregunta, pero el alguacil no vio nada de importancia en ella y respondió sin vacilar.

—Sí, por cierto, señor, y más que nadie. Su casa resultó

destrozada, y ella y la niña quedaron sin abrigo.

—A mi ver, le costó cara la facultad de hacer tal acto. La engañaron. Por poco que pagara por ello, y si pagó con su alma y la de su hija, eso arguye que está loca, y estando loca no sabe lo que hace, y por consiguiente no delinque.

Los ancianos aprobaron una vez más con la cabeza la prudencia de Tomás, y uno de ellos añadió:

—Si el rey está loco, como dicen, es una locura de una clase que vale más que la cordura de algunos.

—¿Qué edad tiene la niña? pregunto Tomás.

—Nueve años.

Por las leyes de Inglaterra, ¿puede una niña celebrar pactos y venderse a sí misma, milord? —interrogó Tomás, dirigiéndose a un entendido juez.

—La ley no permite que una niña celebre ningún pacto importante ni intervenga en él señor, pues considera que su razón no está preparada para tratar con la razón madura y los planes perversos de las personas mayores que ella. El diablo puede comprar a una niña, si se lo propone, y la niña convenir en ello, pero no en Inglaterra, porque en este último caso el trato sería nulo.

—Parece cosa harto poco cristiana y mal discurrida —exclamó Tomás con sincero calor— que la ley de Inglaterra niegue a los ingleses privilegios que concede el diablo.

Este nuevo método de considerar el asunto dio origen a muchas sonrisas, y admiración de los presentes como una prueba de la originalidad de Tomás, así como de sus progresos hacia la cordura.

La culpable mayor había cesado de sollozar y estaba pendiente de las palabras de Tomás, con excitado interés y creciente esperanza. La observó el niño y sintió que sus simpatías se inclinaban hacia ella en su peligrosa e indefensa situación. Luego preguntó:

—¿Cómo lograron provocar la tormenta?

—Quitándose las calcetas, señor.

Esto dejó asombrado a Tomás y aumentó su febril curiosidad.

—¡Es maravilloso! —exclamó con vehemencia—; y ¿produce eso siempre tan terribles efectos?

—Siempre señor. Por lo menos, si la mujer lo desea y pronuncia las palabras necesarias, bien con la lengua, bien con el pensamiento.

Tomás se volvió a la mujer y le ordenó con impetuoso celo:

—¡Da ahora muestras de tu poder! ¡Quisiera ver una tempestad!

Palidieron súbitamente las mejillas de los supersticiosos circunstantes, a quienes invadió un deseo general, aunque no manifestado, de largarse más que de prisa. Pero nada de esto observó Tomás, que no pensaba en otra cosa sino en el solicitado cataclismo. Al ver la expresión de perplejidad del semblante de la mujer, añadió excitado:

—No temas: nada te pasará. Es más... quedarás libre. No te tocará nadie. ¡Da muestras de tu poder!

—¡Oh, rey y señor! No lo tengo. Se me ha acusado falsamente.

—Hablas por temor. Ten ánimo y no sufrirás daño. Provoca una tormenta, por pequeña que sea. No quiero nada grande ni dañino, antes bien prefiero lo contrario. Hazlo y salvarás tu vida, quedaréis libre tú y tu hija, con el perdón del rey, y a salvo de daño o maldad de nadie del reino.

Posternóse la mujer, bañada en llanto, dijo no tener poder para hacer tal milagro, pues de tenerlo defendería de buen agrado la vida de su hija, resignándose a perder la suya, si por su obediencia al mandato del rey pudiera alcanzar tan preciada gracia.

Insistió Tomás y la mujer persistió en su declaración. Finalmente dijo éste:

—Me parece que esta mujer ha dicho la verdad. Si mi madre estuviera en su lugar y tuviera dones del diablo no habría vacilado un momento en provocar la tormenta y dejar devastado todo el país, a trueque de obtener la salvación de mi vida. Todas las madres están vaciadas en el mismo molde. Quedas libre, buena mujer... y lo mismo tu hija... porque yo te creo inocente. Ahora no tienes ya que temer, una vez perdonada... Quitate las calcetas, y si puedes provocar una tormenta yo te haré rica.

La perdonada criatura expresó a voces su gratitud y se dispuso a obedecer, mientras Tomás la contemplaba con avidez no exenta de temor. Al propio tiempo los cortesanos manifestaron desasosiego e inquietud palpables. La mujer desnudó sus piernas y las de la niña, y evidentemente hizo todo lo posible por recompensar la generosidad del rey con un terremoto, pero la prueba resultó un fracaso. Tomás suspiró y habló así:

—Vamos, buena mujer, no te molestes más, porque tu poder te ha desamparado. Vete en paz, y si vuelvo a verte, no me olvides y provócame una tormenta.

LA COMIDA DE GALA

SE ACERCABA LA HORA DE LA COMIDA, y, por extraño que parezca, la idea no ocasionó a Tomás sino un leve desagrado. Lo que le ocurrió por la mañana había fortalecido su confianza. Estaba ya más acostumbrado a su extraño ambiente después de cuatro días, que lo que habría estado una persona mayor al cabo de un mes. Nunca se vio más sorprendente ejemplo de la facilidad de un niño para acomodarse a las circunstancias. Aprovechando nuestro privilegio, corramos a la gran sala del banquete para echarle un vistazo, mientras preparan a Tomás para una ocasión tan importante. Es un aposento espacioso, con columnas y pilastras doradas y paredes y techos con pinturas. En la puerta se yerguen gigantescos guardias, rígidos como estatuas, vestidos con ricos y pintorescos trajes y con sus correspondientes alabardas. En una elevada galería, que corre en torno de toda la sala, hay una banda de músicos y compacta concurrencia de uno y otro sexo, brillantemente ataviada. En el centro del salón, sobre una tarima, está la mesa de Tomás. Dejemos hablar al viejo cronista:

«Un caballero entra en el aposento con una vara, y tras él otro, que trae un mantel; después de haberse arrodillado ambos tres veces con la mayor veneración, tienden el mantel sobre la

mesa, y se retiran tras una nueva genuflexión. Vienen luego otros dos, uno también con vara y otro con un salero, un plato y pan. Cuando se han arrodillado como los dos anteriores y colocado dichos objetos sobre la mesa, se retira, asimismo con las ceremonias realizadas por los primeros. Por fin vienen dos nobles ricamente vestidos, uno de ellos con un trinchante, y después de haberse postrado tres veces de la manera más reverente, se acercan y frotan la mesa con pan y sal, dando muestras de tanto respeto como si el rey estuviera presente».

Así terminan los solemnes preliminares. Luego, a lo lejos, repercute en los corredores un son de trompetas y el confuso grito de, «Paso al rey, paso a la majestad del rey!». Estos sonidos se repiten una vez y otra, acercándose más y más, y de pronto, casi en nuestras barbas, suena la nota marcial y la voz de «Paso al rey!», y aparece el brillante cortejo, que forma filas a la puerta con mesurada marcha. Dejemos hablar otra vez al cronista:

«Vienen primero barones, condes y caballeros de la Jarretera, todos ricamente vestidos y con la cabeza descubierta. Sigue después el canciller, entre otros dos personajes, uno de los cuales lleva el cetro real y el otro la espada del Estado en su vaina roja, tachonada de flores de lis de oro y con la punta hacia arriba. Luego viene el propio rey, a quien al aparecer saludan doce trompetas y muchos tambores, con gran estruendo de bienvenidas, mientras todos en las galerías se levantan de sus asientos: ¡Dios salve al rey!-. Vienen luego los nobles agregados a su persona, y a su derecha e izquierda marcha su guardia de honor, sus cincuenta caballeros, con doradas hachas de combate».

Todo era hermoso y agradable. Tomás sentía que le latía con más fuerzas el corazón, y a sus ojos asomaba una luz de alegría. Avanzaba con la mayor gracia, tanto más cuanto que no pensaba en ello, pues se deleitaba en el alegre espectáculo. Además nadie puede estar feo con ropas ricas y bien ajustadas, una vez que se ha acostumbrado un poco a ellas, especialmente

en el instante en que no se da cuenta de que las lleva. Tomás recordó sus instrucciones y respondió a los saludos con una leve inclinación de cabeza y un cortés,

–Gracias, mi buen pueblo.

Se sentó a la mesa sin quitarse la gorra, y lo hizo sin el menor embarazo, porque el comer con la goces puesta era la única costumbre regia en que los reyes y los Canty se hallaban en terreno común, ya que ninguno de ellos aventajaba a los otros en materia de antigua familiaridad con la gorra. Rompió filas el cortejo, se agrupó pintorescamente, y todos permanecieron con las cabezas desnudas.

Al son de alegre música entraron luego los alabarderos de palacio, los hombres más altos y más fuertes de Inglaterra, que eran cuidadosamente escogidos al efecto, pero es mejor que el cronista nos siga contando:

«Entraron los alabarderos de palacio, desnuda la cabeza vestidos de escarlata con rosas de oro en la espalda, y éstos fueron y vinieron trayendo cada vez una serie de manjares, servidos en vajilla de plata. Estos manjares eran recibidos por un caballero, en el mismo orden en que los traían, y colocados sobre la mesa, en tanto que el catador daba a comer a cada guardia, del plato que había traído, por temor al veneno».

Hizo Tomás una buena comida, aunque se daba cuenta de que centenares de ojos seguían cada bocado hasta sus labios y le miraban comérselo, con un interés que no habría sido más intenso si se hubiera tratado de un mortífero explosivo y hubieran esperado que volara el rey y esparciera sus pedazos por el recinto. Cuidaba Tomás de no apresurarse, y también cuidaba de no hacer nada por sí mismo, sino de esperar a que el funcionario competente se arrodillara ante él y lo hiciese. Salió del paso sin un error: ¡Impecable ypreciado triunfo!

Cuando al fin terminó la comida y salió Tomás en medio de su brillante séquito, con los oídos atronados por el clamor de las

trompetas y de miles de aclamaciones, se dijo que, si ya había pasado lo peor de comer en público, era aquella una prueba que soportaría varias veces cada día, si con ello podía liberarse de algunas de las más terribles necesidades del oficio real.

FU-FU PRIMERO

MILES HENDON AVANZÓ HACIA EL EXTREMO DEL PUENTE por la parte de Southwark, con los ojos muy abiertos en busca de las personas que perseguía y esperando alcanzarlas de un momento a otro. A fuerza de preguntar, pudo seguir las huellas parte del camino a través de Southwark, pero allí cesaba toda pista; el soldado no sabía qué hacer. Sin embargo, continuó sus esfuerzos todo el día. Al caer la noche se encontró rendido, hambriento y desorientado. Así, pues, cenó en el mesón del Tabardo y se acostó resuelto a salir muy temprano a la mañana siguiente a registrar de arriba a abajo la ciudad. Cuando yacía pensando y planeando, comenzó de pronto a razonar de esta suerte:

«El niño se escapará del lado de aquel bellaco, su supuesto padre, si le es posible. Volverá a Londres en busca de su antigua guarida. No. No lo hará, porque querrá evitar que lo capturen otra vez. Pues entonces, ¿qué hará? No habiendo tenido amigos ni protectores en el mundo hasta que encontró a Miles Hendon tratará, naturalmente de hallarme de nuevo, siempre que este esfuerzo no le obligue a acercarse a Londres y al peligro. Se encaminará a Hendon Hall. Eso es lo que hará, porque sabe que yo propongo dirigirme a mi casa, y allí puede esperar hallarme».

Sí; para Hendon el caso era evidente. No debía perder más tiempo en Southwark, sino atravesar en seguida Kent, en dirección a Monk's Holm, registrando el bosque y preguntando durante su marcha.

Volvamos ahora al desaparecido reyecito.

El rufián a quien el mozo de la posada del puente había visto a punto de alcanzar al mozalbete y al rey no se unió a ellos sino que se quedó, detrás y siguió sus pasos a distancia. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y tenía el ojo del mismo lado cubierto por un gran parche verde. Cojeaba un tanto y usaba para apoyarse un palo de roble. El mozalbete condujo al rey por medio de Southwark y no tardó en llegar a la carretera real, más allá del pueblo. Eduardo, que estaba ya incómodo, dijo que se detendría allí, pues a Hendon le correspondía ir a él y no a él ir a Hendon. No soportaría semejante insolencia y se pararía allí mismo. El mozalbete dijo:

—¿Quieres quedarte aquí, cuando tu amigo yace herido en aquel bosque? Sea, pues.

El rey cambió de actitud al instante y exclamó:

—¿Herido? ¿Y quién ha osado herirle? Pero ésa es otra cuestión. ¡Sigamos, sigamos! ¡Más de prisa! ¿Tienes plomo en los pies? ¿Dices que herido? ¡Aunque su agresor sea el hijo de un duque, se arrepentirá de ello!

Llegaron al bosque, rápidamente. El mozalbete miró en torno, vio una rama hincada en el suelo con un andrajo atado y siguió el camino al interior del bosque buscando ramas similares y hallándolas a trechos. Evidentemente eran guías para el lugar a que se encaminaban. Pronto llegó a un terreno, donde se veían los restos de una casa de labor y cerca de allí un granero que empezaba a desmoronarse. Por ninguna parte había señales de vida y un profundo silencio reinaba en el paraje. El mozalbete entró en el granero, seguido muy de cerca por el ansioso rey. Nadie allí. Eduardo lanzó al mozo una mirada de sorpresa y recelo

y preguntó:

—¿Dónde está?

Le respondió una burlona carcajada. Al instante el niño montó en cólera, agarró una estaca y se disponía a atacar al mozo cuando llegó a sus oídos otra carcajada de burla, proferida por el mismo rufián rengueante que los había seguido a distancia. Se volvió el rey y preguntó colérico:

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces por aquí?

—Déjate de necedades y tranquilízate. No es tan bueno mi disfraz que pretendas no conocer a tu padre.

—Tú no eres mi padre. No te conozco. Soy el rey. Si has escondido a mi criado, búscamelo en seguida o te costará caro lo que has hecho.

Con fuerte y marcada voz replicó Juan Canty:

—Evidente es que estás loco, y me repugna castigarte, pero si me provocas, te castigaré. Tu charla no puede hacernos daño aquí, donde no hay oídos que escuchen tus sandeces, sin embargo, bueno será que tu lengua se ejercite en hablar con cautela, para que no pueda perdernos cuando cambiemos de paraje. He matado a un hombre y no puedo permanecer en casa, ni tú tampoco, porque necesito tus servicios. Mi nombre ha cambiado por prudentes razones. Ahora es Hobbs. Juan Hobbs. Tú te llamas Jack... Procura recordarlo, Dime. ¿Dónde está tu madre? ¿Dónde están tus hermanas? No han acudido al lugar de la cita. ¿Sabes adónde han ido acaso?

El rey respondió de mal temple:

—No me enredes con acertijos. Mi madre ha muerto. Mis hermanas están en palacio.

El mozo prorrumpió en una carcajada y Eduardo le habría atacado si Canty, o Hobbs, como ahora se llamaba, no lo hubiera impedido, diciendo:

—Déjalo. Hugo, no le molestes. Su mente desvaría y tu le irritas. Siéntate, Jack, y tranquilízate, que pronto comerás un

bocado.

Se pusieron Hobbs y Hugo a hablar en voz baja y el rey se apartó cuando pudo de su indeseable compañía. se retiró a la penumbra del rincón más lejano del granero, donde encontró que el suelo de tierra estaba cubierto con un montón de paja de un pie de altura. Allí se tendió, cubriéndose con la paja a guisa de manta, y no tardó en quedar absorto en sus pensamientos. Muchos pesares tenía, mas los menores quedaban casi olvidados por el más grande de ellos, la pérdida de su padre. A todo el mundo el nombre de Enrique VIII le producía escalofríos y le sugería la idea de un ogro, cuyas fauces respiraban destrucción y cuyas manos repartían azotes y muertes. Para aquel niño el nombre no evocaba más que sensaciones gratas. La figura que evocaba tenía un semblante todo bondad y afecto. Recordó una larga serie de escenas de cariño entre su padre y él, y meditó complacido en ellas mientras fluían sus lágrimas, atestiguando cuán honda y verdadera era la pena de su corazón. Conforme fue transcurriendo la tarde, Eduardo, fatigado por su pena, cayó poco a poco en un sueño tranquilo y reposado.

Al cabo de mucho tiempo, no podría decir cuánto, despertó, y mientras con los ojos cerrados se preguntaba vagamente dónde estaba y qué le había sucedido, notó un suave ruido, era el sonido de la lluvia en el techo. Invadió su cuerpo una sensación de comodidad, que en el próximo instante fue rudamente interrumpida por un coro de risas chillonas y de rudas carcajadas. Esto sobresaltó al niño desagradablemente y le hizo asomar la cabeza para ver de donde procedía la interrupción. Sus ojos vieron un cuadro repugnante y temeroso. En el suelo, al otro extremo del granero, ardía una alegre fogata y en torno, fantásticamente iluminados por los rojizos resplandores, se desperezaban o se tendían en el suelo los más abigarrados grupos de bellacos harapientos y rufianes de uno y otro sexo que el niño había podido soñar o había conocido en sus lecturas. Eran hombres recios y

fornidos, morenos por la interperie, de pelo largo y cubiertos de caprichosos andrajos. Había mozos de mediana estatura y pavoroso rostro; había mendigos ciegos con los ojos tapados o vendados, lisiados con piernas de palo o muletas, enfermos con purulentas llagas mal cubiertas por las vendas; había un buhonero de villanesca traza con sus baratijas, un amolador, un calderero y un barbero-cirujano con las herramientas de su oficio. Algunas de las mujeres eran niñas apenas núbiles, otras se hallaban en la edad primaveral, otras eran brujas viejas y arrugadas, todas desaliñadas y sucias. Había tres niños raquíticos y un par de perros con cuerda al cuello, cuyo oficio era simplemente guiar a los ciegos.

Había llegado la noche; la cuadrilla terminaba de comer y comenzaba la orgía. El jarro de aguardiente pasaba de boca en boca. Se sintió un grito general.

—¡Qué canten el *Murciélago* y Dick!

Se levantó uno de los ciegos y se preparó quitándose el parche que le tapaba los hermosos ojos y el conmovedor cartel que rezaba la causa de su calamidad. El *Murciélago* se desembarazó de su pata de palo y ocupó su puesto al lado de su compañero, haciendo gala de sus piernas sanas y fuertes. Luego iniciaron un canto retozón, que al final de cada estrofa recibía el esfuerzo de toda la cuadrilla en animado coro. Cuando llegaron al final de la canción, el entusiasmo de los medio borrachos había llegado a tal punto que todos lo compartieron y empezaron a cantar otra vez desde el principio, armando tal estruendo de sonidos villanescos que hizo temblar las vigas.

Terminado el canto, se pusieron todos a hablar, y en el curso de la conversación se descubrió que *Juan Hobbs* no era ni con mucho recluta nuevo, sino que en tiempos pasados se había adiestrado en la cuadrilla. Les refirió su última hazaña, y cuando dijo que *por accidente* había matado a un hombre, expresaron todos gran algazara.

Antiguos conocidos le saludaban cordialmente y los nuevos

se sentían orgullosos al estrecharle la mano.

Le preguntaron por qué había permanecido apartado tantos meses, y él respondió:

—Londres es mejor que el campo, y más seguro desde hace unos años, porque las leyes son muy duras y se ponen en práctica con todo rigor. Si no me hubiera ocurrido ese accidente me habría quedado allá. Había resuelto no volver al campo, pero el *accidente* me ha obligado.

Preguntó cuántas personas figuraban en la cuadrilla, y el jefe de ella respondió:

—Veinticinco en números redondos. Casi todos están aquí, pero los otros se encaminan hacia el Este. Nosotros vamos a ir en su seguimiento cuando amanezca.

—No veo a Wen entre los honrados hombres que me rodean. ¿Dónde estará?

—¡Pobre muchacho! Ahora se alimenta de azufre, y hartito caliente, por cierto, para un paladar tan delicado. Lo mataron en una reyerta a mediados de verano.

—¡Cuánto lo siento! Wen era hombre de talento y valeroso.

—Cierto que lo era. Bess, la negra, su amiga, está con nosotros todavía, pero se ha ido hacia el Este. Buena muchacha, lista y de excelente conducta.

—La recuerdo muy bien. Era digna de todo encomio. Su madre fue algo más libre y menos timorata. Una bruja turbulenta y de mal carácter, pero con un talento muy superior al vulgar.

—Por ello la perdimos. Su don de quiromancia y otros géneros de adivinación le granjearon al fin nombre y fama de bruja, y la ley la asó viva a fuego lento. Me conmovió ver con qué valor afrontó su suerte, blasfemando y vituperando a toda la multitud que la miraba con la boca abierta, mientras las llamas subían lamiendo hasta su cara y le chamuscaban los pelos y chisporroteaban alrededor de su cabeza cana... ¿Blasfemando

he dicho? ¡Ya lo creo que blasfemando! ¡Ay! Su arte murió con ella. Quedan ahora imitaciones rastreras y serviles, pero no blasfemias verdaderas.

El jefe suspiró y otro tanto hicieron sus oyentes. Por un instante cayó una depresión sobre todos los reunidos, porque aun los parias tan endurecidos como aquellos tienen sentimientos y experimentan una sensación fugaz de aflicción a grandes intervalos y en circunstancias singularmente favorables, por ejemplo, en casos como aquel, en que el genio y el arte habían partido sin dejar heredero. No obstante, un prolongado trago en ronda no tardó en restaurar los ánimos.

—¿Les ha ido mal a otros? —preguntó Hobbs.

—A algunos sí. Sobre todo a los recién llegados, labriegos, que vagaban por el mundo porque les quitaron sus tierras para convertirlas en dehesas para ovejas. Se dedicaron a mendigar y fueron azotados y arrastrados, desnudos de cintura arriba hasta manarles sangre. Luego volvieron a mendigar, los azotaron otra vez y les cortaron una oreja. Mendigaron por tercera vez, ¿qué iban a hacer los pobres diablos? y fueron marcados en las mejillas con hierro candente y luego vendidos como esclavos. Se escaparon, los pescaron y los ahorcaron. Es una historia breve y se cuenta en pocas palabras. Otros han escapados, menos, mal. Vengan aquí, Yokel, Bums y Hodge... enseñen sus adornos.

Avanzaron los aludidos, se quitaron algunos harapos y dejaron al descubierto las espaldas, cruzadas de antiguos costurones dejados por el látigo. Uno se levantó el pelo y enseñó el sitio en que antaño tuvo la oreja izquierda; otro enseñó una marca en el hombro, la letra V, y una oreja mutilada. El tercero dijo:

—Yo soy Yokel, y fui en otro tiempo un labrador bastante próspero, con una esposa amante e hijos, y ahora soy algo muy distinto por mi estado y profesión. Mi mujer y mis hijos murieron. Tal vez están en el cielo, o tal vez... en el otro sitio... Pero ¡Dios sea loado!, ya no viven en Inglaterra. Mi buena madre, que era

de conducta irreprochable, trató de ganarse el pan asistiendo a enfermos, pero uno de ellos se murió sin que el médico supiera por qué, y quemaron a mi madre por bruja, mientras mis niños contemplaban gimiendo el suplicio. ¡La terrible justicia inglesa! ¡Levanten el vaso y bebamos todos juntos a la salud de las misericordiosas leyes inglesas, que la libraron del infierno de Inglaterra! ¡Gracias, camaradas, gracias a todos! Yo mendigué de casa en casa con mi mujer, llevando a los hambrientos niños, pero como en Inglaterra es un delito tener hambre, nos desnudaron y nos llevaron por tres pueblos dándonos azotes. ¡Bebamos todos otra vez por las piadosas leyes inglesas, porque su látigo se bebió la sangre de mi María, y así vino muy pronto su bendita libertad! Ahora duerme en la bendita tierra, a salvo de todo daño; y los niños... Los niños mientras la Ley me iba azotando de pueblo en pueblo, se murieron de hambre. ¡Beban, muchachos, beban, aunque no sea más que una gota, por los pobres niños que no hicieron nunca daño a nadie! Y volví a mendigar en busca de un mendrugo, y me pusieron en la picota y perdí una oreja... Miren, aquí está lo que resta. Volví a pedir, y para que no se me olvide, aquí tienen lo que queda de la otra. Volví otra vez, y me vendieron como esclavo. Aquí, en la mejilla, debajo de esta mancha, si me lavara, podrían ver la S roja que dejó la marca del hierro candente. ¡ESCLAVO!* ¿Comprenden esta palabra? Un esclavo inglés es el que tienen delante. Me he escapado del lado de mi amo, y cuando me encuentren, me ahorcarán.

Una voz vibrante sonó en el aire enrarecido:

—¡No te ahorcarán! ¡Y en el día de hoy ha llegado el fin de esa ley!

Todos se volvieron y vieron la fantástica figura del rey niño, que se acercaba presuroso. Cuando salió a la luz y se reveló claramente, hubo un estallido general de preguntas.

—¿Quién es? ¿Qué dices? ¿Quién eres tú, muñeco?

El niño permaneció imperturbable en medio de aquellos rostros sorprendidos e interrogantes. Respondió, con voz solemne:

–Soy Eduardo, rey de Inglaterra.

Siguió a esto una explosión de carcajadas, en parte de mofa y en parte de alegría, por lo excelente del chiste.

Eduardo se sintió ofendido, y dijo bruscamente:

–¿Así agradecen la real merced que les he prometido, vagabundos desorejados?

Pero sus palabras se perdieron en el torbellino de carcajadas y de expresiones burlescas. Juan Hobbs hizo varias tentativas para que se le oyera por encima del estrépito, y al fin lo consiguió, diciendo:

–Camaradas, es mi hijo, un soñador, y loco perdido. No le hagan caso. Se figura que es el rey.

–Soy el rey –dijo Eduardo, volviéndose hacia él–; como no tardarás en saber a tu costa. Has confesado un asesinato y por él te ahorcarán.

–¿Tú me traicionarás? ¿Tú? Si te pongo la mano encima...

–¡Alto, alto! –dijo el fornido jefe de la cuadrilla, interponiéndose a tiempo de salvar al rey, y recalando este servicio con un puñetazo que derribó a Hobbs por tierra–. ¿No tienes respeto ni a los reyes ni a los jefes? Si vuelves a ofender mi presencia te estrangularé con mis propias manos. –Y agregó dirigiéndose a Su Majestad–: Haces mal en dirigir amenazas a tus camaradas, muchacho, y debes coserte la boca antes que hables mal de ellos en parte alguna. Sé rey enhorabuena, si eso satisface tu locura, pero no seas loco peligroso. No vuelvas a decir lo que has dicho, porque es traición. Nosotros seremos malos en algunas cosas de poca monta, pero no somos tan villanos que hagamos traición a nuestro rey. En ese respecto somos corazones amantes y leales. Repara si digo la verdad. Ahora gritemos todos juntos: «¡Viva Eduardo, rey de Inglaterra!»

–¡Viva Eduardo, rey de Inglaterra!

La respuesta de la abigarrada chusma fue proferida con tan estentóreas voces, que el destartalado edificio vibró repercutiendo. La faz de Eduardo relució de placer un instante y se inclinó su cabeza al tiempo que decía, con grave sencillez:

–Gracias mi buen pueblo.

Esta inesperada salida ocasionó a todos convulsiones de regocijo. Cuando reinó de nuevo algo parecido a la calma, dijo el jefe, con firmeza, pero con acento bonachón

–Déjate de tonterías, niño, que eso no es prudente ni está bien. Salte con la tuya, si es necesario, pero escoge cualquier otro título.

Un calderero expresó a voces una idea.

–Fu-fu, rey de los Bobos.

El título gustó al instante y todos respondieron con un tremendo aullido

–¡Viva Fu-fu I, rey de los Bobos!

A lo cual siguieron vociferaciones, aullido y carcajadas.

–¡Subidlo sobre el trono y coronadlo!

–¡Ponedle el manto real!

–¡Dadle el cetro!

–¡Entronizadlo!

Estos y otros veinte gritos estallaron a un tiempo y antes que la pobre víctima pudiera apenas tomar aliento, se vio coronado con una jofaina de hojalata, envuelto en una manga desgarrada, entronizado en un tonel y provisto, a guisa de cetro, de un soldador del calderero. Luego cayeron todos de rodillas en torno de él y prorrumplieron en un coro de irónicos gemidos y de burlonas súplicas, mientras se enjugaban los ojos con las mangas y con los delantales sucios y andrajosos.

–Sé benigno con nosotros, ¡oh dulce rey!

–No pisotees a estos gusanos que te imploran, ¡oh noble majestad!

–¡Compadécete de tus esclavos y consuélalos con puntapié

regio!

—¡Alégranos y caliéntanos con tus benignos rayos, oh, reluciente sol de soberanía!

Dígnate escucharnos, ¡oh, señor!, para que los hijos de nuestros hijos puedan hablar de tu regia condescendencia y sentirse felices y orgullosos por los siglos de los siglos.

A los ojos del monarca asomaron lágrimas de vergüenza y de indignación. El pensamiento que vagaba por su mente era éste:

«Si les hubiera inferido un tremendo agravio no serían tan crueles. Y, sin embargo, no he hecho más que ofrecerles mi bondad... y así me tratan por ello».

EL PRÍNCIPE, EN COMPAÑÍA DE LOS VAGABUNDOS

LA CUADRILLA DE VAGABUNDOS SALIÓ DEL ESTABLO con las primeras luces del alba y emprendió la marcha. El cielo estaba encapotado, hacía frío y el suelo estaba mojado. Toda alegría había desaparecido de la cuadrilla. Algunos se hallaban hoscos y callados, otros irritables y ninguno de buen humor.

El jefe puso a «Jack» al cuidado de Hugo, con breves instrucciones y ordenó a Juan Canty para que se mantuviera alejado del niño y le dejara en paz. También previno a Hugo que no se mostrara demasiado rudo con el muchacho.

Al cabo de un rato el tiempo mejoró y las nubes desaparecieron en parte. Cesó la cuadrilla de tiritar y se suavizó el humor de todos. Se fueron poniendo cada vez más alegres y, finalmente, empezaron a embromarse unos a otros y a insultar a los viajeros que encontraban por la carretera. El temor que todo el mundo les tenía se revelaba en que toda las gentes les cedían el paso y aceptaban sus villanescas insolencias sin aventurarse a contestarlas. Una de las hazañas consistía en arrancar la ropa tendida en los setos a veces en las mismas barbas de sus dueños,

quienes no protestaban, pues al parecer se mostrarían agradecidos de que no se llevaran también los setos.

No tardaron en invadir una pequeña casa de labor donde se instalaron a sus anchas mientras el tembloroso labriego y su gente vaciaban la despensa para darles desayuno. Acariciaban a la mujer y a sus hijas mientras recibían el alimento de sus manos y hacían groseros chistes acerca de ellas, acompañados de epítetos insultantes. Arrojabán huesos y verduras al aldeano y a sus hijos, y aplaudían tumultuosamente cuando se decía una chanza feliz. Cuando se despidieron amenazaron con volver a quemar la casa sobre las mismas cabezas de la familia si llegaba a oídos de las autoridades alguna noticia de sus fechorías.

A cosa del mediodía, después de una caminata larga y tediosa, se detuvo la cuadrilla detrás de un seto en los arrabales de un gran poblado. Se dio una hora para descansar, y todos se dispersaron para entrar en él por diferentes puntos y dedicarse a sus diversas profesiones. «Jack» fue enviado con Hugo, y ambos anduvieron de acá para allá algún tiempo; Hugo fue a la pesca de una ocasión para hacer «negocio», pero sin encontrar ninguna, por lo que acabó diciendo:

—No veo nada que robar. Este es un lugar despreciable. Por consiguiente, mendigaremos.

—¿Mendigaremos? Sigue tú tu oficio, que bien te sienta, pero yo no mendigaré.

—¡Qué no mendigarás! exclamó Hugo, mirando al rey con sorpresa—. Pero dime, ¿desde cuándo te has reformado?

—¿Qué quieres decir?

—¿No has mendigado toda tu vida por las calles de Londres?

—¿Yo, idiota?

—Ahorra cumplidos, que así te durará más la provisión. Dice tu padre que has mendigado toda tu vida. ¿Es que ha mentido? Acaso tendrás la audacia de decir que ha mentido...—bufó sarcásticamente Hugo.

—¿Ese, a quien tú llamas mi padre?, ha mentido.

—Mira, compañero, no abuses tanto de la locura. Empléala para tu diversión y no para tu daño. Si le cuento lo que has dicho te arrancará el pellejo a golpes.

—Puedes evitarte la molestia. Se lo diré yo.

—Me gusta tu valor, pero no admiro tu juicio. Bastantes palizas y vapuleos se lleva uno en esta vida sin buscarlos. Pero acabemos este asunto. Yo creo a tu padre. No dudo que es capaz de mentir, no dudo que miente cuando llega la ocasión, porque los mejores de nosotros lo hacemos. Pero, vamos de aquí, puesto que te ha dado por renunciar a pedir, ¿qué haremos? ¿Robaremos por las cocinas?

—Deja ya esas necedades —le interrumpió el rey, impaciente—. Me fatigas.

Hugo replicó, con mal humor:

—Escucha, camarada, no quieres mendigar, no quieres robar... Sea. Pero yo te diré lo que has de hacer, me servirás de gancho mientras yo mendigo. Niégate a ello, si eres capaz.

Iba el rey a replicar despectivamente, cuando le dijo Hugo, interrumpiéndole:

—¡Calla! Allí viene un hombre de cara bondadosa. Ahora me voy a desplomar como si tuviera un ataque. Cuando se llegue a mí, tú empezarás a gemir y caerás de rodillas, como si lloraras. Luego gritarás como si tuvieras metidos en la tripa todos los diablos del dolor, y dirás: «Oh señor, es mi pobre hermano enfermo, y no tenemos amparo. ¡En nombre de Dios, mirad con piadosos ojos a un pobre enfermo, abandonado y desdichadísimo! Dad un miserable penique a un ser desamparado de Dios y a punto de morir». Y ten en cuenta que no has de cesar de gemir hasta que le saquemos el penique, pues de lo contrario te arrepentirás.

Inmediatamente empezó Hugo a gemir, a gruñir, a poner los ojos en blanco y a tambalearse, y cuando el desconocido estuvo

cerca se tendió en el suelo delante de él, lanzando un grito, y empezó a retorcerse en el polvo, al parecer en la agonía.

—¡Oh, Dios mío! exclamó el benévolo desconocido—. ¡Pobrecito, pobrecito! ¡Cómo debe de sufrir! Espera, que voy a auxiliarte.

—¡Oh, noble señor! Dios os bendiga por ser tan principal caballero, pero me causa muchos dolores que me toquen cuando me da el ataque. Mi hermano dirá a Su Excelencia cuánta es mi angustia cuando me pongo así. Un penique, señor, un penique para comprar un poco de alimento.

—¿Un penique? Tres te daré, desdichada criatura dijo el desconocido, llevándose la mano al bolsillo con nervioso apresuramiento—. Toma infeliz; tómalos y que te hagan buen provecho. Ahora ven acá, muchacho y te ayudaré a llevar a tu pobre hermano a aquella casa, donde...

—Yo no soy su hermano —dijo el rey, interrumpiéndolo.

—¿Cómo? ¿Qué no eres su hermano?

—Oiganle —gimió Hugo, que no dejó de rechinar los dientes—. ¡Niega a su propio hermano... cuando está con un pie en el sepulcro!

—Muchacho duro de corazón eres si éste es tu hermano. ¿No te da vergüenza? ¿No vez que apenas puede moverse? Si no es tu hermano, ¿quién es, pues?

—Un mendigo o un ladrón. Cuando le has dado el dinero te ha robado, y harías un verdadero milagro de curación si dejaras caer tu bastón sobre sus espaldas y confiaras lo demás a la providencia.

Hugo no esperó el milagro, al cabo de un momento estaba en pie y corriendo como el viento seguido por el caballero y sin dejar de dar recios gritos en su fuga. El rey, inflamado en gratitud al cielo por su propia libertad, huyó en dirección opuesta, y no amortiguó el paso hasta que estuvo fuera de alcance. Tomó el primer camino que se le ofrecía y no tardó en dejar muy atrás la

aldea. Siguió corriendo lo más deprisa que pudo durante varias horas, sin dejar de mirar nerviosamente hacia atrás por si le perseguían, mas al fin se disiparon sus temores, reemplazados por un agradable sensación de seguridad. Entonces se dio cuenta de que tenía hambre y de que estaba cansadísimo. Se detuvo en una casa campesina pero cuando se disponía a hablar, le atajaron y le despidieron bruscamente. Sus ropas hablaban en contra suya.

Siguió andando, ofendido, indignado y resuelto a no volver a exponerse a semejante trato, pero el hambre doma el orgullo. Así, cuando cerraba la noche, hizo una tentativa en otra casa campesina, pero allí escapó peor que antes, porque le dirigieron insultos y le amenazaron con prenderle por vagabundo si no se largaba de prisa.

Cerró la noche, glacial y encapotada, y aún seguía andando el pobre monarca, con los pies doloridos. Se veía obligado a moverse sin cesar, porque cada vez que se sentaba a descansar el frío le penetraba hasta los huesos. Todas sus sensaciones, mientras recorría la solemne oscuridad nocturna, eran nuevas y extrañas para él. A trechos oía voces que se acercaban, pasaban y se desvanecían en el silencio, y como no veía de los cuerpos a quienes pertenecían más que una especie de mancha informe y móvil, todo aquello tenía algo de espectral y pavoroso que le hacía estremecer. En ocasiones divisaba el parpadeo de una luz, siempre muy lejana, al parecer como de otro mundo. Si oía el cencerrillo de una oveja, era vago y distante. Los ahogados mugidos del rebaño llegaban hasta él traídos por el aire nocturno, con cadencias lastimeras. De tanto en tanto escuchaba el aullido de un perro a la distancia del campo.

Todo era remoto y hacía pensar al joven rey que todo estaba muy lejos de él y que se hallaba solitario, sin amigos y en el centro de una soledad inconmensurable.

Siguió avanzando a tropezones, sobresaltado a veces por el suave murmullo de las hojas secas sobre su cabeza, y dio de

repente con la luz de una linterna muy próxima a él. Retrocedió hasta las sombras y aguardó. La linterna alumbraba junto a la puerta de un granero que estaba abierta. El rey esperó algún tiempo... No se oía el menor rumor, no se movía nada. El estar quieto le dio mucho frío, y el hospitalario granero era tan tentador, que el niño, por fin resolvió arriesgarlo todo y entrar. Echó a andar velozmente, y en el momento de cruzar el umbral oyó voces a su espalda. Se agazapó detrás de un tonel dentro del granero y vio entrar a dos labradores, que llevaban la linterna consigo, y empezaron a trabajar, sin dejar de hablar. Mientras se movían en torno a la luz, el rey vio lo que parecía ser un pesebre grande al otro extremo del granero, se propuso llegar hasta él a tientas cuando quedara solo. Observó también la situación de un montón de mantas de caballo a la mitad del camino con intención de requisarlas por una noche para el servicio de la corona de Inglaterra.

Al fin, los hombres terminaron su trabajo y se fueron, cerrando tras sí, la puerta y llevándose la linterna. El rey se encaminó tiritando a las mantas, con toda la velocidad que le permitían las tinieblas. Las cogió y, sin tropezar, llegó a tientas al pesebre. Con dos de ellas se hizo una cama y luego se tapó con las dos restantes. A la sazón se sentía un monarca feliz, aunque las mantas eran viejas, delgadas y no de mucho abrigo, y, además exhalaban un penetrante olor caballuno que asfixiaba.

Aunque el rey estaba hambriento y helado, se hallaba al propio tiempo tan cansado y soñoliento que no tardó en caer en un estado de semiinconsciencia. Entonces, cuando estaba a punto de dormirse, sintió que algo le tocaba. Despertó del todo al instante abriendo la boca para tomar aliento. El frío horror de aquel misterioso contacto a oscuras casi suspendió los latidos de su corazón. Quedó, inmóvil y escuchó, sin respirar apenas, pero nada se movió y no sintió el menor ruido. Continuó el rey escuchando y esperó unos instantes que le parecieran eternos,

todo siguió inmóvil y en silencio. Así volvió al fin el niño a rendirse al sueño, pero sintió de nuevo el misterioso contacto. Era una cosa siniestra aquel leve toque de una presencia silenciosa e invisible, y llenó al niño de temores. ¿Qué haría? Esta era una pregunta a la que no sabía qué responder. ¿Dejaría aquel albergue tan confortable para huir del inexcrutable horror? Pero ¿adónde ir? No podía salir del granero, la idea de andar a ciegas acá y acullá, en la sombra, dentro del cautiverio de cuatro paredes y acosado sin cesar por aquel fantasma, que a cada momento le daría en las mejillas o en los hombros, era intolerable; mas ¿era mejor permanecer donde estaba y soportar toda la noche aquella muerte en vida? No. Entonces, ¿qué debía hacer? ¡Ah! No había más que un camino, bien lo comprendía. Debía alargar el brazo y encontrar aquella cosa.

Era fácil pensar esto pero difícil hacer acopio de valor para intentarlo. Tres veces extendió tímidamente la mano en la oscuridad, pero la apartó de repente con un estremecimiento, no por haber encontrado nada, sino porque sentía la seguridad de que iba a encontrarlo. Mas a la cuarta vez tocó un poco más lejos y su mano resbaló sobre algo suave y caliente. Esto lo dejó casi petrificado de espanto. Su espíritu se hallaba en tal estado que no podía imaginar que aquello fuera otra cosa que un cuerpo recién muerto y no frío aún. Díjose que sería mejor morir que tocarlo otra vez; pero se le ocurrió este equivocado pensamiento porque no conocía la fuerza inmortal de la curiosidad humana. Breve rato había transcurrido cuando su mano empezó a tocar otra vez temblorosamente, contra su juicio y su consentimiento, pero a pesar de todo con persistencia. Entonces encontró un mechón de pelo largo. Se estremeció pero siguió tocando el pelo y encontró algo que parecía una cuerda caliente. Siguió, la cuerda hacia arriba y se halló ¡con una inocente ternera! Porque la cuerda no era tal cuerda, sino la cola del animal.

Hondamente avergonzado de sí mismo se sintió el rey por

haber experimentado tal espanto y horror ante una cosa tan inofensiva como una ternerilla dormida, mas no debió haber pensado así, porque lo que le había asustado no era la ternera, sino un terrible no sé qué sin existencia representado por la misma, y cualquier otro niño en aquellos tiempos supersticiosos habría obrado y padecido lo mismo que él.

El rey se sintió encantado, no sólo de ver que el animal era una ternera, sino también de tenerla en su compañía, porque se había sentido tan solitario y desamparado, que acogió con gusto como camarada aun a aquel humilde animal. Se había visto tan maltratado, tan afrentado por sus propios semejantes que fue para él un verdadero consuelo hallarse al fin en la compañía de un ser que por lo menos tenía corazón tierno y ánimo apacible, por más que careciera de atributos más elevados; por lo cual resolvió Eduardo prescindir de etiquetas y hacerse amigo de la ternera.

Mientras acariciaba el caliente lomo del animal, porque éste se hallaba muy cerca y al alcance de su mano, se le ocurrió que podía utilizarlo colocándose cerca de la ternera; luego se acurrucó junto al lomo de ésta, echó las mantas entre sí mismo y su amiga, y al cabo de uno o dos minutos estaba tan calentito y cómodo como en las mejores noches de su lecho de plumas en el palacio real de Westminster.

Al punto acudieron a su mente pensamientos agradables; la vida tomó un cariz más alegre. Estaba libre de las garras de la servidumbre y del crimen, libre de la compañía de villanos y brutales forajidos. Estaba caliente, estaba cobijado; en una palabra, era feliz. Soplaba el viento de la noche en pavorosas ráfagas que hacían estremecer y temblar al viejo granero, y luego su fuerza esperaba a intervalos, y seguía mugiendo y gimiendo por las esquinas... Pero todo ello era música para el rey, una vez que estuvo arropado y cómodo. Soplara y enfureciérase cuanto quisiera, azotara y golpeará, gimiera o mugiese: al rey no le

importaba, antes bien gozaba con ello. Se acurrucó más cerca de su amiga, y como un bendito perdió la conciencia del mundo y cayó en un sueño profundo y sin pesadillas, lleno de paz y sosiego. A lo lejos aullaban los perros, se quejaban melancólicamente las vacas, y los vientos seguían rugiendo, en tanto que un furioso aguacero caía sobre el tejado; pero la Majestad de Inglaterra siguió durmiendo imperturbable, y otro tanto hizo la ternera, que era un animal sencillo y no se dejaba turbar fácilmente por las tempestades ni se incomodaba para dormir con un rey.

EL PRÍNCIPE Y LOS ALDEANOS

CUANDO EL REY DESPERTÓ A LA MAÑANA SIGUIENTE, se encontró con que una rata mojada, pero precavida, se había colado en el granero durante la noche y junto a su mismo pecho se había procurado una confortable cama. Al verse perturbada en su reposo se escapó corriendo. Eduardo sonrió, y dijo:

—¡Pobre tonta! ¿Por qué tienes tanto miedo? Yo estoy tan desamparado como tú. Sería una infamia en mí dañar a los desvalidos, cuando tan desvalido estoy yo. Además, te debo agradecimiento por el buen agüero, porque cuando un rey ha caído tan bajo que las mismas ratas toman por cama su cuerpo, eso significa que seguro que su suerte va a cambiar, puesto que es evidente que no puede descender más.

Se levantó, y salió del pesebre en el preciso momento en que oía el son de las voces infantiles.

Se abrió la puerta del granero y entraron dos niñas que en cuanto vieron a Eduardo cesaron de hablar y reír, se detuvieron y se quedaron inmóviles mirándole con viva curiosidad. No tardaron en cuchichear entre sí y luego se acercaron más y se detuvieron otra vez para mirarle y secretar de nuevo. Mas pronto hicieron acopios de valor y empezaron a hablar en voz alta. Una dijo:

—Tiene una cara muy bonita.

—Y el pelo muy lindo —añadió la otra.

—Pero va bastante mal vestido.

—Parece que tiene mucha hambre.

Se acercaron, rodeándole tímidamente y examinándoles de pies a cabeza desde todas partes, como si fuera una clase nueva y extraña de animal, pero sin dejar de mostrar cautela y atención, como si temieran que fuera una clase de animal que mordiera llegado el momento. Finalmente se detuvieron delante de él, cogidas de la mano para protegerse mutuamente y le miraron mucho rato con inocentes ojos. Luego una de ellas llamó a sí todo su valor y preguntó, con franqueza:

—¿Quién eres, niño?

—Soy el rey —respondió éste, gravemente.

Las niñas experimentaron un nuevo sobresalto, abrieron desmesuradamente los ojos y se quedaron medio minuto sin hablar, palabra. Al fin la curiosidad rompió el silencio:

—¿El rey? ¿Qué rey?

—El rey de Inglaterra.

Las niñas se miraron una a otra, luego le miraron a él, y volvieron a mirarse entre sí, maravilladas y perplejas. Después dijo una de ellas:

—¿Lo has oído, Margarita? Dice que es el rey. ¿Será verdad?

—¿Cómo puede no ser verdad, Prissy? ¿Iba a decir una mentira? Porque si no fuera verdad, Prissy, sería mentira. Claro que lo sería. Piénsalo bien. Porque todas las cosas que no son verdades, son mentiras, y no se puede creer otra cosa.

Como éste era un argumento que no tenía vuelta de hoja, ni dejaba el menor requicio para refutarlo, las dudas de Prissy no tuvieron ya en qué apoyarse. Reflexionó un momento la niña, y dijo después esta simple frase:

—Si eres de verdad el rey, te creo.

—Soy de veras el rey.

El asunto quedó resuelto, la realeza de Su Majestad fue

admitida sin más preguntas ni discusiones, y las dos niñas empezaron al instante a preguntarle cómo había ido a parar donde estaba, y cómo iba tan mal vestido, y adonde se dirigía, y una infinidad de cosas más. Fue un gran consuelo para el rey poder contar sus calamidades a quien no había de burlarse ni dudar. Refirió su historia con gran calor, olvidando momentáneamente hasta su hambre, y la historia fue escuchada con la más profunda y tierna compasión por las dos niñas. Pero cuando les expuso sus últimas aventuras, y cuando ellas se enteraron del tiempo que llevaba el rey sin comer, le atajaron y salieron corriendo del granero para buscarle desayuno.

Se sentía ya el rey alegre y feliz a la sazón, y se dijo:

«Cuando vuelva a recobrar mi dignidad honraré siempre a las niñas, porque me acordaré de que éstas han confiado en mí y me han creído en mi malaventura, al paso que los que tienen más años y se creen más sabios se han burlado de mí y me han tenido por embustero».

La madre de las niñas recibió bondadosamente al rey y se mostró llena de compasión, porque su desamparo y su inteligencia, al parecer perturbada, conmovieron su corazón femenino. Era viuda y pobre, razón por la cual había conocido el pesar demasiado de cerca para no tener compasión de los infortunados. Se imaginó que el demente niño se había extraviado, alejándose de sus amigos y deudos, y así trató de averiguar de dónde venía para poder dar pasos encaminados a devolverlo, mas todas sus referencias a las aldeas y pueblos vecinos y todas las preguntas que le hizo no dieron resultado, porque las respuestas demostraban que las cosas a que aludía la buena mujer no le eran familiares. El rey hablaba con gravedad y sencillez de asuntos de la corte, y más de una vez ahogaron su voz los sollozos al mencionar al difunto rey su padre. Siempre que la conversación cambiaba y versaba sobre temas menos elevados, el niño perdía interés y quedaba en silencio.

La mujer se sentía altamente perpleja, pero no quiso renunciar a su intento. Mientras seguía cocinando, se dio a discurrir medios de sorprender al muchacho para que revelara su verdadero secreto. Le habló de las vacas y el niño no mostró interés, de las ovejas, con el mismo resultado. Por consiguiente su conjetura de que fuese un niño pastor era equivocada. Le habló de molinos, de tejedores, de caldereros, de herreros y de toda clase de industrias y profesiones. Le habló del manicomio, de las cárceles y de los asilos, todo sin resultado, le hablaría entonces del servicio doméstico. Sí, ahora estaba segura de hallarse sobre la verdadera pista. El niño debía de ser un criado. Encamino la conversación hacia este punto la buena mujer, pero el resultado fue desalentador. Al fin la mujer, perdida ya casi las esperanzas y más bien por cumplir, habló de la cocina. Con gran sorpresa suya y con no menor deleite el semblante del rey sí se animó al instante.

—¡Ah!—pensó la mujer—. ¡Por fin lo he acorralado!— Y se sintió orgullosa de su habilidad por haber conseguido llevarlo a un tema de interés.

Ahora el rey, inspirado por el hambre que le roía y por los fragantes olores que salían de la sartén y de las ollas, se lanzó a tan elocuente disertación sobre ciertos platos apetitosos, que a los pocos minutos se dijo la buena mujer: Sin duda he acertado. Ha sido pinche de cocina.

Habló después el niño de su comida con tanto juicio y animación, que la mujer se dijo:

—¡Dios mío! ¿Cómo puede saber tantos platos y tan exquisitos? Porque éstos no se comen más que en las mesas de los ricos y de los potentados. ¡Ah! Ya veo. A pesar de lo andrajoso que va, debe de haber servido en palacio antes de perder la razón. Sí; debe de haber sido pinche en la cocina del mismísimo rey. Voy a ponerlo a prueba.

Ansiosa de convencerse de su propia sagacidad, dijo al rey que cuidara de la cocina, indicándole que podría hacer y añadir

uno o dos platos si se le antojaba. Luego salió del aposento, haciendo una seña a las niñas para que la siguieran. El rey dijo entre dientes:

–Otro rey de Inglaterra tuvo una comisión semejante en tiempos de antaño... No va contra mi dignidad el encargarme de un oficio que el gran Alfredo no se desdenó de asumir. Pero voy a procurar desempeñarlo mejor que él, porque él dejó que se quemaran los pasteles.

Bueno era el intento, mas no le correspondió su ejecución, porque este rey, como el otro, no tardó en absorberse en sus propios asuntos, y de ello resultó la misma desgracia: que los manjares se quemaron. La buena mujer volvió a tiempo de salvar el almuerzo de su completa destrucción, y no tardó en sacar de sus sueños al rey con un animado y vivo regaño. Mas al ver cuán turbado estaba por haber desempeñado mal su cometido, se suavizó al punto y fue toda bondad y gentileza para él.

La comida, fue muy del agrado del niño y se sintió reanimado. Fue una comida que se distinguió por un detalle curioso, ambas partes prescindieron de etiquetas, pero sin que ninguna de ellas se diera cuenta de haberlo hecho. La buena mujer se había propuesto alimentar a aquel joven vagabundo con vituallas de desecho y en un rincón, como cualquier pobre, o como a un perro, pero sentía tal remordimiento por el reto que le había echado, que hizo cuanto pudo para mitigarlo, permitiéndole que se sentara a la mesa de la familia y comiera en aparentes términos de igualdad con ellos. Y el rey por su parte sentía tales remordimientos por haber desempeñado mal su misión, después de haberse mostrado tan bondadosa con él la familia, que se propuso repararlo humillándose hasta el nivel de ésta, en vez de exigir a la mujer y a las niñas que se quedaran en pie y lo atendieran, mientras él ocupaba su mesa en el estado solitario debido a su nacimiento y dignidad. A todos nos hace bien prescindir a veces de la gravedad. La buena mujer se sintió feliz

todo el día con los aplausos que se tributó a sí misma por su magnánima condescendencia con un vagabundo, y el rey se sintió no menos complacido por su benigna humildad hacia una humildad aldeana.

Cuando terminó el almuerzo, ésta dijo al rey que lavara los platos. Semejante orden dejó paralizado un instante a Eduardo y le puso a dos dedos de la rebelión, pero en seguida se dijo:

–Alfredo el Grande vigiló los pasteles, y sin duda habría lavado también los platos. Por consiguiente, lo probaré.

El trabajo le salió bastante mal, con gran sorpresa suya, porque la limpieza de cucharas de palo y de cuchillos le había parecido fácil. Era una obra tediosa y molesta, pero al fin la terminó. Empezaba a sentir impaciencia por seguir su viaje, no obstante, no había de perder tan fácilmente la compañía de aquella generosa mujer. Esta le procuró diferentes ocupaciones de poca monta, que el rey desempeñó al cabo de bastante rato y con regular lucimiento. Luego lo puso en compañía de las niñas a mondar manzanas, pero el rey se mostró tan torpe en este servicio, que la mujer lo retiró de él. Después lo tuvo cardando lana, tanto rato, que se sintió medio inclinado a desistir. Y en efecto, desistió cuando, después de la comida, la buena mujer le dio un cesto con unos gatitos para que los ahogara. Se disponía a renunciar, y el momento más oportuno era aquel en que le mandaban ahogar los gatos, cuando a través de la ventana vio a Juan Canty, con una caja de buhonero a la espalda y Hugo.

El rey descubrió a aquellos bribones cuando se acercaban por la verja delantera, antes que ellos pudieran verle, así, pues, no les habló, cogió el cesto de los gatitos y salió por la puerta trasera sin decir palabra, dejó los animalitos en un pabellón anexo a la casa, y salió corriendo por una estrecha callejuela.

EL PRÍNCIPE Y EL ERMITAÑO

LAL ALTO SETO LE OCULTÓ MUY PRONTO A LA VISTA DE LA CASA; y entonces, bajo el impulso de un terrible espanto, corrió con todas sus fuerzas hacia un bosque lejano. No volvió atrás la vista hasta que casi hubo ganado el refugio del bosque, y entonces, al hacerlo, divisó a lo lejos dos figuras. Esto fue suficiente. No se detuvo el rey a examinarlas críticamente, sino que siguió corriendo, sin menguar el paso hasta que estuvo muy adentro en la oscuridad crepuscular del bosque. Entonces se detuvo, persuadido ya que estaba bastante seguro. Escuchó atentamente, pero la calma era profunda y solemne... y hasta pavorosa y deprimente para el ánimo. Sus oídos en tensión percibían con largos intervalos algunos sonidos, remotos, y misteriosos, que no parecían ser verdaderos, sino solo espectros gemebundos. Resultaban mucho más pavorosos que el silencio que interrumpían.

Al principio, el propósito del rey era permanecer allí todo el resto del día, pero no tardó un escalofrío en invadir su cuerpo sudoroso, y para recobrar el calor se vio obligado a seguir andando. Avanzó en derechura por medio del bosque, esperando dar pronto con un camino. Siguió andando, y cuanto más avanzaba, más densa se tornaba al parecer la espesura. Empezó a condensarse

la oscuridad y el rey comprendió que iba a cerrar la noche y se estremeció a la idea de pasarla en tal lugar. Trató, pues, de andar más de prisa, pero avanzaba menos aún, porque como no veía lo bastante para escoger el sitio en que posaba los pies no cesaba de tropezar con las raíces.

Al fin percibió el destello de una luz, se acercó a ella cautelosamente y deteniéndose con frecuencia. La luz procedía del hueco de una ventana sin cristales en una destartalada choza. El niño oyó una voz que estaba rezando. Se deslizó el rey hasta la ventana y echó una mirada al interior de la choza. La habitación era pequeña y su piso de tierra endurecida por el uso. En un rincón se veía un lecho tosco y dos mantas hechas jirones, cerca de él un cubo, una taza, y algunos cacharros. Había un banco estrecho y un piso de tres patas, en la chimenea quedaba el rescoldo de un fuego de leña. Ante una hornacina, iluminada por una sola vela, se hallaba arrodillado un hombre de edad, a cuyo lado, en una vieja caja, había un libro abierto y una calavera humana. El anciano era de cuerpo grande y huesudo y de pelo y barbas largos y blancos como la nieve, vestía de pieles de cordero que lo cubrían de la garganta a las rodillas.

—Un santo ermitaño —se dijo el rey—. Ahora tengo en verdad suerte.

Se levantó el eremita y el rey llamó a la puerta.

Una voz grave respondió:

—Entra, pero deja fuera el pecado, porque es santa la tierra en que vas a estar.

El rey entró y se detuvo. El ermitaño le dirigió una mirada centelleante e inquieta y preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy el rey —respondió el niño con sencillez.

—Bien venido, ¡oh rey! exclamó el ermitaño, entusiasmado. Y afanándose y sin dejar de repetir «bien venido, bien venido arregló el banco, hizo sentar al rey junto al fuego, echó a éste

algunos trozos de leña, y finalmente empezó a dar paseos con nervioso andar.

–Bien venido. Muchos han buscado asilo aquí, mas no eran dignos de ello y han sido despedidos. Un rey que desdeña su corona y los vanos esplendores de su oficio, y se viste de andrajos para dedicar su vida a la santidad y a la mortificación de la cama, ese sí que es digno, ese sí que merece la bienvenida. Aquí morarás todos tus días hasta que te llegue la muerte.

El rey se apresuró, a interrumpirle y a explicarle el caso, pero el ermitaño no le prestó atención ni le oyó, sino que continuó con su charla, alzando la voz con creciente energía:

–Aquí estarás tranquilo. Nadie hallará tu refugio para molestarte con súplicas de que vuelvas a esa vida necia y vacía de que Dios te ha movido a apartarte. Aquí rezarás, aquí estudiarás la Biblia, aquí meditarás las sublimidades del mundo venidero.

Te alimentarás de mendrugos y de hierbas y te azotarás a diario para purificar tu alma. Llevarás una camisa rústica junto a la piel, beberás solo agua y estarás tranquilo. Si, completamente tranquilo, porque los que vengan en tu busca se irán chasqueados, no te encontrarán, no te molestarán.

El anciano, sin dejar de dar pasos a un lado y otro, terminó de hablar en voz alta y empezó a musitar. El rey aprovechó esta ocasión para exponer sus aventuras, con una elocuencia inspirada por la inquietud y el temor, mas el ermitaño siguió hablando entre dientes y sin prestarle atención. De pronto, se acercó al rey y le dijo con impresionante acento:

–¡Silencio! Te diré un secreto...

Se inclinó para contárselo, pero se contuvo y adoptó la actitud de prestar oído. Al cabo de unos instantes se acercó de puntillas al hueco de la ventana, asomó la cabeza y miró a la oscuridad. En seguida volvió otra vez de puntillas, arrimó su rostro al del rey y cuchicheó:

–Yo soy un arcángel.

Dio el rey un salto y dijo:

–¡Ojalá estuviera otra vez con los bandidos, porque ahora me veo prisionero de un loco!

Sus temores se acrecentaron y se traslucieron en su semblante. En voz baja continuó el ermitaño:

–Veo que percibes mi atmósfera. El temor se pinta en tus facciones. Nadie puede permanecer en este ambiente sin verse afectado de ese modo, porque es el mismo ambiente del cielo. Yo voy a él y vuelvo en un abrir y cerrar de ojos. En este mismo sitio me hicieron arcángel, hace cinco años, unos ángeles enviados del cielo para conferirme esa excelsa dignidad. Con su presencia llenaron este sitio de intolerable luz, y se arrodillaron ante mí, porque yo era más grande que ellos. Yo he andado por las salas del cielo y he hablado con los patriarcas. Toca mi mano, no temas, tócala. Acabas de tocar una mano que ha sido estrechada por Abraham, Isaac y Jacob, porque he andado por las salas de oro y he visto frente a frente a Dios Padre.

Se detuvo para dar mayor efecto a sus palabras y de pronto mudó de expresión y se volvió a poner en pie, diciendo con airado enojo:

–Sí; soy un arcángel, un mero arcángel, ¡yo, que podría haber sido papa! Es mucha verdad, me lo dijeron en el cielo, en un sueño, hace veinte años. ¡Ah, sí! Yo tenía que ser papa, yo habría sido papa, porque el cielo lo había dicho, pero el rey disolvió mi casa religiosa, y yo, pobre viejo, oscuro y sin amigos, me vi sin hogar en el mundo, y apartado de mis altos destinos.

Aquí empezó, otra vez a hablar entre dientes y se golpeó la frente con inútil rabia, profiriendo a intervalos unas fuertes maldiciones, y de cuando en cuando esta patética frase:

–Por eso no soy más que un arcángel, ¡yo, que debía ser papa!

Y así prosiguió por espacio de una hora, mientras el pobre rey se desesperaba sentado en su banco. De pronto se pasó el

frenesí del viejo, que volvió a ser todo amabilidad. Se le suavizó la voz, cayó de las nubes y empezó a charlar con tanta sencillez y tan humanamente, que no tardó en ganar por completo el corazón del rey. El viejo devoto hizo que el niño se acercan más al fuego para que estuviese mejor, le curó con diestra y tierna mano las contusiones y rozaduras, y se puso a preparar y a guisar una cena, todo esto sin dejar de charlar agradablemente, y acariciando de cuando en cuando la mejilla o la cabeza del niño con tanta dulzura, que al poco rato todo el temor y la aprensión inspirados por el arcángel se habían trocado en reverencia al hombre.

Este feliz estado de cosas prosiguió mientras los dos despachaban la cena. Luego, tras una plegaria ante la hornacina, el ermitaño acostó al niño en una pequeña habitación contigua y lo arropó con tanto cariño como si fuera una madre. De pronto se detuvo y se golpeó, varias veces la frente con la mano, como si tratara de recordar algún pensamiento que hubiera huido de su mente. No lo consiguió al parecer, y se levantó vivamente y entró en el cuarto de su huésped, a quien dijo:

—¿Eres el rey?

—Sí —respondió el niño, soñoliento. ¿Qué rey?

—El de Inglaterra.

—¿Entonces ha muerto Enrique?

—¡Ay! Así es. Yo soy su hijo.

El ermitaño enarcó el entrecejo y crispó la huesuda mano con vengativa energía. Permaneció unos momentos en pie, resollando fuerte y tragando saliva repetidas veces, y dijo con voz sombría:

—¿Sabes que él nos dejó sin casa ni hogar en este mundo?

No recibió respuesta. El viejo se inclinó para escudriñar el tranquilo semblante del niño y escuchar su plácida respiración.

—Duerme; duerme profundamente —dijo. Y el ceño desapareció de su frente, cediendo su puesto a una expresión de

satisfacción perversa. Por las facciones del dormido niño vagaba una sonrisa. El ermitaño refunfuñó: —Su corazón es feliz—. Y se alejó de allí.

Furtivamente empezó a dar vueltas, buscando algo por todas partes, deteniéndose a trechos a escuchar, y moviendo a veces la cabeza en torno para lanzar una mirada rápida a la cama; todo ello hablando sin cesar entre dientes. Por fin encontró lo que al parecer necesitaba: un enorme cuchillo mohoso y una piedra de afilar. Se puso después en cuclillas junto al fuego y empezó a afilar el cuchillo suavemente sin dejar de musitar, refunfuñar y rezongar...

Los brillantes ojos de algunos ratones aventureros contemplaban al viejo desde sus grietas y rendijas, pero el ermitaño proseguía su obra, absorto y sin observar nada. A largos intervalos pasaba el pulgar por el filo del cuchillo y movía la cabeza con satisfacción.

—Se va afilando —decía, bajito; se va afilando.

Sin reparar en el paso del tiempo, seguía trabajando tranquilamente.

Su padre nos hizo daño, nos destrozó y ha bajado el fuego eterno. Si, al fuego eterno. Se libró de nosotros, pero fue la voluntad de Dios. Si, fue la voluntad de Dios, no debemos lamentarnos. Pero no se ha librado del fuego eterno. No, no se ha librado de ese fuego abrasador, implacable sin remordimiento.

Y así continuó, afilando y afilando sin cesar refunfuñando, conteniendo a veces una risa áspera y a veces profiriendo palabras.

—Su padre fue el que lo hizo todo. Yo no soy más que arcángel, a no ser por él, sería papa.

El rey rebulló un momento, y el ermitaño se acercó sin hacer ruido al lado de su lecho y se arrodilló, inclinándose sobre el cuerpo del niño con el cuchillo levantado. Eduardo volvió a moverse y su ojos se abrieron un instante, pero sin interrogación, sin ver nada. Al momento siguiente su respiración acompasada mostró que su seno volvía ser profundo.

El ermitaño observó y escuchó un instante, sin cambiar de postura y sin respirar apenas. Por fin bajó lentamente el brazo y se apartó diciendo:

–Ha pasado ya la medianoche. No vaya a ser que grite si por acaso pasa alguien.

Volvió a su aposento, recogió aquí un andrajo, allá unas tenazas y allá otro harapo, y después volvió y con la mayor precaución se las compuso para atar los tobillos del rey sin despertarlo. Intentó luego ligarle las muñecas e hizo varias tentativas para cruzarlas, pero el niño apartaba siempre una mano u otra en el momento en que se disponía a aplicarles la cuerda; al fin, cuando el arcángel estaba próximo a la desesperación, el rey cruzó las manos por sí mismo y un momento después estuvieron atadas. El ermitaño le pasó luego una venda bajo la barbilla y por encima de la cabeza, donde la ató fuerte y con tanta suavidad, tan despacio y haciendo los nudos tan diestramente y con tanta fuerza, que el niño siguió durmiendo tranquilamente, sin dar señales de vida.

HENDON EL SALVADOR

EL ANCIANO SE APARTÓ, AGACHADO, con paso leve, como un gato, y acercó el banco. En él se sentó con medio cuerpo expuesto a la débil y vacilante luz y el otro medio en las sombras; y así, con los ávidos ojos clavados en el dormido niño, prosiguió su paciente vela, sin cuidarse del transcurso del tiempo y sin cesar de afilar suavemente el cuchillo, en tanto que no paraba de refunfuñar y hacer gestos, por su aspecto y su actitud no parecía sino una araña horrible y misteriosa, que se ensañara sobre un desdichado insecto indefenso caído en su tela.

Después de largo tiempo, el viejo, observó de pronto que los ojos del niño estaban abiertos y que se clavaban con helado terror en el cuchillo. Una sonrisa de diablo satisfecho asomó al semblante del ermitaño, que dijo sin cambiar de actitud ni ocupación:

–Hijo de Enrique VIII, ¿has rezado?

El niño luchó impotente contra sus ligaduras y al propio tiempo profirió por entre las cerradas mandíbulas un sonido ahogado, que el ermitaño quiso interpretar como respuesta afirmativa a su pregunta:

–Entonces reza otra vez, reza la oración de los moribundos. Se estremeció el cuerpo de Eduardo, cuya faz palideció.

Pugró otra vez por libertarse, retorciéndose a un lado y a otro y tirando con frenesí, desesperadamente, pero en vano, y entre tanto el viejo ogro no dejaba de sonreírle moviendo la cabeza y afilando plácidamente el cuchillo. De cuando en cuando refunfuñaba:

–Los momentos son preciosos, son pocos y preciosos. Reza la oración de los moribundos.

Lanzó el niño un gemido de desesperación, y jadeante cesó en sus forcejeos, luego asomaron a sus ojos las lágrimas, que cayeron una tras otra por su semblante. Pero este lastimero espectáculo no logró suavizar al loco.

Se acercaba ya el alba. Al advertirlo, el ermitaño habló bruscamente, con un matiz de temor nervioso en la voz:

–No debo demorar más tiempo. La noche ha pasado ya.

El viejo cayó de rodillas, cuchillo en mano, y se inclinó sobre el gemebundo niño.

¡Silencio! Oyó ruido de voces cerca de la choza y el cuchillo cayó de manos del ermitaño, el cual arrojó una piel de cordero sobre Eduardo y se levantó tembloroso. Aumentaron los ruidos, y pronto las voces sonaron bruscas y coléricas. Sobrevinieron luego golpes y gritos de socorro, y por fin el rumor de pasos rápidos que se retiraban. Inmediatamente se oyeron unos golpes en la puerta de la choza, seguidos de estas palabras:

–¡Abrid! ¡Despertad, en nombre de todos los diablos!

Este fue un sonido más grato que cuántas músicas sonaron jamás en los oídos del rey, por que era la voz de Miles Hendon.

El ermitaño, rechinando los dientes con impotente rabia, salió vivamente del cuarto, cerrando la puerta tras sí, y al instante oyó el rey una conversación semejante a ésta:

–Mí homenaje y mi saludo, reverendo señor.

–¿Dónde está el muchacho... mi muchacho?

–¿Qué muchacho, amigo?

–¿Qué muchacho? Vamos, señor ermitaño, y no trate de

engañarme, que no estoy de humor. Cerca de este paraje he cogido a los bellacos que me lo robaron y les he hecho confesar. Me han dicho que se había escapado otra vez y que le habían seguido hasta la puerta de esta choza. He visto sus huellas. No me demore más, porque le aseguro que si no me lo entrega... ¿Dónde está?

–¡Oh, mi buen señor! ¿Acaso se refiere al andrajoso vagabundo que vino aquí anoche? Ya que una persona como usted se interesa por un mendigo como él, pues ha ido a hacer un mandado. No tardará en venir.

–¿Cuánto tardará? ¿Cuánto tardará por volver?

–No necesita molestarse. Volverá pronto.

–Trataré de esperar. Pero...un momento. ¿Dice que ha ido a un mandado? ¿Lo ha enviado usted?

Eso es una mentira, porque él no habría ido. Le habría tirado de esas viejas barbas si hubiera osado tal insolencia. Ha mentido, amigo, seguramente ha mentido. No iría ni por usted ni por hombre alguno.

–Por otro hombre, no, por suerte, no. Pero yo no soy un hombre.

–¿Qué? Entonces en nombre de Dios, ¿qué es?

Es un secreto... Cuidad de no revelarlo. Yo soy un arcángel.

–Eso explica muy bien su complacencia. Harto sabía yo que no movería pie ni mano en servicio de ningún mortal, pero hasta un rey debe obedecer cuando un arcángel se lo manda. ¡Silencio! ¿Qué ruido es ese?

Entretanto, el reyecito, en el otro aposento, no paraba de temblar alternativamente de terror y de esperanza, y ponía en sus gemidos de angustia toda la fuerza que podía, aguardando siempre que llegaran a oídos de Hendon, y viendo siempre con amargura que no llegaban, o por lo menos que no le causaban impresión.

–¿Ruido? No he oído más que el viento.

—El viento sería tal vez. Es indudable: era el viento. Yo lo he estado oyendo débilmente mientras... ¿Otra vez? No es el viento. ¿Qué sonido tan raro! Vamos a ver qué es.

La alegría del rey era casi insoportable. Sus fatigados pulmones hicieron un terrible esfuerzo con la mayor esperanza, pero las sujetas quijadas y la piel de cordero que le ahogaba consiguieron frustrarlo. El corazón del pobre niño dio un vuelco al oír decir al ermitaño:

—¡Ah! Ha venido de fuera... creo que de ese bosquecillo.

El rey oyó que ambos salían hablando y que sus pisadas expiraban muy pronto; y se quedó solo en un terrible silencio de mal agüero.

Le pareció un siglo el tiempo que transcurrió, hasta que se acercaron de nuevo los pasos y las voces, y esta vez oyó, además, otro sonido, al parecer de los cascos de un caballo. Luego oyó a Hendon que decía:

—No espero más. Se habrá perdido en este espeso bosque. ¿Qué dirección ha tomado? ¡Pronto!

—¡Oh! Espere: iré con usted,

—Bueno, bueno. La verdad es que es mejor de que parece. Pienso que no hay otro arcángel con tan buen corazón como el suyo. ¿Quiere montar?

Puede subir en el asno que traigo para el muchacho, o ceñir con sus santas piernas el lomo de esta maldita mula que me he procurado. Y por cierto que me habrían engañado con ella, aunque hubiera costado menos de un penique.

—No subiré en su mula y tiraré del asno. Yo voy más seguro andando.

—Entonces haga el favor de cuidar el asno mientras yo arriesgo la vida en mi intento de montar en la mula.

Siguió una confusión de coces, pateos y saltos, acompañados de una atronadora mezcla de maldiciones, y finalmente de un amargo apóstrofe a la mula que debió de dejarla sin ánimo, porque

en aquel mismo momento parecieron cesar las hostilidades.

Con inenarrable dolor oyó el rey que las voces y los pasos se desvanecían y expiraban. Por un instante le abandonó toda esperanza y una desesperación sombría invadió su corazón.

—Han engañado a mi único amigo para librarse de él. Volverá el ermitaño y...

Terminó dando un respingo y en seguida se puso a forcejear frenéticamente con sus ligaduras, hasta lograr sacudir la piel de cordero que lo asfixiaba.

De pronto oyó abrirse la puerta y el sonido le heló hasta los huesos, pues ya le parecía sentir el cuchillo en su garganta. El horror le hizo cerrar los ojos; el horror le hizo abrirlos de nuevo... ¡y vio delante a Juan Canty y a Hugo!

Habría exclamado «¡Gracias a Dios!» si hubiera tenido libres las quijadas.

Uno o dos minutos más tarde sus miembros estaban en libertad, y sus raptores, cogiéndole cada cual de un brazo, se lo llevaron a toda prisa a través del bosque.

VÍCTIMA DE LA TRAICIÓN

UNA VEZ MÁS EL REY FU-FU I ANDUVO CON LOS VAGABUNDOS y los forajidos como blanco de sus groseras chanzas y de sus torpes burlas, y a veces víctima del despecho de Canty y de Hugo, cuando el jefe volvía la espalda. No le detestaban más que Hugo y Canty. Algunos de los demás le querían, y todos admiraban su valor y su ánimo. Durante dos o tres días, Hugo, a cuyo cargo y custodia se hallaba el rey, hizo subrepticamente cuanto pudo para molestar al niño, y de noche, durante las borracheras acostumbradas, divirtió a la reunión haciéndole pequeñas perrerías, siempre por casualidad. Dos veces pisó los pies del rey, como sin querer, y el rey, según convenía a su realeza despectivamente, fingió no darse cuenta de ello, pero a la tercera vez que Hugo se permitió la misma chanza, Eduardo lo derribó al suelo de un garrotazo, con inmenso júbilo de la tribu, Hugo, consumido de ira y de vergüenza, dio un salto, agarró a su vez un garrote y se lanzó furioso contra su menudo adversario. Instantáneamente se formó un ruedo entorno a los gladiadores y comenzaron las apuestas y los vítores. Pero el pobre Hugo estaba de mala suerte. Su torpe y grosera esgrima no podía servirle de nada frente a un brazo que había sido educado por los primeros maestros de Europa en las paradas, ataques y toda clase de

estocadas. El joven rey, alerta, pero con graciosa soltura, desviaba y paraba la espesa lluvia de golpes con tal facilidad y precisión que tenía admirados a los espectadores, y de cuando en cuando, no bien sus expertos ojos descubrían la ocasión, caía un golpe como un relámpago en la cabeza de Hugo, con lo cual los aplausos se oían en el ruedo. Al cabo de quince minutos. Hugo, apaleado, contuso y blanco de un implacable bombardeo de chanzas, abandonó el campo, y el ileso héroe de la lucha fue cogido y subido en hombros de la alegre canalla hasta el puesto de honor, al lado del jefe, donde con gran ceremonia fue coronado rey de los gallos de pelea. declarándole al mismo tiempo solemnemente abolido su anterior título.

Habían fracasado todas las tentativas de que el rey prestara sus servicios a los truhanes, pues Eduardo se había negado pertinazmente a obrar, y, además, a la continua trataba de escaparse. El primer día de su regreso le obligaron a entrar en una cocina que no estaba vigilada, pero no sólo salió de ella con las manos vacías, sino que trató de despertar a los moradores de la casa. Enviáronle con un calderero para que le ayudara en su trabajo, pero no quiso hacerlo y, además, amenazó al hombre con su propio soldador, y finalmente tanto Hugo como el calderero tuvieron harto trabajo sólo en evitar que se les escapara. El niño lanzaba los truenos de su realeza sobre las cabezas de cuantos cortaban su libertad o trataban de obligarle a servir.

Así transcurrieron varios días, y todas las miserias de aquella vida errante, y todo el cansancio y sordidez y toda la mezquindad y vulgaridad de ella, llegaron a ser paulatinamente tan intolerables para el cautivo, que éste empezó a decirse que el haberse librado del cuchillo del ermitaño no era, al fin y al cabo, todo lo más, sino un respiro temporal de la muerte,

Pero por la noche, en sueños, lo olvidaba todo y volvía a verse en su trono y gobernando. Esto, por supuesto, intensificaba los padecimientos al despertar, y así cada nueva mañana, de las

pocas que transcurrieron entre su vuelta a la esclavitud y la pelea con Hugo, fue siempre más y más amarga y más y más dura de soportar.

En la mañana que siguió a aquel combate. Hugo se levantó con el corazón lleno de propósitos vengativos contra el rey. En particular tenía dos planes. Uno consistía en infligir una humillación singular al altivo espíritu y a la *imaginaria* realeza de aquel muchacho, y de no lograrlo, su otro plan era imputar al rey un crimen de cualquier género y entregarlo a las implacables garras de la justicia. Prosiguiendo su primer plan, pensó poner un «clima» en la pierna del rey, juzgando acertadamente que lo mortificaría en alto grado, y en cuanto éste surtiera su efecto, se proponía conseguir la ayuda de Canty y obligar al rey a exponer la pierna en su camino y pedir limosna. «Clima» era el término que usaban los ladrones para designar una llaga artificial. Para producirla se amasaba una pasta o cataplasma con cal viva, jabón y óxido de hierro viejo y se extendía bien sobre un pedazo de cuero, que se ataba después muy fuerte a la pierna. Esto desprendía muy pronto la piel y ponía la carne viva y muy irritada. Luego frotaban sangre sobre el sitio llagado, la cual, al secarse, tomaba un color oscuro y repulsivo y, por último, ponían un vendaje de trapos manchados, con mucha habilidad, para que asomara la repugnante úlcera y despertara la compasión de los transeúntes.

Consiguió Hugo el auxilio del calderero a quien el rey había amenazado con el soldador, se llevaron al muchacho a una excursión en busca de trabajo, y en cuanto no pudieron verlos desde el campamento lo derribaron al suelo y el calderero lo sostuvo mientras Hugo le ponía el «clima» en la pierna.

El rey rabió y peleó, con promesa de ahorcar los dos en cuanto volviera a tener el cetro en sus manos, pero ellos lo sujetaron con fuerza, divirtiéndose con su impotente ira y burlándose de sus amenazas. Así continuaron hasta que empezó

a obrar la cataplasma, y al poco tiempo la obra se habría perfeccionado, de no haber sobrevenido una interrupción, pero la hubo, porque el esclavo que había pronunciado el discurso atacando las leyes inglesas se presentó en escena y puso término a la empresa, arrancando súbitamente las vendas y la cataplasma.

Quiso el rey agarrar el garrote de su liberador y calentar las costillas en el acto a los dos bribones, pero el hombre lo disuadió, alegando que eso traería disgustos y que era mejor aplazar el asunto hasta la noche, porque entonces, reunida toda la tribu, la gente extraña no se arriesgaría a interponerse ni a interrumpirlos. Volvióse la partida al campamento, y el libertador del rey contó el asunto al jefe, quien escuchó, reflexionó y decidió al fin que no dedicaran más al rey a mendigar, puesto que evidentemente era digno de algo mejor y más elevado, por lo cual en el acto le ascendió de las filas de los mendigos y le señaló para robar.

Hugo no cabía en sí de gozo. Ya había tratado de hacer que Eduardo robara, sin conseguirlo, pero ahora ya estaba todo arreglado, porque, como es natural, no se atrevería el rey, a desobedecer una orden terminante emanada del jefe. Así proyectó una correría para aquella misma noche, con el propósito de hacer caer al niño en las garras de la ley, y de lograrlo con tan ingeniosa estratagema, que pareciese cosa accidental y no intencionada.

Salió Hugo con su víctima en dirección a un pueblo vecino, y los dos fueron lentamente de calle en calle, uno de ellos esperando un momento seguro de conseguir su perverso propósito, y el otro aguardando con no menos ansia la coyuntura de escapar y de librarse para siempre de su infame cautiverio.

Ambos desperdiciaron algunas ocasiones que prometían bastante, porque en su interior estaban resueltos a proceder sobre seguro aquella vez.

La primera que llegó fue la ocasión de Hugo, porque al fin se acercó una mujer que llevaba en su cesto un paquete grueso. Los ojos de Hugo relucieron de perverso placer al decirle:

—¡Por mi vida! Si puedo imputarle eso al rey de los gallos de pelea, estará perdido.

Esperó y acechó, hasta que hubo pasado la mujer y la ocasión estuvo madura. Entonces dijo en voz baja:

—Espera que vuelva.

Y cautelosamente se lanzó tras su víctima.

Se llenó de alegría el corazón del rey, que podía ya escaparse si Hugo se alejaba, pero no había de tener suerte, Hugo se deslizó detrás de la mujer, le arrebató el paquete y volvió corriendo y envolviéndolo en un pedazo de manta vieja que llevaba al brazo. La mujer prorrumpió en gritos no bien, dio cuenta de la pérdida, aunque no había visto al ladrón. Hugo, sin detenerse, puso el paquete en las manos del rey, diciéndole:

—Ahora corre detrás de mí gritando «¡Al ladrón, al ladrón!», pero ten cuidado de despistarlos.

Un momento después volvió Hugo una esquina y se precipitó por un callejón, y en segunda volvió a aparecer a la vista como un ser indiferente o inofensivo y se situó tras un poste para observar los resultados de su treta.

El ofendido rey arrojó el paquete al suelo y la manta se cayó de él en el momento de llega, la mujer, seguida de una muchedumbre. La mujer agarró con una mano la muñeca de Eduardo, asió su paquete con la otra y empezó a dirigir una serie de insultos al niño, que luchaba sin resultado por desasirse de sus manos. Hugo había visto bastante. Su enemigo estaba capturado y la ley se las entendería con él. Por esta razón se escabulló jubiloso y sonriente y se encaminó hacia el campamento, fraguando por el camino una versión del asunto para contársela al jefe.

Continuó el rey forcejeando por soltarse de la mujer, y exclamaba, mortificadísimo:

—¡Suéltame, necia criatura! No he sido yo el que te ha despojado de tus bienes.

La muchedumbre se agrupó en torno, amenazando al rey y dirigiéndole insultos. Un herrero fornido con mandil de cuero y arremangado hasta los codos, quiso lanzarse sobre él, diciendo que iba a darle una paliza como lección, mas en aquel instante centelleó una espada en el aire y cayó de plano con convincente fuerza sobre el brazo del hombre, en tanto que su estrambótico dueño decía, como quien no quiere la cosa:

—Vamos a ver, buenas almas, procedamos con suavidad y no con malas palabras. Este es un asunto para que lo examine la justicia, no para que se trate privadamente. Suelta al muchacho. Buena mujer.

El herrero medió con la mirada al membrudo soldado y se alejó refunfuñando y rascándose el brazo. La mujer soltó a regañadientes la muñeca del niño y la muchedumbre miró al desconocido con poco afecto, pero prudentemente cerró la boca. El rey saltó al lado de su salvador con las mejillas encendidas y los ojos relucientes, y exclamó:

—Mucho te has demorado, pero ahora vienes oportunamente, sir Miles.

EL PRÍNCIPE PRISIONERO

HENDON SONRIÓ A SU PESAR, MIENTRAS SE INCLINABA Y cuchicheaba al oído del rey:

–Cuidado, príncipe. Habla con cautela... aunque mejor será que no hables. Confía en mí, que todo saldrá bien al final. –Y añadió para sí: «¡Sir Miles!» ¡Anda! ¡Ya se me había olvidado que era un caballero! ¡Cuán maravilloso es ver cómo se aferra su memoria a sus locuras...! Mi título es fantástico y necio, y, sin embargo, es una cosa que he merecido, porque a mi ver es más honor que le tengan a uno por digno de ser el espectro de un caballero en este reino de los sueños y de las sombras, que ser considerado lo bastante rastrero para ser conde en algunos de los reinos de verdad de este mundo.

La muchedumbre se apartó para dar paso a un alguacil, quien se aprestaba a poner manos en el hombro del rey, cuando dijo Hendon:

–Despacio, buen amigo. Retira la mano, porque él irá pacíficamente. Yo te respondo de ello. Guía, que te seguimos.

Echó a andar el alguacil con la mujer y su paquete, y Miles y el rey fueron en pos de ellos, seguidos por la turba. El rey se mostraba propenso a rebelarse, pero Hendon le dijo en voz baja:

–Reflexiona, señor, que tus leyes son la saludable emanación

de tu propia realeza. Si el que las dicta se resiste, ¿cómo podría obligar a los demás a respetarlas? En apariencia, se ha infringido una de esas leyes. Cuando el rey vuelva a estar en su trono, ¿podrá humillarle recordar que, cuando era particular, se sometió a la autoridad de las leyes?

Tienes razón; no digas más. Ya verás cómo cualquier sufrimiento que pueda imponer el rey de Inglaterra a un súbdito, con arreglo a la ley, lo padecerá él mismo mientras ocupa el puesto de un vasallo.

Cuando llamaron a la mujer a declarar ante el juez de paz, juró que el preso que se hallaba en la barra era la persona que había cometido el hurto. Como nadie podía demostrar lo contrario, el rey quedó convicto. Se deshizo el paquete, y cuando su contenido resultó ser un cerdito aderezado, el juez se mostró perplejo, mas el rey permaneció impertérrito por su ignorancia. Meditó el juez durante una pausa siniestra y luego se volvió a la mujer, preguntándole:

–¿Cuánto crees tú que vale eso?

–Tres chelines y seis peniques, señor –contestó la mujer, haciendo una cortesía–. No podría rebajar un penique para decir honradamente su valor.

El juez miró con cierto desasosiego a la muchedumbre y luego hizo una señal al alguacil, ordenando:

–Despejad la sala y cerrad las puertas.

Así se hizo, sin que quedaran dentro más que el juez y el alguacil, el acusado, la acusadora y Miles Hendon. Este último estaba tieso y pálido y de su frente brotaban gotas de sudor que caían por su semblante. El juez se volvió de nuevo a la mujer y dijo, con voz compasiva:

–Este es un pobre muchacho ignorante, que quizá ha sido hostigado por el hambre, porque son duros los tiempos para los desdichados. Repara en que no tiene cara de malvado, pero cuando acosa el hambre... ¿Sabes, buena mujer, que si se roba

una cosa de valor superior a trece peniques y medio, la ley dice que el ladrón debe ser ahorcado?

Estremecióse el rey, que abrió desmesuradamente los ojos de consternación, pero supo dominarse y guardar silencio. No así la mujer que se puso en pie de un salto, temblando de espanto y gritó:

—¡Oh Dios mío! ¿Qué he hecho? ¡Santo Cielo! Por nada del mundo querría que ahorcaran al infeliz. ¡Ah! Salvadme de eso señor. ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer?

Mantuvo el juez su judicial compostura y contestó sencillamente:

—Sin duda se puede revisar el valor, porque aún no está escrito en los autos.

—Entonces, en nombre de Dios, decid que el cerdo vale ocho peniques, y bendiga Dios el día que he descargado mi conciencia de un gran remordimiento.

En su júbilo Miles Hendon dejó de lado todo decoro y sorprendió al rey, olvidando su dignidad y lo estrechó contra su pecho. La mujer se despidió muy agradecida y partió con su cerdo, y cuando el alguacil le abrió la puerta la siguió a la estrecha antecámara. El juez se puso a escribir en sus autos. Hendon, siempre alerta, pensó que no estaría mal averiguar por qué había seguido el alguacil a la mujer, por lo cual salió de puntillas a la sombría antecámara y escuchó una conversación por el estilo de ésta:

—Es un cerdo muy gordo y promete estar riquísimo. Te lo voy a comprar. Aquí tienes los ocho peniques.

—¿Ocho peniques? ¡Está loco! Me cuesta a mí tres chelines y ocho peniques en buena moneda del último reinado.

—¿Ahora salimos con ésas? Has prestado juramento y has jurado en falso al decir que no valía de ocho peniques. Ven en seguida conmigo ante Su Señoría a responder de tu delito... y el muchacho será ahorcado.

—¡Calla, calla! No digas más, que a todo me allano. Dame los ocho peniques y cállate la boca.

Se fue la mujer corriendo, y Hendon volvió a la sala del tribunal, donde no tardó en seguirle el alguacil, después de ocultar su compra en un lugar conveniente. El juez escribió un momento más, y después leyó al rey un auto muy prudente y bondadoso, en el cual le sentenciaban a un corto encierro en la cárcel común, que sería seguido de una azotaina pública. El asombrado rey abrió la boca, y probablemente se disponía a ordenar que decapitaran en el acto al buen juez, cuando observó una seña de aviso de Hendon y logró cerrar los labios antes de proferir palabra. Hendon le tomó de la mano, hizo una reverencia al juez y ambos partieron hacia la cárcel, custodiados por el alguacil. En el momento en que llegaron a la calle, el airado monarca se detuvo, desprendió la mano de la de Hendon, y exclamó:

—¡Idiota! ¿Te imaginas que voy a entrar vivo en una cárcel pública?

—¿Quieres confiar en mí? Cállate y no vayas a empeorar nuestra situación con palabras peligrosas. Sucederá lo que Dios quiera, pero aguarda y ten paciencia, que tiempo sobrado habrá para rabiarse o regocijarnos después.

LA FUGA

EL BREVE DÍA DE INVIERNO TOCABA CASI A SU TÉRMINO. Las calles estaban desiertas, salvo unos cuantos transeúntes desperdigados, que corrían con la expresión grave de las personas que sólo deseaban cumplir su cometido lo más pronto posible para retirarse a sus casas, como defensa contra el creciente viento y contra la oscuridad que caía amenazadora.

No miraban ni a derecha ni a izquierda, ni prestaban atención a nuestros personajes, a quienes parecían no ver siquiera. Eduardo VI se preguntó si el espectáculo de un rey camino de la cárcel habría sido contemplado alguna vez con tan pasmosa indiferencia. No tardó el alguacil en llegar a un mercado desierto, que se dispuso a cruzar, mas cuando llegó al centro de él, Hendon le puso la mano en el hombro y le dijo, en voz baja:

—Espera un momento, que nadie nos oye y deseo decirte unas palabras.

Mi deber prohíbe escuchar. No me entretengas, que se acerca la noche.

—A pesar de todo, aguarda, porque el asunto te atañe muy de cerca. Vuélvete un momento de espaldas y finge que no ves. Deja que se escape ese pobre muchacho.

—¿A mí con ésas? Te prendo en...

—No, no te precipites. Andate con cuidado y no cometas una estupidez -agregó Hendon, bajando la voz hasta un susurro y hablando al oído del hombre—. El cerdo que has comprado por ocho peniques te puede costar la cabeza.

El pobre alguacil, cogido de sorpresa, se quedó sin hablar, mas instantáneamente empezó a proferir amenazas. Hendon, sin alterarse, esperó con paciencia, y luego dijo:

—Me has sido simpático amigo, y no quisiera que te ocurriera daño. Ten en cuenta que lo he oído todo, como te lo probaré.

Y a renglón seguido, le repitió palabra por palabra la conversación que el alguacil sostuvo con la mujer en la antecámara del tribunal, y terminó diciendo:

—¿Te lo he contado bien? ¿No crees que podría contárselo yo mismo al juez, si la ocasión lo requiriera?

—Mucho valor quieres darle tú a una chanza. No he hecho más que engañar a la mujer para divertirme.

—¿Y para divertirte guardas el cerdo?

—Sólo para ello, señor —repuso vivamente el alguacil—. Ya te he dicho que no fue más que una chanza.

—Empiezo a creerte —contestó Hendon, con acento en que se mezclaban la burla y la convicción—. Pero, aguarda aquí, mientras corro a preguntar a Su Señoría, porque sin duda, como hombre experto en leyes, en chanzas y en...

Quiso alejarse sin cesar de hablar, pero el alguacil vaciló, profirió uno o dos juramentos, y por fin exclamó:

—Espera, espera, señor. Te ruego que esperes un poco. ¡El juez! Tiene con los chanceros tan poca compasión como un cadáver. Ven y seguiremos hablando. Por lo visto estoy en un atolladero, y todo por una burla inocente e impensada. Señor, tengo familia; y mi mujer y mis hijos... Atiende a razones, señor. ¿Qué quieres de mí?

—Sólo que seas ciego, mudo y paralítico, mientras yo cuento hasta cien mil... Contaré despacio —dijo Miles Hendon, con la

expresión de un hombre que no pide sino un favor razonable y muy pequeño.

—Eso es mi perdición —dijo el alguacil, desesperado—. ¡Ah! Se razonable, señor. Examina el asunto por todos sus lados, y ve que es una pura chanza, una chanza manifiesta y evidente.

Hendon replicó, con una solemnidad que dejó helado hasta el aire que respiraba el alguacil:

—Esta chanza tuya tiene un nombre en la ley. ¿Sabes cuál es?

—No lo sabía. Acaso haya sido una imprudencia. No soñé siquiera que tuviera un nombre. ¡Ah, Santo Cielo! Creí que era una cosa original.

—Sí, Tiene un nombre. En la ley ese delito se llama *non compos mentis lex talionis sic transit gloria mundi*.

—¡Oh, Dios mío!

—Y su castigo es la muerte.

—¡Dios tenga piedad de mis culpas!

—Aprovechándote de la situación de una persona en peligro y que se hallaba a tu merced, te has apoderado de objetos de valor superior a trece peniques y medio sin pagar más que una miseria por ellos, y eso, a los ojos de la ley, constituye delito, *malhechoría* en el cargo, *ad hominem expurgatis in statu quo*, y la pena es la muerte a manos del verdugo, sin rescate, conmutación, ni beneficio.

—Sostenedme, señor, sostenedme, que me flaquean las piernas. ¡Tened piedad de mí! Evitadme esa sentencia, y me volveré de espaldas y no veré nada de cuanto ocurra.

—Bien; ahora eres sensato y razonable. ¿Y devolverás el cerdo?

—Sí, lo devolveré y no volveré a tocar otro aunque me lo envíe el Cielo por manos de un arcángel. Idos, que para vosotros estoy ciego y no veré nada. Diré que me has atacado y que por fuerza me has arrancado de las manos al prisionero.

—Hazlo así, buen alma, que no te ocurrirá daño. El juez ha tenido amorosa compasión de este pobre muchacho y no derramará lágrimas ni romperá la cabeza a ningún carcelero por su escapatoria.

HENDON HALL

NO BIEN SE VIERON HENDON Y EL REY LIBRES DEL ALGUACIL. Su Majestad recibió instrucciones de correr a un lugar determinado fuera del pueblo y esperar allí, mientras Hendon iba a la posada a pagar la cuenta. Media hora más tarde, los dos amigos se encaminaban alegremente hacia el Este, en las tristes cabalgaduras de Hendon. El rey iba ya abrigado y cómodo, porque había desechado sus andrajos para vestirse con el traje de segunda mano que Miles había comprado en el puente de Londres.

Quería el soldado guardarse de fatigar excesivamente al niño, pues consideraba que las jornadas duras, las comidas irregulares y la escasa cantidad de sueño serían perjudiciales para su perturbada mente, al paso que el descanso, la regularidad y el ejercicio moderado indudablemente apresurarían su curación. Anhelaba volver a ver en estado de buena salud aquella desquiciada inteligencia. Por consiguiente, se dirigió, a jornadas cortas, hacia el hogar de que llevaba tanto tiempo ausente, en lugar de obedecer a los impulsos de su impaciencia y correr hacia aquél día y noche.

Cuando hubieron traspuesto como diez millas, llegaron a un pueblo importante, donde se detuvieron a pasar la noche en una buena posada. Reanudáronse entonces las relaciones

primeras, manteniéndose Hendon detrás de la silla del rey mientras éste comía y asintiéndole, y luego durmiendo atravesado ante la puerta, envuelto en una manta.

El día siguiente y el otro continuaron su caminata despacio, sin cesar de hablar de las aventuras que habían corrido desde su separación, y gozando extraordinariamente con las respectivas narraciones. Hendon refirió todas sus correrías en busca del rey y le dijo cómo el arcángel le había conducido por todo el bosque, hasta llevarlo otra vez a la choza cuando al fin vio que no se podía desembarazar de él. Entonces, prosiguió, el viejo entró en la alcoba y volvió tambaleándose y en extremo alicaído, pues dijo que esperaba encontrarse con que el niño había vuelto y se había tendido a descansar, mas no era así. Hendon aguardó todo el día en la choza, y cuando al fin perdió la esperanza del regreso del rey partió otra vez en su busca.

—Y el viejo santurrón estaba en verdad apenado por la desaparición de Vuestra Majestad. Se lo conocía en la cara.

—No lo dudo, a fe mía —contestó el rey.

Tras lo cual refirió sus aventuras, que hicieron arrepentirse a Hendon de no haber acogotado al arcángel.

El buen humor del soldado adquirió extraordinario vuelo el último día del viaje. Sin dar paz a la lengua, habló de su anciano padre y de su hermano Arturo y refirió muchas cosas que revelaban el generoso carácter de ambos. Tuvo palabras de gran afecto para su Edita y, en suma, estaba tan animado, que hasta llegó a decir cosas amables y fraternales de Hugo. Habló largo y tendido de la futura llegada de Hendon Hall. ¡Qué sorpresa para todos y qué estallido de agradecimiento y deleite se observaría!

Era una comarca hermosa sembrada de casas de campo y huertos, y la carretera se tendía entre vastas praderas, cuyas lejanías, señaladas por suaves lomajes y depresiones, perfilaban constantes ondulaciones. Por la tarde, el hijo pródigo que regresaba a su hogar se desviaba continuamente de su camino para ver si,

subiendo a alguna loma, le sería posible atravesar la distancia y divisar su morada. Al fin lo consiguió, y exclamó, excitado:

—¡Aquel es el pueblo, príncipe, y allá se ve la casa! Desde ahí se alcanza a divisar las torres. Y aquel bosque es el parque de mi casa. ¡Ah! ¡Ya verás qué lujo y qué grandeza! ¡Una casa con setenta habitaciones, piénsalo, y con veintisiete criados! Bravo albergue para nosotros, ¿verdad? ¡Ea! Corramos, que mi impaciencia es grande.

Se apresuraron todo lo posible, mas a pesar de todo, eran las tres antes de llegar al pueblo. Los viajeros lo cruzaron sin que Hendon cesara de hablar.

Esta es la iglesia... cubierta con la misma hiedra, ni más ni menos. Allí está la posada, el viejo «León Rojo», y más allá el mercado. Nada ha cambiado, por lo menos nada más que la gente, porque en diez años la gente cambia. A algunos me parece conocerlos, pero a mí nadie me conoce.

Así continuó hablando, y no tardaron en llegar al extremo del pueblo, donde los viajeros se metieron por un camino estrecho y tortuoso que se abría entre elevados setos, y anduvieron por él al trote cerca de media hora, después de lo cual entraron en un amplio jardín por una veda magnífica, en cuyos grandes pilares de piedra se veían emblemas nobiliarios esculpidos. Se hallaban en una noble morada.

—¡Bien venido a Hendon Hall, rey mío! —exclamó Miles—. Este es un gran día. Mi padre, mi hermano y lady Edita sentirán tanta alegría que no tendrán ojos ni lengua más que para mí en los primeros momentos y así tal vez te parezca que te acogen fríamente; pero no hagas caso, que pronto te parecerá lo contrario, pues cuando yo diga que tú eres mi pupilo y les cuente lo que me cuesta el cariño que te tengo, ya verás cómo te estrechan contra su pecho y te entregan su casa y sus corazones para siempre.

En el momento siguiente se apeó Hendon delante de la gran puerta, ayudó a bajar al rey, lo tomó de la mano y corrió al inte-

rior. A los pocos pasos dieron en un espacioso aposento, entró el soldado e hizo entrar al rey con más prisa de la que convenía y corrió hacia un hombre que se hallaba sentado a un escritorio frente a un abundante fuego.

—¡Abrázame, Hugo, y di que te alegras de volver a verme! ¡Llama a vuestro padre, porque esta casa no es mi casa hasta que yo estreché su mano y vea su rostro y oiga su voz una vez más!

Pero Hugo retrocedió, después de revelar una sorpresa momentánea, y clavó la mirada en el intruso, una mirada que revelaba al principio algo de dignidad ofendida, pero que se mudó al instante, como respondiendo a un pensamiento o propósito interno, en una exclamación de maravillada curiosidad, mezclada de compasión, real o fingida. De pronto, dijo con suave acento:

—Tu razón parece perturbada, ¡oh, pobre desconocido! Sin duda has sufrido privaciones y tratos rudos en el mundo, como parecen revelar tu cara y tu vestido. ¿Por quién me tomas?

—¿Por quién te tomo? ¿Por quién te voy a tomar sino por quien eres? Te tomo por Hugo Hendon —dijo enojado Miles.

El otro continuó con el mismo tono suave:

—¿Y quién te imaginas ser?

—No se trata aquí de imaginaciones. ¿Pretendes que no conoces a tu hermano Miles Hendon?

En el semblante de Hugo apareció una expresión de agradable sorpresa.

—¡Cómo! ¿No bromeas? —exclamó—. ¿Pueden los muertos volver a la vida? Loado sea Dios, si así es. ¿Nuestro pobre muchacho perdido vuelve a nuestros brazos después de estos crueles años? ¡Ah! Parece demasiado bueno para ser verdad. Es demasiado bueno para ser verdad. Te ruego que tengas compasión y no bromees conmigo. ¡Pronto! Ven a la luz. Déjame que te mire bien.

Cogió a Miles del brazo, lo arrastró a la ventana y empezó a devorarlo con los ojos de pies a cabeza, volviéndolo a uno y otro

lado y dando vueltas vivamente en torno de él para examinarlo desde todos los puntos de vista, en tanto que el hijo pródigo, radiante de alegría, sonreía, reía y no cesaba de mover la cabeza, diciendo:

–Sigue, hermano, sigue, y no temas. No hallarás miembro ni facción que no pueda soportar el contraste. Escudriñame a tu talante, mi buen Hugo.

Soy, en efecto, tu viejo Miles, el mismo viejo Miles, el hermano perdido. ¿No es eso? ¡Ah! ¡Este es un gran día, ya decía yo que era un gran día!

Iba a arrojarse sobre su hermano, pero Hugo levantó una mano para detenerle y dejó caer la cabeza sobre el pecho con dolorida expresión, diciéndole, emocionado:

–¡Ah! Dios en su bondad me dará fuerzas para sobrellevar este terrible desencanto.

Miles, asombrado, estuvo un momento sin poder hablar, mas al fin recobró el uso de la lengua y exclamó:

–¿Qué desencanto? ¿No soy tu hermano? Movié Hugo tristemente la cabeza y dijo: –Quiera el Cielo que sea verdad y que otro, ojos encuentren la semejanza que se oculta a los míos.

¡Ah! Mucho recelo que la carta dijese una triste verdad.

–¿Qué carta?

–Una que vino de allende los mares, hace seis o siete años. Decía que mi hermano murió en un combate.

–Era mentira. Llama a nuestro padre, que él me conocerá.

–No se puede llamar a los muertos.

–¿Muerto? exclamó Miles con voz apagada y temblorosos labios. ¿Mi padre, muerto? ¡Oh! Esta es una terrible noticia. La mitad de mi alegría se ha desvanecido ya. Déjame ver a mi hermano Arturo, que él me conocerá, él me conocerá y sabrá consolarme.

–También Arturo ha muerto.

–¡Dios tenga piedad de mí! ¡Muertos! ¡Los dos, muertos!

Muertos los dignos y vivo el indigno, que soy yo. ¡Ah! Te lo imploro. No digas que lady Edita ha muerto también .

–Lady Edita, vive.

–¡Entonces, loado sea Dios! Mi alegría vuelve a ser completa. Corre, hermano, haz que venga a mí. Si ella dice que yo no soy yo... Pero no lo dirá. No, no, ella me conocerá. He sido un necio al dudarle.

–Tráela aquí. Trae a los criados antiguos, que ellos me conocerán también.

–Han muerto todos menos cinco: Pedro, Halsey, David, Bernardo y Margarita,

Al decir esto salió Hugo del aposento, y Miles se quedó meditando un rato y luego empezó a dar paseos, diciendo entre dientes:

Los cinco archibellacos han sobrevivido a los veintidós leales y honrados... ¡Cosa rara!

Continuó andando a un lado y otro sin cesar de hablar para sí, pues se había olvidado por completo del rey, mas de pronto Su Majestad dijo gravemente y con acento de verdadera compasión, aunque sus palabras podían interpretarse en sentido irónico:

–No te duelas de tu desventura, buen amigo. Otros hay en el mundo cuya identidad se niega y cuyos derechos se toman a chacota. No estás solo.

–¡Ah, señor mío! –exclamó Hendon, sonrojándose levemente. No me condenes. Espera, que ya verás. No soy un impostor: ella lo dirá. Lo oirás de los más dulces labios de Inglaterra. ¿Yo, un impostor? Yo conozco esta vieja casa, esos retratos de mis antepasados y todo lo que nos rodea, como conoce un niño su propio cuarto. Aquí nací y me eduqué, señor mío. Y aunque nadie más me crea, te ruego que no dudes tú de mí.

–No dudo de ti –dijo el rey con infantil sencillez y convencimiento.

—Te doy las gracias con toda mi alma —exclamó Hendon con un fervor que revelaba su emoción.

—Y el rey añadió con la misma sencillez admirable: ¿Dudas tú de mí?

Invadió a Hendon una confusión culpable, que le hizo sentirse aliviado al abrirse la puerta para dar paso a Hugo, ahorrándole así la necesidad de replicar.

Una hermosa dama ricamente vestida seguía a Hugo, y detrás de ella llegaban varios criados con librea la dama se acercó, lentamente, con la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo. Su semblante revelaba una inefable tristeza. Miles Hendon se precipitó hacia delante, exclamando:

—¡Oh, Edita mía, alma mía!

Pero Hugo le hizo retroceder gravemente, diciendo a la dama:

—Miradle. ¿Le conoces?

Al oír la voz de Miles, la dama se sobresaltó levemente, sus mejillas se tiñeron de rubor y tembló todo su cuerpo. Permaneció inmóvil durante una emocionante pausa de algunos segundos, y al fin levantó lentamente la cabeza y clavó sus ojos en los de Hendon, con mirada pétrea y asustada. Su semblante se tornó muy pálido y al fin dijo la dama, con voz tan muerta como el rostro:

—No le conozco. —Dió media vuelta, ahogando un gemido y un sollozo, y salió temblando del aposento.

Miles se dejó caer en una silla y se cubrió la cara con las manos. Después de una pausa, preguntó su hermano a los criados:

—Ya lo han visto. ¿Lo conocen?

Todos movieron la cabeza negativamente, y entonces el amo dijo:

—Los criados no te conocen, señor. Sin duda hay un error. Ya has visto que mi mujer no te conoce.

—¿Tu mujer?

Inmediatamente se vio Hugo acorralado contra la pared, con una mano de hierro en la garganta.

—¡Ah, maldito zorro! ¡Todo lo veo claro! ¡Tú mismo escribiste la fingida carta, cuyo trato han sido mi novia y mis bienes robados! ¡Ea! Vete de aquí, porque no quiero mancillar mi honrada condición con la muerte de un perro tan despreciable.

Hugo, encendido y casi sofocado, se tambaleó hasta la silla próxima y ordenó a los criados que asieran y ataran al desconocido agresor. Titubearon, y uno de ellos dijo:

—Está armado, sir Hugo, y nosotros no lo estamos.

—¿Armado? ¿Y qué importa, siendo tantos? ¡A él, les digo!

Pero Miles les previno que anduvieran con tiento en lo que hacían, y añadió:

—Todos me conocen de antiguo; yo no he cambiado. Vengan aquí, si les place.

Este recuerdo no envalentonó mucho a los criados, que siguieron acobardados.

—Entonces vayan a armarse bribones, y guarden las puertas mientras yo envío a uno por la guardia —exclamó Hugo. Y volviéndose en el umbral, dijo a Miles: —Será ventajoso para ti que no intentes escapar.

—¿Escaparme? No te apures por eso, si es eso lo que te apura, porque Miles Hendon es el amo de Hendon Hall y toda, sus pertenencias. Y seguirá siéndolo, no lo dudes.

REPUDIADO

EL REY ESTUVO MEDITANDO UNOS INSTANTES y al fin levantó la vista y dijo:
 –¡Extraño, extrañísimo! No puedo explicármelo, por más que pienso.

–No, no es extraño, señor. Conozco a mi hermano y su conducta es muy natural. Ha sido un bellaco desde que nació.

–¡Oh! No hablaba de él, sir Miles.

–¿No hablabas de él? Pues ¿de quién? ¿Qué es lo que extrañas?

–Que no echen de menos al rey.

–¿Cómo? ¿Qué? No comprendo.

–¿De veras? ¿No te parece en extremo raro que el país no esté lleno de correos y de pregones que describan mi persona y me busquen? ¿No es asunto de conmoción ni de disgusto que el jefe de Estado haya desaparecido, que yo me haya evaporado en el aire?

–Sí, muy cierto es, se me había olvidado –repuso Hendon, que suspiró y dijo para su capote:

«¡Pobre mollera perdida!... Aún sigue con su doloroso sueño».

Pero tengo un plan que nos hará justicia a los dos. Escribiré una carta en tres lenguas, latín, griego e inglés, y tú mañana por

la mañana saldrás corriendo con ella hacia Londres. No se la des a nadie más que a mi tío, lord Hertford, que cuando él la vea sabrá que yo la he escrito, y entonces enviará por mí.

–¿No sería mejor, príncipe, que esperásemos aquí hasta que yo demuestre quién soy y asegure mi derecho a mis bienes? Así podrías mucho mejor..

–¡Calla! le interrumpió el rey imperiosamente–. ¿Qué significan tus pobres dominios, tus vulgares intereses, al lado de cosas que conciernen al bienestar de la nación y a la integridad de un trono? –Y añadió con voz más dulce, como si se arrepintiera de su severidad–: Obedece y no temas, que yo enderezaré tu entuerto y te restableceré en todo. Sí, en más que todo. Yo lo recordaré.

Al decir esto tomó la pluma y se puso a trabajar. Hendon le contempló amorosamente un rato y luego se dijo:

–Si estuviéramos a oscuras pensaría que ha sido un rey el que ha hablado. No cabe negar que cuando le da la vena, lanza truenos y relámpagos como un verdadero rey. ¿De dónde habrá sacado esa triquiñuela? Escribir tan satisfecho unos garabatos sin significado, imaginándose que son latín y griego... Y como mi ingenio no se dé con un arbitrio feliz para apartarle de su propósito, me veré obligado mañana a fingir que salgo a cumplir el cometido que ha inventado para mí.

Al momento siguiente, los pensamientos de sir Miles volvieron al reciente episodio. Tan absorto estaba en sus meditaciones, que cuando el rey le entregó el papel que había escrito, lo recibió y guardó sin darse cuenta de ello.

–¡Qué conducta tan rara ha sido la suya! –dijo entre dientes–. Yo creo que me ha conocido... y creo que no me ha conocido. Estas opiniones son contradictorias, lo veo claro. No me es posible conciliar ni desechar ninguna de las dos, ni siquiera persuadir a una de que venza a la otra. El caso sencillamente es este: ha de haber conocido mi cara, mi figura y mi voz, porque

¿como podría ser de otro modo? Sin embargo, ha dicho que no me conocía, y eso es una prueba absoluta, porque no es capaz de mentir. Pero... ¡un momento!... Creo que empiezo a comprender. Acaso él ha influido en ella, le ha ordenado que mienta, la ha obligado a mentir. Esa es la solución: el enigma está descifrado. Pareciera muerta de terror... Sí, estaba bajo su coacción. Yo la veré, yo la encontraré. Ahora que él está fuera, ella me dirá la verdad, recordará los antiguos tiempos en que éramos compañeros de juegos y esto le ablandará el corazón y no me repudiará más, sino que confesará quien soy. Siempre ha sido honrada y leal. Me amaba en aquellos días de antaño—. Esa es mi garantía, porque no se puede hacer traición a la persona a quien se ha amado.

Se acercó ávidamente a la puerta, que se abrió en aquel momento para dar paso a lady Edita. Esta llegaba muy pálida, pero con paso firme, y su continente estaba lleno de gracia y de gentil dignidad. Su semblante se ofrecía tan triste como antes.

Miles dio un salto hacia adelante, con serena confianza, para salirle al encuentro, pero Edita le contuvo con un ademán casi imperceptible y el soldado se detuvo. Sentóse la dama y le pidió que hiciera otro tanto.

Así, sencillamente, le hizo perder la sensación de antiguo compañerismo y lo transformó en un desconocido y en un huésped. La sorpresa, lo inesperado del momento, obligó Miles a preguntarse un instante si era, en efecto, la persona que pretendía ser. Lady Edita habló así:

—He venido a preveniros, caballero. Acaso no es posible disuadir de su engaño a los locos, pero sin duda se les puede persuadir a que eviten peligros. Crea que ese sueño suyo tiene la apariencia de una verdad honrada, y no es, por tanto, criminal... Pero no permanezcas aquí con él, porque es peligroso. —Y añadió con impresionante voz y mirando de lleno al rostro de Miles: Es tanto más peligroso, cuanto que te pareces mucho al que habría sido nuestro difunto hermano, si hubiera vivido.

—¡Cielos, señora! ¡Si soy yo mismo!

—Creo, en verdad, que tú lo piensas, caballero. No pongo en duda tu honradez; no hago sino prevenirte. Mi marido es señor de esta región, su poder apenas conoce límites, la gente prospera o muere de hambre según sea su voluntad. Si no te parecieras al hombre que dices ser, mi marido podría consentir que disfrutaras pacíficamente de tu sueño, pero le conozco bien y sé lo que hará. Dirá a todos que no eres sino un loco impostor y todos le harán caso sin vacilar. —Volvió a clavar en Miles la mirada y agregó: Si fueras Miles Hendon y él lo supiera, y lo supiera toda la comarca... fíjate bien en lo que diga y medítalo bien, estarías en el mismo peligro y tu castigo no sería menos cierto. El te negaría y te denunciaría, y nadie tendría la audacia de salir en tu defensa.

—Lo creo sin vacilar —contestó Miles amargamente—. La persona que puede ordenar a una amiga de toda la vida que traicione y niegue, y que es obedecida, puede muy bien esperar obediencia en los lugares en que juegan el pan y la vida y se tienen en cuenta vínculos de lealtad y honor.

Un débil rubor apareció un instante en la mejilla de la dama, que desvió la vista al suelo, pero su voz no reveló emoción al proseguir:

—Te he prevenido y debo prevenirte aún que te vayas de aquí. De lo contrario ese hombre te perderá. Es un tirano que no conoce la compasión.

Yo, que soy su esclava encadenada, lo sé muy bien. El pobre Miles, y Arturo, y mi querido tutor, sir Ricardo están libres y reposan. Más te valdría estar con ellos que quedarte aquí, en las garras de ese malvado. Tus pretensiones son una amenaza para su título y sus bienes. Le has agredido en su propia casa y estás perdido, si te quedas. No vaciles. Si te falta dinero, toma este bolsillo que te ofrezco y soborna a los criados para que te dejen pasar. ¡Oh! Escucha mi aviso, infeliz, y escápate mientras estás a tiempo.

Rechazó Miles el dinero con un ademán y se levantó diciendo:

—Concédeme una cosa. Fija en los míos tus ojos, para que yo me convenza de que están serenos.

—¡Así! Ahora respóndeme: ¿Soy yo Miles Hendon?

—No; no te conozco.

—¡Júralo!

La respuesta sonó en voz baja, pero clara.

—Lo juro.

—¡Oh! ¡Esto es inconcebible!

—¡Huye! ¿Porqué malgastas un tiempo precioso?

—¡Huye y sálvate!

En este momento penetraron los alguaciles en la estancia y comenzó una violenta lucha. Hendon no tardó en ser dominado y preso. Lleváronse también al rey y ambos fueron maniatados y conducidos a la cárcel.

EN LA CÁRCEL

COMO TODAS LAS CELDAS ESTABAN OCUPADAS, los dos amigos fueron encadenados en un gran aposento, donde se custodiaba a las personas acusadas de delitos de menor cuantía. Tenían compañía, porque había allí unos veinte presos, con esposas y grilletes de uno y otro sexo y diversas edades, que tomaban una cuadrilla obscena y ruidosa. El rey se lamentaba amargamente de la indignidad a que se veía sometida su realeza, pero Hendon estaba sombrío y taciturno, pues se hallaba completamente aturdido. Había llegado a su hogar como un hijo pródigo, jubiloso con la esperanza de hallar a todo el mundo enloquecido de alegría por su retorno, y en vez de ello no encontraba más que frialdades y una cárcel. La esperanza y la realidad eran tan distintas, que su contraste abrumaba a Hendon, el cual no podía decir si era trágico o grotesco.

Pero gradualmente sus confusos y atolondrados pensamientos adquirieron una especie de orden, y entonces su imaginación se concentró en Edita. Recapacitó sobre su conducta y la examinó, a todas las luces, mas no pudo sacar nada en claro de ella. ¿Le conocía o no le conocía? Este era un enigma insoluble, que le torturó largo rato; mas finalmente llegó a la convicción de que la dama le conocía y lo había negado por razones interesadas.

Envueltos en mantas de la cárcel, manchadas y hechas jirones. Hendon y el rey pasaron una noche terrible. Un carcelero sobornado había suministrado bebidas a algunos de los presos, y la consecuencia natural de ello fue que éstos entonaron canciones obscenas, riñeron, gritaron y armaron un alboroto de todos los diablos. Al fin, poco después de medianoche, un hombre agredió a una mujer y casi la mató, golpeándole la cabeza con las esposas antes que el alcaide pudiera acudir a salvarla. El alcaide restableció la paz propinando al preso una buena paliza, y entonces cesó el escándalo y pudieron dormir todos aquellos que no se enteraban de los gemidos y lamentos de los heridos.

En la semana siguiente, días y noches fueron de monótona igualdad en punto a acontecimientos. Hombres, cuyo semblante recordaba Hendon más o menos distintamente, llegaban de día a mirar al «impostor» y a repudiarle e insultarle, y por la noche los alborotos y las peleas proseguían con metódica regularidad. No obstante, al fin sobrevino un accidente nuevo. El alcaide hizo entrar a un anciano y le dijo:

–El bellaco está en esa sala. Mira en torno y a ver si puedes conocer quién es.

Hendon levantó la vista y experimentó una sensación agradable por primera vez desde que estaba en la cárcel. Díjose: «Este es Blake Andrews, que fue toda la vida criado de la familia de mi padre. Es una alma honrada, un corazón leal, es decir, lo era, porque ahora no hay ninguno leal, todos son embusteros. Ese hombre me conocerá... y me negará, como todos los demás».

El viejo miró en torno de la sala, examinando uno a uno todos los semblantes, y finalmente dijo:

–No veo aquí más que bribones desorejados, la hez de las calles. ¿Quién es él?

El alcaide rompió a reír.

–¡Ahí! –dijo–. Mira a ese animalucho y dame tu opinión.

Se acercó el viejo y contempló de arriba a abajo a Hendon; luego movió gravemente la cabeza y dijo:

–Este no es Hendon ni lo ha sido nunca.

–Cierto. Tus viejos ojos funcionan bien todavía. Si yo fuera sir Hugo, cogería a ese tunante y...

El alcaide terminó poniéndose de puntillas como si le levantase una cuerda imaginaria y haciendo al mismo tiempo un ruido gutural que indicaba la estrangulación. El viejo exclamó con rencoroso acento:

–Ya podrá bendecir a Dios si no escapa peor. Si yo tuviera que ajustarle las cuentas, se vería tostado, a fe mía.

Estalló el alcaide en una carcajada de hiena y gruñó:

–Puedes entendértelas con él, viejo, como hacen todos. Ya verás cómo te diviertes.

Salió el alcaide de la sala y desapareció. Entonces el anciano cayó de rodillas y cuchicheó:

–¡Loado sea Dios, que por fin has venido! ¡He estado siete años creyendo que habías muerto, y ahora te veo vivo! Te he conocido en el momento de mirarte, y mucho trabajo me ha costado conservar la cara impasible y fingir no ver aquí más que bribones de siete suelas y basura de la calle. Soy viejo y pobre sir Miles, pero di una palabra y saldré a pregonar la verdad, aunque me ahorquen por ello.

–No –contestó Hendon–; no lo harás. Te perderías tú y de poco servirías a mi causa. Pero te doy las gracias porque me has devuelto mi perdida fe en el género humano.

El viejo criado resultó ser de gran provecho para Hendon y el rey, porque se presentaba varias veces al día para «insultar» al primero, y siempre entraba de contrabando alguno, manjares delicados, para mejorar la comida de la cárcel. También le trajo las noticias que corrían.

Hendon reservó los alimentos para el rey, pues sin ello Su Majestad no habría sobrevivido, porque no le era posible comer

el grosero alimento suministrado por el alcaide. Andrews tenía que limitarse, a visitas breves, para despistar las sospechas, pero en cada una de ellas se las compuso para dar bastantes informes, pronunciados en voz baja e intercalados de epítetos insultantes, que profería en alta voz para que los demás lo oyeran.

Así, poco a poco, supo Hendon la historia de su familia. Hacía unos seis años que Arturo había muerto. Esta pérdida, unida a la falta de noticias de Hendon, empeoró la salud del padre, el cual creyó que iba a entregar el alma y quiso ver a Hugo y a Edita casados antes de su muerte. Edita suplicó con todas sus fuerzas una demora, para esperar el regreso de Miles. De pronto vino la carta con la noticia de la muerte del soldado. El golpe postró en cama a sir Ricardo, quien creyó que se acercaba su fin, y él y Hugo insistieron en el matrimonio. Edita suplicó y obtuvo un mes de respiro, y luego otro, y finalmente un tercero, mas por fin el matrimonio se celebró junto al lecho de muerte de sir Ricardo. No fue feliz. Decíase en la comarca que poco después de las nupcias, la esposa halló entre los papeles de su marido varios bosquejos toscos e incompletos de la carta fatal, y le acusó de haber precipitado el matrimonio y al mismo tiempo la muerte de sir Ricardo con una villana falsificación. Todo el mundo contaba detalles de la crueldad del marido para Edita y los criados, pues desde la muerte de su padre sir Hugo arrojó de sí todo disfraz de blandura y se convirtió en un amo implacable para todos aquellos cuya vida, en cualquier modo, dependía de él y de sus dominios.

Hubo una parte de las revelaciones de Andrews que el rey escuchó con vivo interés.

—Corre el rumor de que el rey está loco, pero por Dios no digas que te lo he confiado, porque aseguran que el hablar de ello se castiga con la muerte.

Miró Su Majestad al anciano y dijo:

—El rey no está loco, buen hombre, y te será provechoso

pensar y hablar cosas que te conciernen más de cerca que esa charla sediciosa.

—¿Qué quiere decir ese chico? preguntó Andrews, sorprendido ante aquel vivo ataque en un lugar inesperado.

Hendon le hizo una seña y el viejo no prosiguió su pregunta, sino que continuó con sus noticias.

—El difunto rey será enterrado en Windsor dentro de uno o dos días, el dieciséis de este mes, y el nuevo rey será coronado en Westminster el día veinte.

—Me parece que primero necesitarán encontrarlo —dijo Su Majestad entre dientes. Y añadió confiado—: Pero ya cuidarán de ello... y también cuidaré yo.

—En nombre de... Pero el viejo, sin terminar su frase, pues le contuvo una seña admonitoria de Hendon, reanudó de esta suerte el hilo de sus informes: sir Hugo va a la coronación, y con grandes esperanzas, pues piensa volver hecho un Par*, ya que goza de gran predicamento con el lord protector.

—¿Qué lord protector? preguntó Su Majestad.

—Su Gracia el duque de Somerset.

—¿Qué duque de Somerset?

No hay más que uno, a fe mía... Seymour, conde de Hertford.

El rey preguntó con enojo:

—¿Desde cuándo es duque y lord protector?

—Desde el último de enero.

¿Y quién le ha nombrado tal?

—El mismo y el gran Consejo... con el beneplácito del rey.

—¿Del rey? —exclamó Su Majestad, sobresaltandose—. ¿Qué rey?

—¿Qué rey, pregunta? (Dios santo, ¿qué tendrá este muchacho?). Puesto que no tenemos mas que uno, no es difícil responder: Su Majestad el rey Eduardo VI, que Dios guarde. Tanto si está loco como si no... y dicen que ya mejorando de día

en día, a todo el mundo se le oyen alabanzas de él, y todos le bendicen, y rezan todos porque reine mucho tiempo en Inglaterra, porque ha empezado humanamente, salvando la vida del viejo duque de Norfolk, y ahora se propone abolir las leyes más crueles que explotan y oprimen al pueblo.

Esta noticia dejó a Su Majestad mudo de asombro y le sumió en una meditación tan profunda y triste, que no oyó nada más de la charla del viejo. Se preguntaba si el muchachito guapo sería el mendigo a quien dejó en palacio vestido con sus propias ropas. No le parecía esto posible, porque muy pronto sus maneras y sus palabras le harían traición si pretendía ser el príncipe de Gales, y en seguida le arrojarían del palacio para buscar al verdadero príncipe. ¿Sería posible que la Corte hubiera puesto en su lugar a un retoño de la nobleza? No, porque su tío no lo habría consentido. Las meditaciones del niño no le sirvieron de nada, pues cuanto más trataba de adivinar el misterio, más perplejo se sentía, más le dolía la cabeza y más intranquilo era su sueño. Su impaciencia por llegar a Londres crecía de hora en hora, y su cautiverio se le hizo insoportable.

Las artes de Hendon fracasaron con el rey, que no se dejaba consolar, lo consiguieron mejor dos mujeres que estaban encadenadas cerca de él y en cuyas tiernas palabras y solicitud halló, Eduardo sosiego y adquirió cierto grado de paciencia. Sentíase muy agradecido y llegó a quererlas mucho y a apreciar el dulce influjo de su presencia. Cuando supo que estaban en la cárcel por sus ideas, pues dijeron que eran baptistas, el rey sonrió y preguntó:

—¿Es ese un delito para que le encierren a uno en la cárcel? Ahora me apena saber que voy a perderos, porque no os tendrán así mucho tiempo por una cosa tan pequeña.

Las mujeres no respondieron, pero algo en su semblante puso inquieto al rey, que preguntó con vehemencia:

—¿Por qué se callan? Sean buenas conmigo y díganme: No habrá otro castigo, ¿verdad? No hay temor de eso.

Trataron de cambiar de conversación, pero los temores del rey se habían despertado, obligándole a proseguir:

—¿Las azotarán? No, no creo que serán tan crueles. No las azotarán, ¿verdad?

Las mujeres revelaron confusión y pena, pero como no había manera de esquivar la respuesta, dijo una de ellas, con voz desgarrada por la emoción:

—¡Oh! Nos destrozas el corazón, alma cándida. Pero Dios nos ayudará a soportar...

—Te azotarán los empedernidos verdugos. ¡Oh! No llores, que no puedo sufrirlo. Conserva el valor. Yo recobraré mi realeza a tiempo de salvarte de esa amargura, y no dudes que he de hacerlo.

Cuando despertó el rey a la mañana siguiente, las mujeres habían desaparecido.

—Se han salvado exclamó alegremente; pero añadió al punto con tristeza—: Mas ¡ay de mí! Ellas eran las que me consolaban.

Cada una de las presas había dejado un pedazo de cinta prendida en las ropas de Eduardo, como muestra de recuerdo. El niño se dijo que las conservaría siempre y que no tardaría en buscar a aquellas buenas amigas para tomarlas bajo su protección.

En aquel momento volvió el alcaide con algunos de sus subordinados, y ordenó que los presos fueran conducidos al patio de la cárcel. El rey se puso muy alegre, porque era una cosa magnífica volver a ver el azul del cielo y respirar una vez más el aire fresco. Se apuró, al fin le llegó la vez y se vio libertado de su cadena, con la orden de seguir con Hendon y todos los demás presos.

El patio era cuadrado, con el pavimento de piedra y descubierto. Los presos entraron en él por una maciza arcada de mampostería y fueron colocados en fila, en pie y de espalda a la pared. Tendieron una cuerda delante de ellos, y además los custodiaban los carceleros. Era una mañana fría y despacible, y

un poco de nieve que había caído durante la noche blanqueaba el gran recinto vacío y aumentaba la tristeza general de su aspecto. De cuando en cuando, un viento invernal soplabla en el patio y producía pequeños remolinos de nieve.

En el centro del patio se hallaban dos mujeres atadas a sendos postes. Una mirada bastó al rey para ver que eran sus buenas amigas. Eduardo se dijo:

—¡Ay! No han sido libertadas, como yo creía. ¡Pensar que unas mujeres como esas conozcan el látigo en Inglaterra! Esa es la mayor vergüenza, que no sea en país de paganos, sino en la cristiana Inglaterra. Las azotarán, y yo, a quien han consolado y tratado bondadosamente, tendré que ver cómo se les infiere semejante agravio. Es extraño que yo, que soy la misma fuente del poder en este extenso reino, me vea imposibilitado de protegerlas. Pero bien pueden ahora recrearse esos sayones, porque día vendrá en que yo les pida estrecha cuenta de esta obra. Por cada golpe que den ahora recibirán después ciento.

Se abrió una gran verja y entró una muchedumbre de ciudadanos, que se agruparon en torno de las dos mujeres, ocultándolas a la vista del rey. Entró un clérigo anglicano y cruzó por entre la muchedumbre hasta perderse de vista. Eduardo oyó después hablar en preguntas y respuestas, mas no pudo comprender qué se decía. Luego hubo mucho bullicio y preparativos y de pasar y repasar los funcionarios por la parte de la muchedumbre que se hallaba al otro lado de las mujeres y mientras tanto un prolongado siseo cayó sobre la gente. De pronto, a una orden, las masas se separaron a ambos lados y el rey vio un espectáculo que le heló la sangre o las venas. Habían apilado haces de leña en torno a las dos mujeres, y unos hombres, arrodillados, los estaban encendiendo.

Las mujeres tenían la cabeza inclinada y con las manos se cubrían el rostro. Las amarillas llamas comenzaron a trepar por entre la crepitante leña, y unas guirnalda de humo azul subieron

a disiparse en el viento. En el momento en que el clérigo alzaba las manos y empezaba una oración, dos niñas llegaron corriendo por la gran verja y, lanzando penetrantes gritos, se abalanzaron hacia las mujeres de los postes. Al instante las arrancaron de allí los carceleros y a una de ellas la sujetaron con fuerza, pero la otra logró desasirse, diciendo que quería morir con su madre, y antes de que pudieran detenerla, volvió a echar los brazos al cuello de una de las mujeres. Al instante la arrancaron de allí con los vestidos en llamas. Dos o tres hombres la sostuvieron, y la parte de sus ropas que ardía fue rasgada y arrojada a un lado, mientras la niña pugnaba por libertarse, sin cesar de exclamar que quedaría sola en el mundo y de rogar que le permitieran morir con su madre. Ambas niñas gritaban sin cesar y luchaban por libertarse, pero de pronto ese tumulto fue ahogado por una serie de desgarradores gritos de mortal agonía. El rey miró a las frenéticas niñas y a los postes, y luego apartó la vista y ocultó el rostro lívido contra la pared para no volver a mirar más.

«Lo que he visto en este breve momento se dijo-, no desaparecerá de mi memoria, en la que perdurará siempre. Lo estaré viendo todos los días y soñaré con ello todas las noches hasta que muera. ¡Ojalá hubiera sido ciego!».

Hendon, que no cesaba de observar al rey, se dijo, satisfecho:

«Su locura mejora. Ha cambiado y su carácter es más suave. Si hubiera seguido su manía, habría llenado de injurias a esos lacayos, diciendo que era el rey y ordenándoles que dejaran libres a las mujeres. Pronto su ilusión se desvanecerá y quedará olvidado y será sano otra vez. ¡Quiera Dios acelerar ese momento!».

Aquel mismo día entraron a varios presos para pasar la noche, los cuales eran conducidos, con su correspondiente custodia, a diversos lugares del reino para cumplir el castigo de crímenes cometidos. El rey habló con ellos, pues desde el principio se había propuesto instruirse para su regio oficio, interrogando a los presos cada vez que se le presentaba la ocasión de ello. El

relato de sus desdichas desgarró el corazón del niño. Había allí una pobre mujer, medio demente, que en castigo de haber robado una o dos varas de paño a un tejedor, iba a ser ahorcada. Un hombre, acusado de robar un caballo, dijo a Eduardo que la prueba había fracasado y ya se imaginaba estar libre del verdugo, pero no. Apenas estuvo en la calle, cuando fue preso otra vez por haber matado a un ciervo en el parque del rey. Se le probó, el hecho, y estaba condenado a galeras. Había también un aprendiz de comerciante, cuyo caso afectó singularmente a Eduardo. Le dijo aquel mozo que cierta noche había encontrado un halcón, escapado de las manos de su dueño, y se lo llevó a su casa, imaginándose con derecho a él, pero el tribunal le declaró convicto de haberlo robado y lo sentenció a muerte*.

El rey estaba furioso con estas inhumanidades y quería que Hendon se escapara de la cárcel y huyera con él a Westminster para poder subir a su trono y blandir su cetro, movido de compasión hacia aquellos desdichados, para salvar la vida.

—¡Pobre niño! —suspiro Hendon—. Esas terribles historias han hecho que se recrudezca su locura. ¡Ay! A no ser por ese desdichado suceso, se habría puesto bueno en muy poco tiempo.

Entre aquellos presos había un abogado viejo, un hombre de rostro severo e intrépido. Tres años atrás había escrito un libelo contra el lord canciller, acusándole de prevaricación, y por él le habían castigado con la pérdida de ambas orejas en la picota y degradación del foro, y, además, con una multa de tres mil libras. Más tarde repitió su delito, y por ello iba ahora a perder lo que le quedaba de las orejas, a pagar una multa de cinco mil libras, a ser marcado en ambas mejillas y a permanecer para siempre en presidio.*

—Estas son cicatrices honrosas —le dijo, apartando el pelo cano y mostrándole los mutilados restos de lo que habían sido sus orejas.

Los ojos del rey ardieron de cólera.

—Nadie cree en mí —dijo—; ni tú creerás tampoco, pero no me importa. Dentro del termino de un mes estarás libre. Las leyes que te han deshonrado y han deshonrado el nombre de Inglaterra desaparecerán del libro de los Estatutos. El mundo está mal constituido. Los reyes tienen que ir a la escuela de sus propias leyes para aprender un poco de caridad.

EL SACRIFICIO

MILES SE IBA YA CANSANDO DEL CONFINAMIENTO Y DE LA INACCIÓN, mas al fin llegó su juicio, con gran satisfacción suya, porque pensaba que aceptaría cualquier sentencia, siempre que una nueva prisión no fuera parte de ella. En esto se equivocaba, y hubo de montar en cólera cuando se vio pintado como «vagabundo profesional» y sentenciado a estar dos horas en el cepo por esta razón y por haber agredido al dueño del Hendon Hall. Sus palabras de ser hermano de su perseguidor y heredero legítimo de los honores y Estados de Hendon fueron objeto de despectiva desatención, y ni siquiera fueron dignas de tenerse en cuenta.

Camino del castigo iba furioso y amenazando, pero de nada le valió. Los alguaciles le conducían rudamente y además le daban de cuando en cuando un golpe por su irreverente conducta.

No pudo el rey atravesar por entre la chusma que se agrupaba detrás de ellos, y así se vio obligado a seguir a retaguardía, lejos de su amigo y servidor. Poco había faltado para que el rey se viera también condenado al cepo por ir en tan mala compañía, pero había sido libre con un sermón y una advertencia en atención a su mocedad. Cuando por fin se detuvo la chusma, el rey se dirigió de uno a otro lado en busca de un sitio para poder

atravesarla y al fin lo consiguió, después de muchas dificultades. Allí estaba su pobre servidor, en el degradante cepo, expuesto a las mofas de una sucia muchedumbre; ¡él, el servidor del rey de Inglaterra! Eduardo había oído pronunciar la sentencia, pero no se hacía cargo de lo que significaba. Su cólera empezó a inflamarse a medida que lo maltrataban y llegó a su paroxismo cuando vio que un huevo cruzaba el aire y se estrellaba en la mejilla de Hendon en tanto que la muchedumbre rugía de júbilo ante el episodio. El rey cruzó el círculo abierto en torno del preso y se puso delante del alguacil que le custodiaba, gritando:

—¡Esto es vergonzoso! ¡Es mi criado! ¡Déjale libre! ¡Yo soy el...!

—¡Calla! —exclamó Hendon, asaltado de terror—. ¡Calla, que te perderás! No le hagas caso, alguacil. Está loco.

—No te incomodes porque yo le haga caso, buen hombre, pues no tengo el menor deseo de hacerlo. Pero a lo que sí me siento inclinado es a darle una lección. —Y volviéndose a un subordinado le dijo—: Hazle probar a ese necio una o dos veces el látigo, para que se enmiende.

—Media docena de veces estará mejor —apuntó sir Hugo, que había llegado un momento antes a caballo para echar un vistazo a lo que ocurría.

Cogieron al rey, el cual no se resistió siquiera, tan paralizado estaba ante la mera idea del monstruoso ultraje que se quería infligir a su sagrada persona. Ya estaba la Historia manchada con el recuerdo de un rey inglés azotado con látigo, y era cosa intolerable pensar que él había de constituir la segunda edición de aquella vergonzosa página. Se hallaba cogido y no tenía quien le defendiera; no le quedaba otro recurso que aceptar el castigo o rogar que se le perdonara. ¡Duro dilema! Se llevaría los azotes, porque un rey puede sufrirlos, pero no debe suplicar.

Mas entretanto. Miles Hendon estaba resolviendo la dificultad.

—¡Dejad en paz al pobre niño —dijo—, perros desalmados! ¿No

veis cuán joven y débil es? Dejadle, que yo me llevaré sus azotes.

—¡Hombre! ¡Buena idea! Te lo agradezco —dijo sir Hugo, con el rostro reluciente de irónica satisfacción—. Dejad tranquilo al rapaz y, en su lugar, dadle a ese hombre una docena de azotes, una docena y bien sentados.

Iba el rey a formular una enérgica protesta, pero sir Hugo le hizo callar con esta piadosa observación.

—Habla y desahógate, pero ten en cuenta que por cada palabra que pronuncies, se llevará seis golpes más.

Quitaron a Hendon del cepo y le desnudaron la espalda, y mientras le aplicaban el látigo, el pobre reyecito apartó la cara y dejó que por sus mejillas corrieran las lágrimas.

«¡Ah, corazón valeroso! —se dijo—. Este acto de lealtad no se borrará nunca de mi memoria. Y yo no lo olvidaré, pero ellos tampoco» agregó, con ira.

Mientras meditaba, la magnánima conducta de Hendon fue adquiriendo dimensiones cada vez más grandes en su mente, al propio tiempo que su agradecimiento. De pronto se dijo:

«El que salva a un príncipe de una herida y de una muerte probable... y eso es lo que ha hecho él por mí..., realiza un alto servicio, pero eso es muy poco, eso no es nada, eso es menos que nada, comparado con una acción que salva a su príncipe de la vergüenza».

No profirió Hendon un grito mientras le azotaban y soportó los recios golpes con fortaleza. Esto, unido al acto de haber librado al príncipe sometiéndose voluntariamente a los azotes en su lugar, le valió el respeto aun de aquella chusma abyecta y degradada que allí se reunía, y sus burlas y chanzas terminaron y no quedó otro son que el son de los golpes. El silencio que invadió el lugar, cuando Hendon se encontró una vez más en el cepo, formaba rudo contraste con los insultantes clamores que habían dominado tan poco antes. Eduardo se acercó despacito al lado de Hendon y le dijo al oído:

—El rey no puede ennoblecerte, ¡oh alma grande y generosa!,

porque un Ser que está más alto que los reyes lo ha hecho ya, pero un rey puede confirmar tu nobleza ante los hombres. —Cogió el látigo del suelo, tocó levemente con él las ensangrentadas espaldas de Hendon, y cuchicheó—:

¡Eduardo, rey de Inglaterra, te hace conde!

Hendon se sintió conmovido y se agolpó el llanto a sus ojos, pero al propio tiempo, la terrible comicidad de la situación y de las circunstancias minó de tal manera su gravedad, que hubo de hacer grandes esfuerzos para que no se trasluciera al exterior ningún signo de su alegría interna. Verse de pronto, desnudo y manando sangre, elevado desde el cepo de los delincuentes hasta la altitud y esplendor agrestes de un condado, le parecía la cosa más disparatada en el terreno de lo grotesco.

«Vanos oropeles son los míos se dijo—. ¡El caballero espectral del reino de los sueños y de las sombras se ha convertido en un conde espectral!... ¡Vertiginoso vuelo para unas alas entumecidas! Si esto continúa no tardaré en verme adornado como un auténtico Palo Mayo, con sus colores fantásticos y honores de mentira. No obstante, sabré apreciarlos, a pesar de lo vanos que son, por amor al que me los concede. Son mejores estas pobres y falsas dignidades mías, que vienen sin pedir las de unas manos puras y de un espíritu recto, que las dignidades verdaderas compradas por el servilismo a un poder interesado y perverso».

El temido sir Hugo hizo dar vuelta a su caballo y, cuando se alejaba, la humana muralla se separó en silencio para abrirle paso y con el mismo silencio volvió a unirse, y así permaneció. Nadie osó aventurar una observación en favor del preso ni en alabanza suya. Mas no importaba: la ausencia de insultos era en sí misma suficiente homenaje. Un curioso retrasado que, no enterado de las circunstancias, se permitió dirigir al “impositor” una pulla, que se disponía a acompañar arrojándole un gato muerto, fue prontamente derribado y despedido a puntapiés sin palabra alguna, y la calma volvió, a imperar.

VIAJE A LONDRES

CUMPLIDO EL PLAZO DEL CASTIGO DE HENDON EN EL CEPO, este se vio libre y recibió la orden de salir de la comarca y no volver más. Le devolvieron su espada y asimismo su mula y su asno. Hendon montó y partió, seguido del rey, por entre la muchedumbre, que les abrió paso con silencioso respeto.

Estaba Hendon absorto en sus pensamientos. Tenía que contestarse a preguntas de la mayor importancia. ¿Qué haría? ¿Dónde iría? Era preciso hallar en alguna parte una ayuda poderosa o renunciar a su herencia y permanecer, además, bajo la acusación del impostor. ¿Dónde podría esperar el hallazgo de aquella poderosa ayuda? ¿Dónde? De pronto se le ocurrió un pensamiento que parecía indicar una posibilidad... la posibilidad más exigua, ciertamente, pero a pesar de todo digna de tenerse en cuenta, a falta de otra que prometiera más. Recordó lo que había dicho el viejo Andrews acerca de la bondad del joven rey y de la generosidad con que se erigía en paladín de los desdichados y ofendidos. ¿Por qué no intentar verle para pedirle justicia? ¡Ah, sí! Pero, ¿podría un pobre tan sin importancia lograr que le admitieran a la presencia de un monarca? Mas no importaba. Sin duda podría encontrar un camino. Se dirigía a la capital. Acaso le ayudara sir Humphrey, teniente jefe de la cocina del difunto

rey, o de las cuabras, o de algo así, porque Miles no podía recordar qué era.

Ahora tenía ya algo a que dedicar sus energías, un fin concreto que conseguir. Sorprendióle ver cuán lejos habían llegado, porque la aldea quedaba muy atrás. El rey seguía cabalgando en el asno a su lado, con la cabeza inclinada, porque, como él, iba absorto en planes y meditaciones. Un triste recelo enturbió la reciente animación de Hendon. ¿Querría el niño volver a una ciudad en donde su breve vida no había conocido más que malos tratos y apremiantes necesidades? Debía preguntarle, por lo cual Hendon dijo:

–Había olvidado preguntar dónde vamos. Estoy a tus órdenes, señor.

–A Londres.

Echó a andar de nuevo Hendon, muy satisfecho de la respuesta, pero no menos asombrado de ella.

Hicieron todo el viaje sin aventura de importancia, pero al final se toparon con una. A cosa de las diez de la noche del diecinueve de febrero llegaron al puente de Londres, en medio de una muchedumbre de gente que vitoreaba sin cesar y cuyos semblantes, alegados por la cerveza, se revelaban a la luz de muchas antorchas... Y en aquel instante la podrida cabeza de uno que fue duque, o noble de otro título, cayó entre ellos, golpeando a Hendon en el codo y rebotando entre la confusión de pies. ¡Tan furtivas, tan inestables son en este mundo las obras humanas! ¡Tres semanas no más, llevaba muerto y tres días enterrado el buen rey difunto, y ya caían los adornos de gente principal que con tanto celo había mandado poner en su noble puente! Un ciudadano tropezó con la cabeza y dio con la suya en la espalda de alguien que tenía delante, el cual se volvió y derribó de un puñetazo a la primera persona que le vino a mano, y se vio derribado por el amigo de aquella persona. Era la mejor ocasión para una lucha al aire libre, por que las festividades del día

LOS PROGRESOS DE TOMÁS

MIENTRAS EL VERDADERO REY VAGABA POR SU REINO, pobremente vestido, mal alimentado, con grilletas, tan pronto burlado por vagabundos como en compañía de ladrones y asesinos en una cárcel, y llamado idiota e impostor por todos a una, el fingido rey Tomás Canty, pasaba por aventuras muy diferentes.

Cuando le vimos por última vez, la realeza empezaba a tener una fase brillante para él. Esta fase brillante fue adquiriendo más y más brillo a cada día que pasaba y al poco tiempo era casi todo fulgor y deleite. El niño olvidó sus temores, y sus recelos se disiparon y murieron. Cesó su cortedad y cedió su puesto a un porte suelto y confiado. Cada día obtenía mayores beneficios de la mina representada por el niño de azotes.

Ordenaba que la princesa Isabel o la princesa Juana Grey entrasen a su presencia cuando quería jugar o hablar, y las despedía cuando terminaba, con el talante del que está familiarizado con tales actos, ya no le confundía ver que aquellas encumbradas damas le besaban la mano al partir.

Empezó a agradarle que le llevaran por las noches al lecho con toda pompa y le vistieran por la mañana con complicadas y solemnes ceremonias. Llegó a constituir un orgulloso placer el ir

a comer acompañado de un brillante séquito de funcionarios del Estado y de hombres de armas, hasta tal punto que dobló la guardia de caballeros, elevándola a un centenar. Placiale oír las trompetas que resonaban en los largos corredores y las distintas voces que respondían «paso al rey».

Hasta llegó a gustarle el sentarse en su trono en el Consejo, donde le placía ser algo más que el portavoz del lord protector. Agradábale recibir a grandes embajadores con sus brillantes pompas y escuchar los afectuosos mensajes que le traían de ilustres monarcas que le llamaban «hermano». ¡Oh, feliz Tomás Canty, ex habitante del callejón de Las Piltrafas.

Disfrutaba con sus espléndidos vestidos y se encargó más, creyó que los cuatrocientos criados eran muy pocos para su conveniente grandeza y triplicó su número, la adulación de los cortesanos vino a ser dulce música para sus oídos. Siguió siendo bondadoso y gentil, y firme y resuelto campeón de todos los ofendidos, y declaró una guerra implacable a leyes injustas. Una vez que su regía «hermana», la adusta princesa María, se permitió discutir con él la prudencia de su conducta al perdonar a tantas gentes condenadas a la cárcel, o a la horca, o a la hoguera, y le recordó que las prisiones de su augusto padre habían albergado a veces hasta sesenta mil convictos, y que durante su amable reinado había entregado a setenta y dos mil personas a la muerte por mano del verdugo, el niño se sintió invadido de generosa indignación, y le ordenó que fuera a su gabinete para pedir a Dios que le quitara la piedra que tenía en el pecho y le diera un corazón humano.

¿No se sentía nunca Tomás Canty atormentado por el pobre príncipe legítimo, que tan bondadosamente lo había tratado y que con tan fervoroso celo se había lanzado a vengarle del insolente centinela de las puertas del palacio? Sí. Sus primeros días y sus primeras noches de rey estuvieron llenos de penosos recuerdos del perdido príncipe y de sincero afán por su retorno,

para verle felizmente restaurado en sus derechos y esplendores, mas a medida que transcurrió el tiempo sin que se presentara el príncipe, el espíritu de Tomás se vio más embargado por sus nuevas y prósperas aventuras y poco a poco el desaparecido monarca se borró casi por completo de sus pensamientos. Finalmente, cuando a intervalos asomaba en ellos, era ya con el carácter de espectro molesto, porque hacía sentirse a Tomás culpable y avergonzado.

La pobre madre y las hermanas de Tomás llevaron el mismo camino para salir de su memoria. Al principio se consumía por ellas, por ellas se apenaba y anhelaba verlas, pero más tarde la idea de que un día se presentaran con sus andrajos y su suciedad y le hicieran traición con sus besos y le arrancaran de su encumbrado lugar y le volvieran a arrastrar a la penuria y la degradación de su primitivo atado, le hacía estremecerse. Por fin cesaron casi por completo de perturbar sus pensamientos y el niño se sintió contento y aun alegre. Aunque cada vez que sus semblantes tristes y acusadores se alzaban delante de él, le hacían sentirse despreciable.

Al mediar la noche del diecinueve de febrero, Tomás Canty estaba dormido en su rico lecho, guardado por sus leales vasallos y rodeado por las pompas de la realeza. Era un niño feliz porque el día siguiente era el señalado para su solemne coronación como rey de Inglaterra. A la misma hora Eduardo, el verdadero rey, hambriento y sediento, sucio y tiznado, fatigado de viajar y envuelto en harapos y jirones, que tal le habían deparado las consecuencias del tumulto, se veía apretujado entre una turba y observaba con vivo interés a ciertas atareadas cuadrillas de obreros que entraban y salían de la abadía de Westminster. Estaban haciendo los últimos preparativos para la coronación.

EL CORTEJO DE LA CORONACIÓN

CUANDO DESPERTÓ TOMÁS CANTY A LA SIGUIENTE MAÑANA, el ambiente vibraba con un murmullo atronador, que se extendía en todas direcciones. Esto era música para el niño, porque aquel murmullo significaba que el mundo inglés se había echado a la calle para recibir con toda lealtad el gran día.

No tardó Tomás en hallarse una vez más convertido en la principal figura de un soberbio festival flotante en el Támesis, porque por antigua costumbre el cortejo de la coronación a través de Londres debía empezar en la Torre, adonde se encaminaba Tomás.

Cuando llegó a ella, los muros de la venerable fortaleza parecieron desgarrarse de pronto en mil fulgores, y por cada desgarrón asomó una roja lengua de llamas y una ráfaga blanca de humo. Siguió una explosión ensordecedora, que ahogó las aclamaciones de la muchedumbre e hizo retemblar la tierra. Los fogonazos, el humo y las explosiones se repitieron una vez y otra con pasmosa celeridad, de tal suerte que a los pocos momentos la vieja fortaleza desaparecería entre la densa niebla de su propio humo, con excepción del pináculo de la elevada mole llamada la Torre Blanca. Esta, con sus banderas, se erguía, como sobresale de las nubes el picacho de una montaña.

Tomás Canty, espléndidamente ataviado, montó en un fogoso corcel de guerra, cuyas ricas gualdrapas llegaban casi al suelo. Su «tío», el lord protector Somerset, análogamente montado, se situó detrás. La guardia del rey tomó en hileras a ambos lados, ostentando sus bruñidas armaduras. Después del protector venía una procesión, al parecer interminable, de lujosos nobles, asistidos por sus vasallos, y tras éstos el lord alcalde y el cuerpo de regidores, con sus togas de terciopelo carmesí y con las cadenas de oro al pecho, y por fin los signatarios y miembros de todos los gremios de Londres, ricamente ataviados y con las vistosas banderas de las diferentes corporaciones. En el cortejo, como especial guardia de honor, figuraba también la antigua y honorable compañía de artilleros, cuerpo que contaba ya en aquella fecha trescientos años de antigüedad, y era el único organismo militar de Inglaterra que poseía el privilegio (aún conservado en nuestros días) de ser independiente de los mandatos del Parlamento. Era un brillante espectáculo, que fue acogido con aclamaciones en toda la línea a medida que cruzaba por entre la compacta muchedumbre de ciudadanos. Dice el cronista:

«El rey, al entrar en la ciudad, fue recibido por el pueblo con oraciones, gritos de bienvenida y palabras tiernas, y con todas las señales que revelan un ardiente amor de los súbditos a su soberano el rey, conservando su rostro alegre para que lo vieran los distantes, y con muy tiernas palabras para los que se hallaban cerca de Su Majestad, se mostró no menos satisfecho al recibir los vítores del pueblo que éste al ofrecérselos. A todo el que le deseaba bien le daba las gracias; a los que decían «Dios salvo a Su Majestad», les contestaba «Sálvenos Dios a todos», y añadía que «les daba las gracias con todo su corazón». «El pueblo se sentía verdaderamente transportado por las cariñosas respuestas y ademanes de su rey».

En la calle Fenchurch, un «bello niño muy lindamente

ataviado» se hallaba en una tarima para dar a Su Majestad la bienvenida a la ciudad. La última estrofa de su salutación fue acogida por el pueblo con alegres vítores y repitiendo todos a una lo que había dicho el niño. Tomás Canty miró a lo lejos sobre el agitado mar de afanosos semblantes y su corazón se llenó de orgullo. Pensó que lo único por lo cual valía la pena de vivir en este mundo era ser rey e ídolo de una nación. De pronto divisó a lo lejos a un par de sus andrajosos camaradas del Callejón de las Piltrafas: uno de ellos, el lord gran almirante de su fingida Corte, y el otro el primer lord de la alcoba en la misma ficción de otros tiempos, al verlos, su orgullo se creció más que nunca ¡Oh, si le conocieran ahora! ¡Qué inefable gloria sería si te conocieran y se percataran de que el escarnecido rey de mentirijillas de los barrios pobres se había convertido en un rey de veras, con ilustres duques y príncipes como humildes vasallos y con el mundo inglés a sus plantas! Pero tenía que negarse a sí mismo y ahogar sus deseos porque semejante reconocimiento podría costarle más de la cuenta. Así apartó la cabeza y dejó que los dos sucios muchachos continuaran con sus clamores y alegres adulaciones sin sospechar quién era aquel a quien se las prodigaban.

A cada momento se alzaba el grito de «¡Una dádiva, una dádiva!», al cual correspondía Tomás esparciendo un puñado de monedas nuevas y relucientes para que la chusma se las disputara.

Y dice el cronista: «En el extremo de la calle Gracechurch, ante el emblema del águila, la ciudad había erigido un vistoso arco, bajo el cual se veía una tarima que se extendía de un lado de la calle al otro. Allí había una representación histórica de los inmediatos progenitores del rey. Allí estaba Isabel de York en medio de una rosa blanca descomunal, cuyos pétalos tomaban recargados volante, en torno a ella; a su lado se hallaba Enrique VII, que salía de una inmensa rosa encarnada dispuesta de la misma manera. Las manos de la real pareja estaban entrelazadas y mostraban ostentadamente el anillo de boda. De las rosas

blancas y encarnadas salía un tallo que, llegaba hasta un segundo piso, ocupado por Enrique VIII, el cual brotaba de una rosa encarnada y blanca con la efigie de la madre del nuevo rey, Juana Seymour, representada a su lado. Salía una rama de aquella pareja, que ascendía hasta el tercer piso, donde se veía la efigie del mismo Eduardo VI, sentado en su trono con regia majestad, y toda la alegoría estaba ceñida con guirnaldas de rosas rojas y blancas».

Este singular y alegre espectáculo causó tal efecto sobre el regocijado pueblo, que las aclamaciones ahogaron por completo la voz del niño que tenía por misión explicar el cuadro en encomiásticos versos; mas Tomás Canty no lo sintió, porque aquellos leales aullidos eran para él una música más dulce que cualquier poesía, por buena que fuese su calidad.

Siguió andando el gran cortejo, y pasaron bajo un arco triunfal tras otro y por entre una pasmosa sucesión de cuadros simbólicos, cada uno de los cuales representaba y exaltaba alguna virtud, talento o mérito del reyecito.

«¡Y todos estos prodigios y maravillas son para recibirme a mí!», se decía Tomás Canty, entre dientes.

Las mejillas del fingido rey estaban rojas de excitación, sus ojos centelleaban. En aquel punto, cuando levantaba la mano para arrojar otro puñado de monedas, reparó en una cara pálida y asombrada, que asomaba en la segunda fila de la muchedumbre, con los afanosos ojos clavados en él. El niño se sintió invadido de una terrible consternación. ¡Conoció a su madre! Y sus manos, con las palmas hacia fuera, subieron a cubrirse los ojos, en aquel involuntario ademán, nacido de un episodio olvidado y repetido por la costumbre. Un instante después la madre salió, de entre la gente y pasó por entre los guardias que estaban a su lado. Abrazóse a las piernas del niño y las cubrió de besos, exclamando: «¡Oh, hijo mío, vida mía!», y volviendo hacia él una faz transfigurada de alegría y de amor. En el mismo instante, un oficial de la guardia del rey la arrancó de allí con una maldición

y la envió, tambaleándose, al sitio de donde había salido, con un vigoroso impulso de fuerte brazo. Los labios de Tomás Canty decían: «No te conozco, mujer», cuando ocurrió el lastimero incidente, pero le desgarró el corazón ver que trataban a su madre de aquella suerte, y cuando ella se volvió para mirarle por última vez, mientras la muchedumbre la devoraba y la ocultaba a su vista, la mujer pareció tan herida, tan descorazonada, que el niño se sintió invadido por una vergüenza que trocó en cenizas su orgullo y marchitó su usurpada realeza. Toda aquella pompa quedaba sin valor y parecía desprenderse de él como harapos podridos.

Siguió adelante el cortejo, entre esplendores cada vez más crecientes, pero para Tomás Canty todo era como si no existiese, pues el niño no veía ni oía. La realeza había perdido su gracia y su dulzura, y sus pompas se convertían en reproches. El remordimiento le roía.

«¡Ojalá estuviera libre de mi cautiverio!», se decía el niño.

Inconscientemente había vuelto ya a la grandeza del corazón.

El brillante séquito siguió dando vueltas como una serpiente interminable por las torcidas calles de la vieja ciudad por entre la entusiasmada muchedumbre, pero el rey seguía aun cabalgando con la cabeza baja y los ojos extraviados, sin ver otra cosa que el semblante de su madre y aquella expresión ofendida en su cara.

—¡Una dádiva, una dádiva!— seguía repitiendo la gente... Pero estos gritos caían en un oído sordo. ¡Viva Eduardo de Inglaterra!

Parecía que la tierra se estremeciera con el estruendo, pero no se obtenía respuesta del rey. Este oía los gritos como se oye el ruido de la resaca cuando llega al oído desde una gran distancia, porque era ahogado por otro mucho más próximo en su propio pecho, en su acusadora conciencia, una voz que no cesaba de repetir estas vergonzosas palabras: «No te conozco, mujer».

Esta frase golpeaba el alma del rey como los toques de una campana fúnebre golpean el alma de un amigo sobreviviente

cuando le recuerdan secretas traiciones de que ha hecho víctima al difunto.

Nuevos esplendores se dibujaban a cada vuelta, pero el rey no daba señales de enterarse y la voz acusadora que seguía hablando en su desconsolado pecho era el único rumor que llegaba a sus oídos.

De pronto la alegría que el populacho revelaba cambió un tanto y se convirtió en algo parecido a la solicitud o a la ansiedad. Al propio tiempo pudo observarse que disminuía lo recio de los aplausos. El lord protector no tardó en reparar en esto ni tampoco en descubrir su causa. Por ello corrió al lado del rey, se inclinó en su silla con la cabeza descubierta, y dijo:

—Señor, mala ocasión es esta para soñar. El pueblo observa tu caída cabeza, tu preocupado semblante, y lo toma como un mal agüero. Sé prudente. Descubre el sol de la realeza y deja que brille sobre esos agoreros vapores y los disperse. Levanta la cabeza y sonríe al pueblo.

Diciendo esto, esparció el duque un puñado de monedas a diestra y siniestra y luego se retiró a su sitio. El fingido rey hizo maquinalmente lo que le encargaban, mas su sonrisa era forzada, aunque pocos ojos estuvieran lo bastante cerca o fueran lo bastante perspicaces para descubrirlo. Los movimientos de su empenachado gorro al saludar a sus súbditos estaban llenos de gracia y de gentileza. Las dádivas que prodigaba eran verdaderamente regias por lo abundantes, así se desvaneció la ansiedad del pueblo y volvieron a estallar las aclamaciones tan recias como antes.

Una vez más, poco antes de terminar la procesión, el duque se vio obligado a acercarse al rey y a dirigirle un reproche.

—¡Oh, amado soberano!—dijo, en voz baja—. Sacude ese humor fatal, porque los ojos del mundo están clavados en ti. Y añadió, con viva energía—: ¡Maldita sea esa loca mendiga! Ha sido ella la que ha perturbado tu espíritu.

El fingido rey clavó en el duque los ojos sin brillo y exclamó, con voz muerta:

—¡Era mi madre!

—¡Dios mío, —gimió el protector, tirando de las riendas de su caballo para volver a su puesto—. ¡El agüero estaba preñado de profecía! ¡Se ha vuelto loco otra vez!

LA CORONACIÓN

RETROCEDAMOS UNAS CUANTAS HORAS Y SITUÉMONOS EN LA ABADÍA de Westminster a las cuatro de la mañana de aquel memorable día de la coronación. No nos faltará compañía, porque si bien reina todavía la noche, encontraremos las galerías, alumbradas con antorchas, llenas ya de gente que se acomoda a permanecer esperando siete u ocho horas hasta que llegue el momento de ver lo que no creen ver dos veces en su vida: la coronación de un rey. Londres y Westminster han empezado a agitarse desde que han estallado los cañonazos de aviso a las tres de la mañana, y ya una muchedumbre de gente rica sin título, que ha comprado el privilegio de tratar de hallar sitio en las galerías, se agolpa en las entradas reservadas a su clase.

Transcurren las horas con sobra de tedio. Hace ya rato que ha cesado todo movimiento, porque las galerías están ya atestadas. Ahora podemos sentarnos y mirar y pensar a nuestro talante. Acá y acullá, en el vago crepúsculo de la catedral, podemos divisar porciones de galerías y balcones atestados de gente, porque las otras partes nos las ocultan a la vista las columnas. Tenemos ante los ojos la totalidad del gran crucero, vacío aún, a la espera de los privilegiados de Inglaterra. Vemos también el gran espacio

o plataforma cubierta con rica alfombra en que se alza el trono. Este ocupa el centro de la plataforma y se halla sobre cuatro escalones. En el asiento del trono está encajada una piedra plana y basta, «la piedra de Scone», en que muchas generaciones de reyes escoceses se han sentado para recibir la corona, por lo cual con el tiempo ha llegado a ser lo bastante sagrada para servir al mismo fin a los monarcas ingleses. Tanto el trono como su escabel están cubiertos con brocados de oro.

Reina el silencio, parpadean los hachones y el tiempo pesa tediosamente, mas al fin llega la luz del día, se apagan las antorchas y una luz difusa llena los grandes recintos. Se ven claramente ya todos los nobles rasgos del gran edificio, pero suavemente y como entre sueños, porque el sol está levemente velado por nubes. A las siete sobreviene la primera interrupción de la soñolienta monotonía, porque al dar la hora entra la primera dama noble en el crucero, vestida como Salomón en cuanto a esplendores, y es conducida al lugar que se le ha destinado por un dignatario vestido de raso y terciopelo, en tanto que otro como él sostiene la larga cola de la dama, y cuando ésta se ha sentado se la arregla sobre el regazo. Luego coloca el cascabel conforme a los deseos de la dama y pone su corona al alcance de su mano, para cuando llegue la ocasión de la coronación simultánea de los nobles.

Ya en esto las damas van pasando en reluciente cortejo y los oficiales vuelvan acá y acullá sentándolas e instalándolas a su comodidad. La escena es ya bastante animada. Hay movimiento y vida y colores cambiantes por doquiera. Al cabo de un rato vuelve a reinar la calma, porque todas las damas han llegado y están en sus sitios, como un gran arriate de flores resplandecientes, de colores abigarrados y de diamantes como una Vía Láctea. Se ven allí todas las edades; viudas arrugadas y canosas, que son capaces de retroceder cada vez más en el camino del tiempo y recordar la coronación de Ricardo III y los turbulentos días de aquella olvidada época; hay hermosas damas de edad madura,

matronas lindas y graciosas y doncellas gentiles y bellas, de radiantes ojos y tez fresca, que muy probablemente se pondrán sin arte su enojada corona cuando llegue el momento solemne, porque el lance será nuevo para ella y sus nervios constituirán un gran obstáculo. Sin embargo, esto puede no ocurrir, porque el pelo de todas las damas se ha arreglado con especial atención a la colocación rápida y airosa de la corona en su sitio cuando se dé la señal.

Hemos visto que la gran colección de damas está cubierta de diamantes y vemos también que constituyen un maravilloso espectáculo, pero... ahora sí que nos vamos a asombrar en serio. A eso de las nueve rasgan de pronto las nubes y un haz de rayos de sol hiende la tibia atmósfera y recorre lentamente las filas de las damas; y cada fila que toca se inflama en un deslumbrante esplendor de fuegos multicolores, y nosotros nos sentimos estremecidos hasta las yemas de los dedos por la eléctrica conmoción que nos produce el espectáculo.

Cambemos ahora, para mayor comodidad, el tiempo del verbo. Transcurrió una hora, dos horas, dos horas y media, y, de pronto, el estruendo de la artillería reveló que al fin había llegado el rey y su gran cortejo; y la muchedumbre que esperaba se entregó al regocijo. Todas sabían que les aguardaba una nueva demora, porque el rey debía prepararse y ataviarse para la solemne ceremonia; pero esta demora se llenaría agradablemente por la aparición de los Pares del reino con sus trajes de gala. Los Pares fueron conducidos ceremoniosamente a sus asientos y se les pusieron las respectivas coronas al alcance de la mano; y, entretanto, la muchedumbre de las galerías ardía en interés, porque muchos veían por vez primera a duques, condes y barones cuyos nombres figuraban en la Historia desde hacía quinientos años. Cuando al fin se sentaron todos, el espectáculo y su brillantez eran dignos de ser contemplados y archivados en la memoria.

Los togados y mitrados de la Iglesia Anglicana y sus asistentes subieron a la plataforma y ocuparon su puesto señalado. Estos fueron seguidos por el lord protector y otros grandes dignatarios, y éstos, a su vez, por un destacamento de la guardia con sus armaduras de acero.

Hubo una pausa de espera; luego, a una señal dada, se oyó una música triunfal, y Tomás Canty, vestido con largo manto de brocado, apareció, en la puerta y subió a la plataforma, levantóse toda la multitud y siguió la ceremonia del reconocimiento.

Una hermosa antífona llenó la abadía con sus soberbias notas, y así precedido y saludado, Tomás Canty fue conducido al trono. Se iniciaron las antiguas ceremonias con impresionante solemnidad, mientras el auditorio las contemplaba, cuando se acercaban a su fin, Tomás Canty se puso cada vez más pálido, y en su ánimo y en su corazón, lleno de remordimiento, surgió una profunda desesperación y un malestar cada vez más intenso.

Por fin se acercó el acto final. El arzobispo de Canterbury levantó de su almohadón la corona de Inglaterra y la suspendió sobre la cabeza temblorosa del fingido rey. En el mismo instante una radiación de arco iris recorrió el espacioso crucero, porque, como por un solo impulso, todos los componentes de aquella gran concurrencia de nobles levantaron su corona, la suspendieron sobre su cabeza y se detuvieron en esta postura. Un prolongado siseo recorrió, la Abadía. En aquel emocionante momento, una aparición sorprendente penetró en escena, una aparición no observada por nadie en la absorta muchedumbre hasta que se presentó de repente por la gran nave central. Era un niño con la cabeza descubierta, mal calzado y vestido de toscas prendas plebeyas, que se caían hechas jirones. El niño levantó la mano, con una solemnidad que no se correspondía con su lastimero aspecto, y pronunció estas palabras:

—Os prohíbo poner la corona de Inglaterra en esa cabeza condenada. Yo soy el rey.

Al instante varias manos indignadas cayeron sobre el niño, pero en el mismo momento Tomás Canty, con sus regias vestiduras, avanzó vivamente un paso y exclamó, con vibrante voz:

—¡Suéltense y deténganse! ¡El es el rey!

Una especie de temor y de asombro circuló por la asamblea. Todos se levantaron de sus asientos, se contemplaron atontados unos a otros y miraron a las principales figuras de aquella escena, como personas que se preguntaran si estaban despiertas y en sus cabales. El lord protector estaba pasmado como los demás, pero se repuso pronto y exclamó con autoritaria voz:

—No hagan caso a Su Majestad, pues su dolencia le ha vuelto a atacar. ¡Prendan a ese vagabundo!

Había sido obedecido, pero el fingido rey dio una patada en el suelo y exclamó:

—¡No osen hacerlo! ¡No le toquen, es el rey!

Todas las manos se retiraron, y una parálisis cayó sobre todos. Nadie, en efecto, sabía cómo obrar ni que decir en tan extraña situación. Mientras todos los espíritus trataban de serenarse, el niño siguió avanzando con firmeza, con altivo continente y confiada expresión. No se había detenido desde el principio, y mientras los embrollados cerebros estaban aún sin saber qué pensar, Eduardo subió a la plataforma y el fingido rey salió a su encuentro con alegre semblante y cayó de rodillas ante él, diciendo:

—¡Oh, mi señor y rey! Deja que el pobre Tomás Canty sea el primero que te jure fidelidad y te diga: «Ponte la corona y recobra lo que es tuyo»,

Los ojos del lord protector se clavaron con severidad en el rostro del recién llegado, pero instantáneamente la severidad desapareció y cedió su puesto a una expresión de maravillada sorpresa. Otro tanto les ocurrió a los demás grandes señores, todos se miraron unos a otros y por común e inconsciente impulso retrocedieron un paso. Todos ellos tenían el mismo pensamiento:

—¡Qué extraño parecido!

Con tu permiso, señor, deseo hacerte ciertas preguntas que...

—Yo las responderé, milord...

El duque le hizo muchas preguntas acerca de la Corte, del difunto rey, del príncipe y de las princesas, y Eduardo las respondió acertadamente y sin vacilar. Describió las habitaciones de gala del palacio, los aposentos de Enrique VIII y los del príncipe de Gales.

¡Era extraño, era maravilloso! ¡Sí, era inexplicable! Así dijeron cuantos le oyeron. Empezaba a volver la marea y a crecer la esperanza de Tomás Canty, cuando el lord protector movió la cabeza y dijo:

—Cierto que es maravilloso en extremo, pero no es más de lo que puede hacer nuestro señor el rey.

Esta observación y esta referencia a Tomás todavía como rey entristecieron al muchacho, quien sintió que se derrumbara su esperanza.

—Esas no son pruebas —añadió el protector.

La marea volvía muy de prisa, pero en la otra dirección, y dejaba al pobre Tomás encalado en el trono y al otro nadando en un mar de dudas. El lord protector meditó un momento y movió la cabeza, porque se le había ocurrido una idea:

—Es peligro para el Estado y para todos nosotros que se mantenga un enigma como éste, que podría dividir a la nación y socavar el trono.

—Por fin dijo, en voz alta: —Sir Tomás, detengan a éste... ¡No un momento! agregó, de pronto, interrumpiéndose, con la faz radiante. Y se dirigió al desarrapado candidato con esta pregunta:

—¿Dónde está el Gran Sello? Respóndeme a eso y el enigma quedará descifrado, porque sólo el príncipe de Gales puede responder.

Fue una pregunta afortunada, una idea feliz. Que así la consideraban los grandes dignatarios, se manifestó en el

silencioso aplauso que partió de sus ojos en formas de brillantes miradas de aprobación. Sí; nadie más que el verdadero príncipe podía revelar el persistente misterio del Gran Sello desaparecido. Aquel pequeño impostor había aprendido bien su lección, pero allí debía fracasar, porque ni su mismo maestro podía responder a esta pregunta. « ¡Ah! ¡Excelente idea! Ahora no, veremos libres de este enojoso y peligroso asunto». Y así movieron la cabeza de un modo casi imperceptible y sonriendo, llenos de satisfacción y mirando para ver a aquel muchacho atacado por la parálisis de la confusión culpable. Mas, cómo se maravillaron al oír responder vivamente, con voz confiada e impertérrita:

—No tiene nada de difícil la solución del enigma. Y, sin pedir licencia a nadie, se volvió y dio una orden, con el desembarazo propio del que está acostumbrado a ser obedecido:

—Milord Saint John, ve a mi gabinete particular de palacio, pues nadie lo conoce mejor que tú, y muy cerca del suelo, en el rincón izquierdo más distante de la puerta que da a la antecámara, hallarás en la pared una cabeza de clavo de bronce. Oprímelo y se abrirá un armario de joyas que ni siquiera tú conoces, ni conoce nadie en el mundo sino yo y el leal artesano que lo fabricó por mi mandato. Lo primero que verás será el Gran Sello. Tráelo.

Todos los circunstantes se pasmaron al oír estas palabras, y más aún al ver que el niño se dirigía a aquel hombre sin vacilación ni temor de equivocarse y le llamaba por su nombre, con la plácida convicción de haberlo conocido toda la vida. El Par se quedó tan sorprendido que se dispuso casi a obedecer. Llegó a hacer un movimiento como para alejarse, pero no tardó en recobrar su tranquila actitud y en confesar su torpeza con un sonrojo. Tomás Canty se volvió a él y le dijo, ásperamente:

—¿Por qué vacilas? ¿No has oído el mandato del rey? ¡Ve!

Lord Saint John hizo una profunda reverencia (y se observó que la hacía con toda cautela, pues no la dirigía a ninguno de los reyes, sino al espacio neutral que quedaba entre ambos), y se alejó.

Empezó a un movimiento de aquel grupo oficial, que fue lento y apenas perceptible y, sin embargo, tenaz y persistente; un movimiento como el que se observa en un calidoscopio que se hace girar lentamente, con lo cual los componentes de un grupo se disgregan y se unen a otro; un movimiento que, poco a poco, en el caso presente, disolvió los grupos cercanos a Tomás Canty para agruparlos de nuevo en los alrededores del recién llegado. Tomás se quedó casi solo. Sobrevino luego un breve rato de profundo suspenso y espera, durante el cual los pocos que aún permanecían cerca de Tomás fueron gradualmente haciendo acopio de valor para deslizarse uno por uno y unirse a la mayoría. Así, al fin, Tomás, con su manto real y sus joyas, se quedó completamente solo y aislado del mundo, como figura destacada que ocupaba un elocuente vacío.

Luego se vio regresar a lord Saint John, y cuando avanzó éste por la nave central, el interés era intenso, se produjo una calma absoluta, en la cual repercutieron sus pisadas con sonido apagado. Todas las miradas se clavaron en él mientras avanzaba. Llegó a la plataforma, se detuvo un momento y luego se encaminó a Tomás Canty, con profunda reverencia, y le dijo:

—Señor, el sello no está allí.

No se aparta una turba de la presencia de un apestado con más prisa que el bando de pálidos y aterrados cortesanos se apartó del lado del andrajoso pretendiente a la corona. En un instante se quedó éste completamente solo, sin un amigo ni paladín, y como blanco en que se concentraba un fuego graneado de miradas despectivas y sonrientes. El lord protector exclamó entonces fieramente:

—¡Echen a ese mendigo a la calle y azótenlo por toda la ciudad, porque no merece más consideración!

Unos oficiales de la guardia se precipitaron para obedecer, pero Tomás los apartó con no ademán y dijo:

—¡Atrás! ¡El que lo toque pone en peligro su vida!

El lord protector, perplejo en grado sumo, dijo a lord Saint John:

—¿Has mirado bien? Pero es inútil preguntarlo. Todo esto es extrañísimo. Las cosas menudas, las bagatelas, se le escapan a uno de la memoria, y dan motivo de sorpresa. ¿Cómo puede desaparecer una cosa tan voluminosa como el Sello de Inglaterra, sin que nadie pueda dar con su rastro...? Un disco de oro macizo...

Tomás, con relucientes ojos, avanzó y dijo a gritos:

—¡Calla, que ya basta! ¿Era redondo y grueso y tenía letras y emblemas grabados? ¿Sí? ¡Oh! Ahora ya sé lo que es el Gran Sello de que tanto se ha hablado. Si me lo hubieran descrito, hace tres semanas que lo tendrían. Ahora sé muy bien dónde está. Pero no fui yo el que lo puso allí por primera vez.

—¿Quién fue, pues? —preguntó ansioso el lord protector.

—Ese que está allí, el verdadero rey de Inglaterra. Y él mismo les dirá donde está, y entonces creerán que lo sabe de ciencia propia recuerda, rey mío, haz memoria. Fue lo último, lo último que hiciste aquel día antes de salir de palacio vestido con mis andrajos para castigar al soldado que me había ofendido.

Sobrevino un silencio, no perturbado por un movimiento ni por un cuchicheo, y todos los ojos se clavaron en Eduardo, que, cabizbajo y con el ceño enarcado, exprimía su memoria para sacar de ella, en medio de una muchedumbre de fútiles recuerdos, un solo hecho que se le escapaba y que una vez recordado lo sentaría en el Trono, pero que, olvidado, lo dejaría de una vez para siempre como lo que era en ese instante: un mendigo y un paria. Pasaron varios instantes, y el niño seguía luchando en silencio, sin dar señales de vida. Mas al fin exhaló un profundo suspiro, movió lentamente la cabeza, y dijo con temblorosos labios y afligida voz:

—Recuerdo la escena, detúvose un momento, levantó la vista y dijo con dignidad: Milores y caballeros, si quieren despojar a vuestro verdadero soberano de lo que le pertenece por la falta

de una prueba que no puede suministrarles no haré frente, porque me veo en absoluto incapacitado para ello, pero...

—¡Oh! Esto es una locura, rey mío —exclamó Tomás, invadido por el terror—. Espera, piensa, que tu causa no está perdida. No lo está. Escucha lo que yo te digo y sigue todas mis palabras. Voy a recordarte otra vez aquella mañana y todos los acontecimientos de ella. Conversamos... yo te hablé de mis hermanas Isa y Nita... ¡Ah, sí! Eso lo recuerdas... y de mi vieja abuela y de los juegos de los muchachos del Callejón de las Piltrafas... Sí, también recuerdas eso. Sigue más y lo recordarás todo. Tú me diste de comer y de beber, y con regia cortesía despediste a los servidores para que mi mala crianza no se avergonzara delante de ellos... Sí, todo eso lo recuerdas.

A medida que Tomás exponía estos detalles Eduardo movía la cabeza como confesándolos, el gran auditorio y los dignatarios los miraban pasmados de asombro. Aquello trascendía a historia verdadera, pero ¿cómo se había realizado el imposible encuentro entre el príncipe y un mendigo? Jamás se vio una reunión de personas más perpleja, más asombrada, más estupefacta.

—Por broma, príncipe, cambiamos de vestidos. Luego nos pusimos delante de un espejo y éramos tan iguales, que los dos dijimos que parecía que no hubiéramos cambiado... Si, recuerdas eso. Luego reparaste en que el soldado me había herido en una mano. Mira, aquí está todavía. Ni siquiera puedo escribir con ella, porque tengo los dedos muy rígidos. Al oír esto, tú diste un salto, diciendo que castigarías al soldado, y corriste a la puerta... Pasaste junto a una mesa en la cual estaba eso que llamas el Sello... Tú lo cogiste y miraste vivamente en torno, como buscando un sitio en que esconderlo... Entonces reparaste en...

—¡Basta! Es suficiente. ¡Loado sea Dios exclamó el andrajoso pretendiente, lleno de excitación. Ve, mi buen Saint John, que en un brazo de la armadura milanese colgada de la pared encontrarás el Sello.

—¡Cierto, rey mío! exclamó Tomás—. Ahora el cetro de Inglaterra va a ser tuyo. Anda, mi buen lord Saint John, pone alas en tus pies.

Todos los circunstantes estaban ya levantados con gran inquietud y temor. En la catedral estalló un murmullo ensordecedor de conversaciones frenéticas, y transcurrió un rato sin que nadie supiera ni oyera nada sino lo que su vecino le decía a gritos y lo que él gritaba al oído a su vecino. Pasó tiempo, nadie supo cuánto, ni se percataron de ello. Por fin un susurro volvió a recorrer todo el recinto, y en el mismo momento apareció lord Saint John, enarbolando el Gran Sello del Estado. De pronto, todos prorrumplieron en este grito:

—¡Viva el verdadero rey!

Por espacio de cinco minutos, el aire se estremeció por los gritos y los sonos de los instrumentos musicales y en medio de todo a un muchacho andrajoso, que permanecía altivo y dichoso en el centro de la espaciosa plataforma, con los grandes vasallos del reino arrodillados en torno de él.

Todos se levantaron en seguida, y Tomás exclamó:

—Ahora, ¡oh, rey!, recobra estas regias prendas y devuelve sus andrajos al pobre Tomás Canty, tu criado.

El lord protector gritó entonces;

—Desnuden a este bribón y llévenlo a la Torre.

—No será así exclamó el verdadero rey—. De no ser por él, yo no hubiera recobrado la Corona. Nadie le pondrá una mano encima para dañarlo, en cuanto a ti, mi buen tío y lord protector, esa conducta tuya no muestra agradecimiento hacia este pobre muchacho, porque tengo entendido que te ha hecho duque -el protector se ruborizó-, y eso que no era todavía rey. Por consiguiente, ¿de qué vale ahora tu encumbrado título? Mañana me pedirás a mí, por mediación de él, que te lo confirme, pues de lo contrario no serás duque, sino que seguirás siendo simple conde.

Ante esto, Su Gracia el duque de Somerset se retiró un momento de la primera línea.

El rey entonces se volvió a Tomás y le dijo bondadosamente:

—Amigo mío, ¿cómo ha sido que hayas recordado tú dónde escondí yo el Sello, cuando no podía recordarlo yo mismo?

—¡Ay, rey mío! Ha sido fácil, puesto que lo he usado varios días.

—¿Lo has usado y no podías explicar dónde estaba?

No sabía lo que era. No me lo describieron, señor.

—Entonces, ¿para qué lo usaste?

La sangre volvió a subir a las mejillas de Tomás, que dejó caer los ojos, y quedó callado.

Habla, muchacho, no temas nada dijo el rey. ¿Para qué usaste el Gran Sello de Inglaterra?

Tomás titubeó un momento, con patética confusión, y al fin dijo:

—¡Para partir nueces!

¡Pobre muchacho! Las risas que acogió esta salida lo levantó casi en vilo. Por si quedaba alguna duda respecto a que Tomás Canty no era el verdadero rey de Inglaterra ni estaba familiarizado con los augustos instrumentos de la realeza, esta respuesta la disipó por completo.

Entretanto, el suntuoso manto de gala había sido quitado de los hombros de Tomás para pasar a los del rey, cuyos andrajos quedaron debajo de él. Se reanudaron las ceremonias de la coronación. El verdadero rey fue ungido y le pusieron la corona en la cabeza, mientras los cañones tronaban para dar la noticia a la ciudad, y todo Londres parecía estremecerse de aplausos.

EDUARDO, REY

YA ERA BASTANTE PINTORESCO MILES HENDON ANTES DE METERSE en el motín del puente de Londres, pero lo era mucho más cuando salió de él. Poco dinero tenía al entrar, pero ninguno al salir, pues los rateros le habían robado hasta la última moneda.

Mas no importaba, con tal de encontrar al chico. ¿Dónde era natural que fuera el muchacho? ¿Dónde era natural que fuera? Lo natural, se decía Miles, es que se dirigiera a su primera guarida, porque tal es el instinto de los espíritus perturbados cuando se ven sin hogar y desamparados, lo mismo que de los espíritus cuerdos. ¿Dónde estaba su primitiva guarida? Sus andrajos, unidos al recuerdo del villano que parecía conocerle y que hasta pretendía ser su padre, indicaban que su hogar había de estar en alguno de los barrios más pobres y más sucios de Londres. ¿Sería difícil y larga la busca?

Lo probable era que fuese fácil y breve. No se echaría a la casa del muchacho, sino a la caza de una muchedumbre. Porque en el centro de la muchedumbre, pequeña o grande, tarde o temprano hallaría seguramente a su pobre amiguito, pues la turba se entretendría injuriando y molestando al niño, que, como de costumbre, se proclamaría rey. Entonces Miles Hendon dejaría

lisiados a algunos y se llevaría a su pupilo, a quien consolaría y alegraría con palabras cariñosas y de quien no volvería a separarse.

Salió Miles, y hora tras hora recorrió callejones y calles infectas a la búsqueda de grupos y muchedumbres, pero sin el menor rastro del muchacho. Esto le sorprendió en gran manera, mas no se desalentó. Lo único mal calculado era que la búsqueda iba resultando larga, siendo que él había esperado que fuese corta.

Cuando al fin llegó el día, había recorrido muchas calles y examinado muchos grupos, pero el único resultado de ello era su cansancio, bastante hambre y mucho sueño. Necesitaba desayunarse, pero no tenía medios de conseguirlo. No se le ocurrió mendigarlos y en cuanto a empeñar su espada, más pronto habría pensado en despojarse de su honor.

Al mediodía estaba aun correteando entre la turba que seguía el regio cortejo, porque se dijo que aquel boato de la realeza llamaría poderosamente la atención del pobrecito loco. Siguió a la comitiva en todas sus revueltas por Londres y en todo el camino hasta Westminster y la Abadía. Andaba de acá para allá entre la muchedumbre que se agrupaba en las inmediaciones, y quedó siempre chasqueado y perplejo, hasta que al fin se alejó pensando y tratando de dar con un medio para mejorar su plan. Cuando despertó de sus meditaciones observó que la ciudad quedaba muy atrás y que iba declinando el día. Hallábase cerca del río y en el campo, en una comarca de hermosas fincas rústicas que no era precisamente la que había de dar buena acogida a un hombre de su aspecto.

Como no hacía ningún frío, Miles se tendió en el suelo, junto a un seto, para descansar y pensar. El sueño no tardó en invadir sus sentidos; al llegar a sus oídos el atronador sonido lejano de los cañones, el soldado se dijo: «Están coronando al rey», e inmediatamente se quedó dormido. Llevaba más de treinta horas sin dormir ni descansar y, por consiguiente, no se despertó hasta bien entrada la mañana.

Se levantó renqueando, entumecido y medio muerto de hambre, se lavó en el río y se encaminó hacia Westminster, gruñéndose a sí mismo por haber perdido tanto tiempo. Ahora el hambre le sugirió un nuevo plan, trataría de ponerse al habla con el viejo sir Humphrey Marlow y le pediría unas monedas, con las cuales...

A las once se acercó al palacio, y aunque se vio rodeado de un grupo de personas lujosas que iban en la misma dirección, no dejó de ser notado, pues de ello cuidó su traje. El soldado observó atentamente los semblantes de todas aquellas personas, esperando hallar un alma caritativa que se dignara pasar el recado de su nombre al viejo teniente, porque no había que pensar en penetrar en el palacio por sí mismo.

De pronto, pasó a su lado el niño de los azotes, que dio media vuelta y examinó atentamente su figura, diciéndose:

—Si no es ése el vagabundo que tanto preocupa a Su Majestad, soy un asno..., aunque me parece que lo he sido antes. Corresponde a las señas de arriba abajo. Si Dios hubiera hecho a dos personas como ésa, habría sido abaratar los milagros por su inútil repetición. Si yo pudiera dar con una excusa para hablarle...

Miles Hendon le sacó del apuro, porque se volvió, como suele hacer un hombre cuando alguien le mira insistentemente por la espalda, y al observar un vehemente interés en los ojos del muchacho, se encaminó hacia él y le dijo:

—Acabas de salir de palacio. ¿Vives en él?

—Sí, señor.

—¿Conoces a sir Humphrey Marlow?

El niño se sobresaltó y dijo para su capote:

—¡Cielos! ¡Mi difunto padre! —y contestó en voz alta—: Muy bien, señor.

—¡Bravo! ¿Está dentro?

—Sí —dijo el niño. Y añadió para sí:— ¡Dentro de la tumba!

—¿Puedo pedirte el favor de que vayas a decirle mi nombre, y que deseo hablar un momento con él?

—Voy a hacerlo inmediatamente, señor.

—Entonces díles que Miles Hendon, hijo de sir Ricardo, está aquí fuera. Te lo agradeceré mucho, amigo mío.

«El rey no le ha llamado así —dijo para sí el muchacho con expresión de desencanto—. Pero no importa, porque éste es su hermano gemelo, y apuesto a que puede dar noticias del otro a Su Majestad». Con este pensamiento, dijo a Miles:

—Pasa un momento aquí, señor, y espera hasta que yo vuelva.

Se retiró Hendon al lugar indicado, que era un entrante de la pared de palacio, con un banco de piedra que servía de refugio a los centinelas en el mal tiempo. Apenas se había sentado, cuando pasaron unos alabarderos al mando de un oficial. Este lo vio, detuvo a sus hombres y ordenó a Hendon que le siguiera. Obedeció el soldado, y al instante le prendieron como sospechoso que vagaba por las inmediaciones de palacio. Las cosas empezaban a ponerse feas. El pobre Miles iba a explicarse, pero el oficial le hizo callar bruscamente y ordenó a sus hombres que le desarmaran y registrasen.

—Conceda Dios en su infinita bondad que encuentren algo —dijo el pobre Miles—. Bastante he registrado yo sin conseguirlo, y eso que mi necesidad es mayor que la de ellos.

No le encontraron más que un documento. Lo abrió el oficial, y Hendon sonrió al reconocer los «garabatos» trazados por su perdido amiguito en aquel largo día de Hendon Hall. El rostro del oficial se ensombreció al leer los párrafos ingleses, y Miles palideció intensamente al escuchar las palabras.

—¿Otro nuevo pretendiente a la corona? —exclamó el oficial—. Parece que hoy crecen como conejos. Coged a ese tunante, muchachos, y tenedle sujeto, mientras yo entro este precioso papel y se lo mando al rey.

Se alejó corriendo, después de dejar al preso en custodia de los alabarderos y entró en el palacio.

Ahora ha terminado al fin mi mala suerte se dijo Hendon-,

porque con seguridad me veré colgado al extremo de una cuerda por esa maldita escritura. ¿Y qué será de mi pobre muchacho? ¡Ah! ¡Sólo Dios lo sabe!

De pronto, vio que volvía corriendo el oficial, éste ordenó a sus soldados que soltaran al preso y le devolvió su espada. Luego saludó respetuosamente y dijo:

—Señor, sígueme, por favor.

Le siguió Hendon, diciéndose para sí:

—Si no me viera camino de la muerte y del Juicio Final, y por lo tanto en la necesidad de ahorrar los pecados, le echaría las manos al cuello a ese bribón por su burlona cortesía.

Atravesaron los dos un patio lleno de gente y llegaron a la gran entrada del palacio, donde el oficial, con otro saludo, entregó a Hendon en manos de un palaciego espléndidamente ataviado, quien le recibió con profundo respeto y lo condujo por un gran vestíbulo a cuyos lados se alineaban soberbios lacayos, que hicieron reverentes cortesías al pasar los dos, pero se descoyuntaron en silenciosas carcajadas ante aquel espantapájaros en el momento en que volvió la espalda, y lo llevó por una escalera en medio de un tropel de gente bien vestida, hasta que finalmente lo introdujo en un gran aposento, donde le hizo pasar por entre la nobleza de Inglaterra; luego le hizo una cortesía, le recordó que se quitara el sombrero y lo dejó en pie en medio de la estancia, como blanco de todos los ojos, de muchas miradas con ceño de indignación y de bastantes sonrisas burlonas y regocijadas ante su pobre atavío.

Miles Hendon estaba como alorado. Allí se hallaba el joven rey bajo un dosel a cinco pasos de distancia, con la cabeza inclinada hacia un lado y hablando con una especie de ave del paraíso, acaso con un duque.

Hendon se dijo que ya era bastante dato verse sentenciado a muerte en la flor de su vida, sin que se sumara a ello aquella humillación tan señalada. Deseaba que el rey se apresurase, pues

algunos de los encumbrados personajes que le rodeaban se estaban poniendo ya muy ofensivos. En aquel momento, al levantar el rey la cabeza, Hendon pudo verle la cara, y al verle casi perdió el aliento. Se quedó mirando hacia él como un hombre paralizado, y de pronto exclamó:

—¡Anda! ¡El señor del reino de los sueños y las sombras en su trono!

Balbuició unas palabras incoherentes, sin dejar de mirar y de maravillarse, y luego volvió los ojos en torno para contemplar a la espléndida muchedumbre, diciéndose:

«¡Pero éstos son de veras! No cabe duda que son de veras. Seguramente esto no es un sueño». Y volviendo a mirar al rey, pensó: «¡Es esto un sueño... o es ése el verdadero soberano de Inglaterra y no el desdichado muchacho que yo lo creía?»

Centelleó en sus ojos una idea repentina, que le impulsó a dirigirse a la pared, agarrar una silla, plantarla con firmeza en el suelo y sentarse en ella.

Oyóse un murmullo de indignación, y una mano se posó bruscamente en el hombro de Hendon, mientras exclamaba:

—¡Arriba, payaso desvergonzado! ¿Osas sentarte en presencia del rey?

Este incidente llamó la atención de Su Majestad, que extendió la mano exclamando:

—¡No le toquen! Está en su perfecto derecho!

Los magnates retrocedieron estupefactos, y el rey agregó:

—Sepan todos, damas, lores y caballeros, que éste es mi queridísimo servidor, Miles Hendon, que interpuso su excelente espada y salvó a su príncipe de un daño corporal y quizá de la muerte... y por eso es caballero por nombramiento del rey. Sepan todos que por un servicio más elevado, por haber salvado a su soberano de los azotes y de la vergüenza, atrayéndolos sobre sí, es par de Inglaterra y conde de Kent, y tendrá oro y tierra, correspondientes a su dignidad. Más aún: el privilegio que acaba

de ejercer le corresponde por concesión real, porque hemos ordenado que él y sus sucesores legítimos tengan y conserven el derecho de sentarse en presencia de la Majestad de Inglaterra de hoy en adelante, generación tras generación, mientras subsista la Corona.

Dos personas, que por retraso no habían llegado del campo hasta aquella mañana y llevaba, sólo cinco minutos en la habitación, se quedaron escuchando aquellas palabra, y mirando al rey, después al estrambótico personaje, y luego otra vez al rey, con una especie de paralizado estupor. Eran sir Hugo y lady Edita. Pero el nuevo conde no los vio, porque estaba aún mirando al monarca, en estado de completo atontamiento, y diciéndose entre dientes:

—¡Dios mío! ¡Este es mi mendigo! ¡Este es mi loco! ¡Este es aquel a quien yo quería enseñar lo que era grandeza en mi casa con setenta habitaciones y veintisiete criados! ¡Este es el que no había conocido nunca más que andrajos por vestidos, puntapiés por consuelo y piltrafas por manjares! ¡Este es el que yo quería adoptar para hacerle respetable!

De pronto, recordó sus modales y cayó de rodillas con las manos entre las del rey, y le juró fidelidad y le rindió homenaje por sus tierras y sus títulos. Se levantó luego y se retiró a un lado, blanco todavía de todos los ojos y de muchas envidias.

Reparó entonces el rey en sir Hugo y dijo con solemne voz y encendidos ojos:

—Despojad a ese ladrón de su falso boato y de sus bienes robados, y ponedle a buen recaudo hasta que yo disponga.

Sir Hugo fue conducido entre guardias.

De pronto se sintió bullicio en el otro extremo del salón. Se separaron los concurrentes, y Tomás Canty, vestido ricamente, avanzó precedido de un ujier, y se arrodilló delante del rey, quien le dijo:

—Me he enterado de lo ocurrido en estas últimas semanas y

estoy muy satisfecho de ti. Has gobernado el reino con inteligencia, buen juicio y compasión como un rey justo. ¿Has vuelto a hallar a tu madre y a tus hermanas? Bien. Se proveerá para ellas, y tu padre será ahorcado. si tú lo deseas y la ley lo permite. Sepan todos los que oyen mi voz que, desde este día, los que estén recogidos en el Hospicio de Cristo y compartan la bondad del rey, recibirán alimento para el alma y el corazón lo mismo que para el cuerpo, y este niño morará allí y desempeñará el primer puesto en su honorable junta de gobernadores durante toda la vida. Y teniendo en cuenta que ha sido rey, es muy justo que merezca algo más, por consiguiente, fijaos en el traje de gala que lleva, porque él será conocido, y nadie podrá copiarlo, y donde quiera que vaya recordará a las gentes que ha sido rey unos días, nadie podrá negarle su reverente respeto ni dejar de rendirle saludos. Tiene la protección del trono, tiene el apoyo de la corona, y será conocido y llamado por el honroso título de Pupilo del rey,

Tomás Canty, dichoso y ufano, se levantó y besó la mano del monarca, de cuya presencia salió con la debida cortesía.

Sin perder un momento, fue volando a ver a su madre y a contarle el suceso, lo mismo que a Isa y Nita, para que compartieran con él la gran noticia.

CONCLUSIÓN JUSTICIA Y RECOMPENSA

CUANDO TODOS LOS MISTERIOS SE HUBIERON ACLARADO, resultó, por confesión de Hugo Hendon, que su esposa había negado a Miles por orden suya aquel día en Hendon Hall; orden apoyada por la amenaza, de que si no negaba que era Miles Hendon y se mantenía firme a su negativa, el marido le quitaría la vida. A lo cual respondió ella: Tomadla, porque no la apreciaba y no quería negar a Miles. Entonces le respondió el marido que no la mataría a ella, pero haría asesinar a su hermano. Esto era cosa distinta, y por ello la dama dio su palabra y la mantuvo.

Hugo no fue perseguido por sus amenazas ni por la usurpación de los estados y títulos de su hermano, porque ni éste ni la esposa quisieron deponer contra él, y al primero no se le habría consentido hacerlo aunque hubiese querido. Hugo abandonó a su mujer y partió para el Continente, donde no tardó en morir, y al poco tiempo el conde de Kent se casó con su viuda. Hubo grandes festejos y regocijos en el pueblo de Hendon cuando la pareja hizo su primera visita al castillo.

Del Padre de Tomás Canty no se volvió a saber nada.

El rey buscó al labriego que había sido marcado y vendido como esclavo, le apartó de su camino de perdición al lado de la cuadrilla y le puso en vías de ganarse honradamente la vida.

También sacó de la cárcel al viejo abogado, quien perdonó la multa. Dispuso buenos hogares para las hijas de las dos mujeres baptistas a quienes vio quemar, y castigó al alguacil que descargó sobre las espaldas de Miles Hendon los no merecidos azotes.

Salvó de las galeras al muchacho que había capturado al halcón perdido, y a la mujer que había robado un trozo de paño a un tejedor, pero llegó demasiado tarde para salvar al hombre convicto de haber matado a un ciervo en el bosque del rey.

Mostró su favor al juez que se apiadó de él cuando le acusaron de haber robado un cerdo, y tuvo la satisfacción de verlo crecer en la estimación pública Y convertirse en un hombre insigne y honrado por todos.

Mientras vivió, el rey se complacía con frecuencia en referir la historia de sus aventuras, de cabo a rabo, desde la hora en que el centinela lo apartó de un manotazo de la puerta del palacio hasta la noche final en que astutamente entró en la Abadía y se ocultó en la tumba del Rey Confesor, donde estuvo durmiendo tanto rato que por poco pierde la ceremonia de la coronación. Decía que el frecuente recuerdo de su valiosa lección le mantuvo firme en su propósito de que sus enseñanzas depararan beneficios a su pueblo, y así mientras durase su vida continuaría refiriendo la historia para mantener su triste significado fresco en la memoria y llenos los manantiales de piedad en su corazón.

Miles Hendon y Tomás Canty fueron privados del rey en su breve reinado, y lo lloraron sinceramente cuando murió. El buen conde de Kent tenía demasiado talento para abusar de su singular privilegio, pero lo ejerció dos veces, después del ejemplo que hemos visto, una, cuando el advenimiento al trono de la reina Isabel. Un descendiente suyo lo ejerció cuando subió al trono Jacobo I. Había pasado casi un cuarto de siglo antes que el hijo

de este descendiente pudiera usar de su derecho, por lo cual el «privilegio de Kent» se había borrado de la memoria de muchas gentes. Así, cuando el Kent de entonces compareció ante Carlos I y su corte y se sentó, en presencia del soberano, para afirmar y perpetuar el derecho de su casa, se produjo un verdadero revuelo, pero no tardó en explicarse el asunto y el derecho se confirmó. El último conde de su raza cayó peleando por el rey en las guerras de la república, y el singular privilegio terminó con él.

Tomás Canty vivió hasta edad muy avanzada, convertido en un viejecito guapo y de pelo completamente blanco, de grave y benévolo aspecto. Mientras vivió, recibió honores y se le tributaron las debidas reverencias, porque su peregrino y sorprendente traje recordaba a las gentes que «en su tiempo había sido rey»; y así, doquiera que se presentaba, la gente abría paso y se decían unos a otros: «Quitaos el sombrero, que es el pupilo del rey», y lo saludaban, y obtenían en cambio una sonrisa bondadosa que tenían en mucha estima, porque era honrosa la historia de Tomás.

Sí; el rey Eduardo VI vivió pocos años, el pobre, pero los vivió dignamente. Más de una vez, cuando un gran dignatario, un encumbrado vasallo de la corona dirigía un reproche contra su bondad, alegando que alguna ley que se proponía modificar era lo bastante suave para su objeto y no ocasionaba padecimientos ni opresión de gran importancia, el joven rey volvía hacia él la triste elocuencia de sus ojos grandes y compasivos y decía:

—¿Qué sabes tú de padecimientos y opresión? De eso sabemos yo y mi pueblo, pero tú no.

El reinado de Eduardo VI fue especialmente benigno para aquellos duros tiempos. Ahora que nos despedimos de él, tratemos de conservarlos en la memoria en honor suyo.

MARK TWAIN
1835-1910

En un amanecer africano, mientras se encuentra al acecho de una fiera, Ernest Hemingway le comenta al pintor Kandisky: «Toda la literatura moderna norteamericana procede de un libro de Mark Twain llamado *Las aventuras de Huckleberry Finn*... Todo lo que se ha escrito en Estados Unidos viene de él. Nada existía antes. Nada tan bueno ha existido desde entonces».

Quizás pueda aparecer demasiado tajante la opinión, del autor de *Adiós a las armas*, sobre todo si se piensa en narradores anteriores de la talla de Hawthorne, Poe y Melville. Pero es comprensible su apreciación en cuanto se refiere a un estilo que marca la narrativa contemporánea de su país. Twain es uno de los primeros que rescata los recursos expresivos del hablar popular, rompe con el lenguaje académico y le otorga calidad oral a su escritura. Si a esto se suma la incorporación de personajes populares y el humor excepcional de Twain, ya no resulta tan exagerada la apreciación de Hemingway.

El 30 de noviembre de 1835 nació en Florida, estado de Missouri, un niño que fue bautizado con el nombre de Samuel Langhorne Clemens. Llegó a este mundo junto a una de las apariciones del cometa Halley, y se haría inmortal con el nombre de Mark Twain. Hijo de un padre soñador y romántico y de una madre severa y calvinista, que habían llegado de Virginia en busca de una mejor vida, fue el quinto de seis hijos. Los Clemens provenían de una familia inglesa de cierto

abolengo. Uno de sus antepasados, Gregory Clemens, firmó, junto a otros jueces, la sentencia de muerte del rey Carlos I en 1649. Cuando se restauró la monarquía el magistrado fue, por cierto, decapitado y la familia tuvo que huir al otro lado del Atlántico.

Este hecho, al parecer, no lo olvidó Mark Twain. De ahí su crítica y sátira al sistema monárquico en *El príncipe y el mendigo* (1881) y en *Un yanqui de Connecticut en la corte del rey Arturo* (1886).

Cuando Twain tenía cuatro años, la familia se trasladó a Hannibal, pequeño puerto sobre el Misisipí. Allí pasó una infancia idílica, una vida feliz al aire libre, que después describió en su *Autobiografía* (1871) e inspiró, entre otras, a dos de sus grandes novelas, *Las aventuras de Tom Sawyer* (1875) y *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884). Su padre murió cuando tenía doce años y tuvo que trabajar para ayudar a la mantención de la familia. Fue aprendiz de imprenta en Hannibal y, más tarde, trabajó para diferentes periódicos de Filadelfia y Saint Louis. En 1875 logró la ambición de su adolescencia al entrar como aprendiz de piloto a bordo del Alex Scott, un vapor que surcaba el Misisipí. Para Twain fue la profesión favorita, «más que ninguna otra que haya tenido después», durante la cual conoció a «todos los variados tipos de la naturaleza humana que puedan encontrarse en la novela, la biografía o la historia». Esta vivencia la relató en uno de sus libros fundamentales, *La vida en el Misisipí* (1883).

A causa de la guerra de Secesión (1861-1865), donde fue soldado sureño en sus comienzos, Twain partió hacia el *Far West*, el mítico Lejano Oeste. En Nevada se transformó en minero y, en San Francisco, se ganó la vida como periodista. El 1865 publicó su primer relato, *La célebre rana saltarina del distrito de Calaveras*, firmado ya con su famoso seudónimo, Mark Twain, término técnico de los pilotos de barcos a vapor.

Ese mismo año realizó un viaje fuera del continente, a Hawái. Al regreso pronunció en San Francisco la primera de sus cientos de conferencias. Precaviendo cualquier imprevisto, Twain colocó en la entrada de la sala un cartel que decía: «Las puertas del teatro se abrirán a las siete y media. Los jaleos empezarán a las ocho».

En 1870 se casó con Olivia Langdon a quién había conocido tres años antes. La primera vez que salieron juntos fue para asistir a una

conferencia de Charles Dickens. Olivia era diez años menor que Twain y, si bien el escritor la amó profundamente, su influencia fue bastante negativa para su obra. Era una «niña bien», neurasténica y refinada, que corregía los manuscritos de Twain, expurgándolos de todo lo que consideraba «grosero».

El matrimonio se estableció en el Este, en Hartford, Connecticut. Twain hacía todo lo posible para ser «digno de su mujer», pero evocaba con nostalgia los días idílicos de su juventud libre a orillas del gran Misisipí. De esos recuerdos surgió lo mejor de su literatura, que resume, para muchos, lo que se ha llamado «el sueño americano».

A pesar de su éxito material —si bien con bastantes altibajos— y literarios, los últimos años de Twain estuvieron marcado, por tragedias personales, la muerte prematura de una de sus tres hijas, entre otras. Estas tensiones íntimas las expresó en obras pesimistas que fueron relegadas al cajón del escritorio, y sólo exhumadas póstumamente. En especial, en *El forastero misterioso* (1916), libro que compara la vida humana a una pesadilla de la cual sólo la muerte nos libera. Así escribió: «Todo lo humano es patético. La fuente secreta del humor mismo no es la felicidad, sino el dolor».

Sintiendo próximo el fin, le dijo a su secretario: «El próximo año vuelve el cometa, y espero marcharme con él. Sufriré la desilusión más grande de mi vida si no me voy con el cometa Halley. Sin duda que el Todopoderoso ha dicho: «Ahí tenemos a esas dos absurdas extravagancias; coincidieron en venir, deben coincidir en partir». Mark Twain sabía lo que decía. Murió el 21 de abril de 1910, y ahí estaba el famoso cometa para acompañarlo.

Al pie de la estatua de Mark Twain que existe en Hannibal está grabada la siguiente inscripción: «Su religión era la humanidad y el mundo entero se enlutó con su muerte». Así fue; así es.

CRONOLOGÍA DE LAS OBRAS PRINCIPALES DE MARK TWAIN

- 1867 *La célebre rana saltarina del distrito de Calaveras* (relato).
- 1869 *Los inocentes en el extranjero* (libro de viaje)
- 1871 *Autobiografía*.
- 1872 *Pasando fatiga* (evocaciones).
- 1873 *La edad dorada* (novela, en colaboración con Charles D. Warner).
- 1875 *Las aventuras de Tom Sawyer* (novela).
- 1880 *Un vagabundo en el extranjero* (crónicas de viaje).
- 1881 *El príncipe y el mendigo* (novela).
- 1882 *Tom Sawyer en el extranjero* (novela).
- 1883 *La vida en el Misisipí*.
- 1884 *Las aventuras de Huckleberry Finn* (novela).
- 1886 *Un yanqui de Connecticut en la corte del rey Arturo* (novela).
- 1892 *El pretendiente norteamericano* (novela)
- 1893 *El billete de un millón de libras* (rellato).
- 1894 *El calabaza Wilson* (novela).
- Los prodigiosos mellizos* (novela).
- 1896 *Mis recuerdos personales de Juana de Arco* (novela).
- Tom Sawyer, detective* (novela).
- 1897 *Siguiendo la línea del Ecuador* (crónicas de viaje).
- 1898 *El corrompió a Hadleyburg* (novela corta).
- 1906 *La historia de un caballo* (novela corta).
- 1909 *Extracto de la visita que hizo el Capitán Tormenta a los cielos* (relato fantástico).

PUBLICACIONES PÓSTUMAS

- 1916 *El forastero misterioso* (novela).
- 1917 *¿Qué es el hombre?* (ensayo)
- 1942 *Carta a la tierra*.
- 1962 *Mark Twain: una colección de ensayos críticos*.